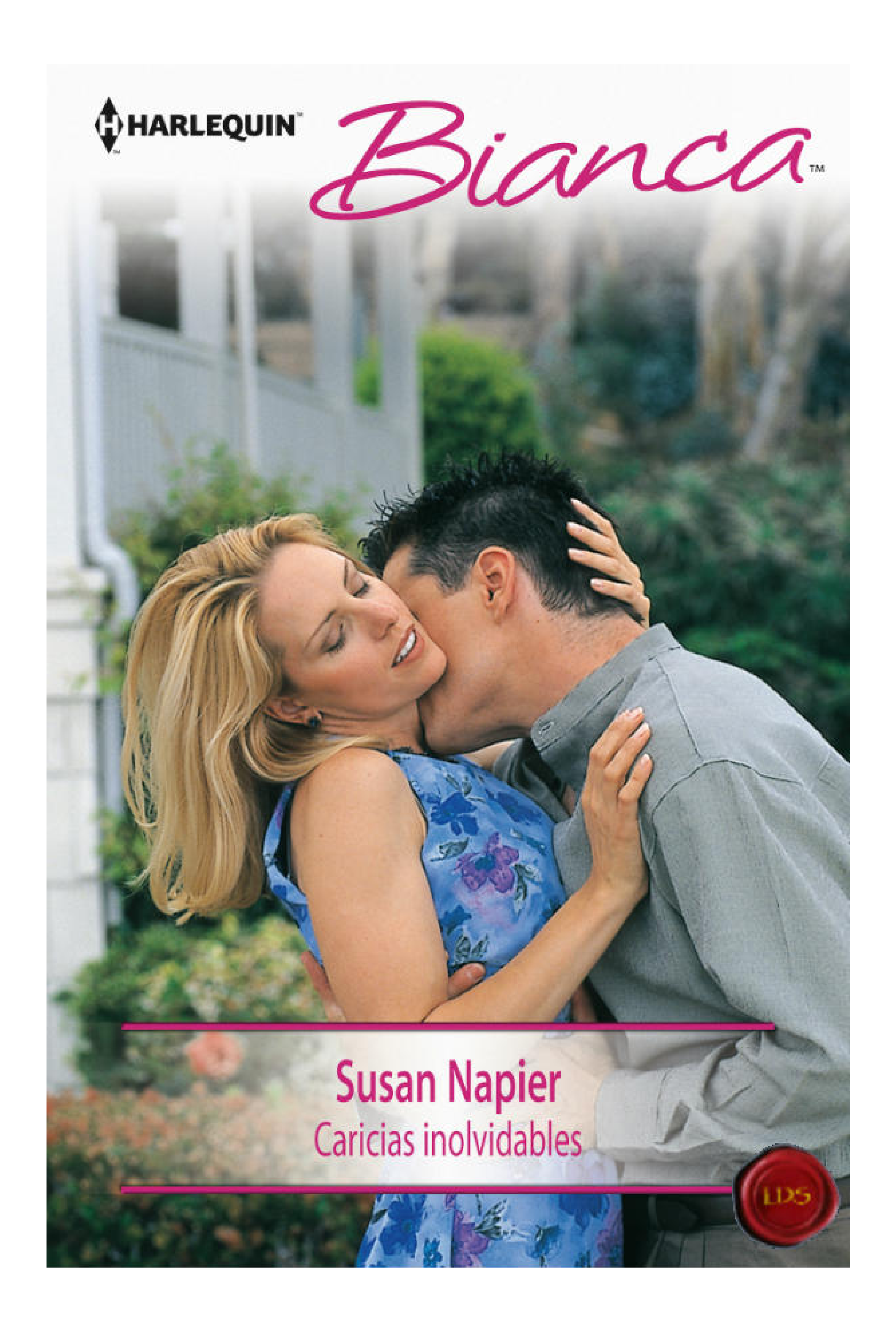

HARLEQUIN
Bianca
Susan Napier
Caricias inolvidables

Nina sabía que había perdido la memoria, hecho que se confirmó cuando rescató a un desconocido de un temporal y él pareció reconocerla. Sin embargo, Nina no tenía ni idea de quién podía ser él, a pesar de que Ryan Flint era alguien digno de recordar,

¿Habrían sido amantes en el pasado? Evidentemente, Ryan le ocultaba algo. Parecía estar enfadado con Nina y, aun así, estaba decidido a seducirla. La tensa atracción sexual que había entre ellos pedía a gritos que se rindieran a ella, pero, ¿qué secretos se revelarían cuando dieran por fin rienda suelta a su pasión?



Susan Napier

Caricias inolvidables

Bianca - 1208

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *Secret seduction*
Susan Napier, 2001
Traducción: Inmaculada Navarro Manzanero

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

UNA ráfaga de viento se coló por entre los bajos acantilados que había a la entrada de la bahía y rugiendo, fue a chocarse contra la hilera de casas que se alineaban a lo largo de la costa. En la habitación trasera de la casa que Nina Dovvling había alquilado, las ventanas temblaron en sus corroídos marcos, protestando con sus crujidos ante tal asalto.

Tras encorvarse buscando la protección de la tabla de su mesa de dibujo, Nina mojó un pincel en agua y, meticulosamente, dio una nueva forma a las cerdas. Así, intentaba olvidarse del tumulto que aullaba en el exterior, concentrándose en la intrincada tarea que tenía entre manos.

Acababa de oír en la radio que toda la zona del golfo de Hauraki estaba en alerta por una galerna. A pesar de su desvencijada apariencia, aquella casa había soportado los temporales invernales durante cincuenta años. Además, la isla Shearwater estaba al sur del golfo y, por lo tanto, estaba menos expuesta a la violencia de las tempestades del Pacífico que el resto de los cientos de islas que se encontraban diseminadas por la costa de Auckland.

Unos pocos minutos más tarde, Nina dejó de pretender que iba a poder seguir trabajando. El fragor cercano de los truenos, lleno de malos presagios, fue la gota que colmó el vaso. Resultaba imposible dibujar el delicado nervio de una diminuta hoja con la punta del pincel cuando ella misma estaba pendiente del siguiente asalto de la naturaleza. Contemplando lo que acababa de hacer, Nina frunció los labios y entornó los ojos, verdes como el mar, con una expresión de descontento. En vez de retirar el pigmento verde para exponer una linea blanca del papel, fina como un cabello, las sacudidas que los nervios le provocaban en los dedos parecían estar a punto de crear

un nervio principal al borde de la hoja.

«Una incorrección botánica de tal calibre le provocaría palpitaciones a George», pensó Nina mientras guardaba la ilustración inacabada y volvía a colocar el tarro con la planta original en la estantería. Mientras que en sus propias pinturas se permitía ciertas licencias artísticas, las que llevaba a cabo para el botánico tenían que ser biológicamente exactas. A pesar de todo, a Nina le gustaba aquel desafío, y los honorarios que George le pagaba por cada una de las acuarelas era suficiente para mantener un modesto estilo de vida.

Afortunadamente, había pocas tentaciones en la isla. La mayoría de los habitantes eran personas con un estilo de vida alternativo, excéntricos solitarios o descendientes de los propietarios originales que, o iban diariamente a Auckland para trabajar o utilizaban las casas solo durante los fines de semana y las vacaciones.

Parte de la isla era una reserva natural, que todo los habitantes guardaban celosamente. Aquello significaba que no había cafés de moda, ni hoteles, ni embarcaderos bien acondicionados para modernos yates, ni mansiones de millonarios, ni ruidosos helipuertos.

La única tienda, al otro lado de la isla, ofrecía poco más que las necesidades básicas, excepto durante los meses de verano. Entonces, la población de unos pocos cientos de personas se hinchaba por los veraneantes, los barcos que estaban de paso y las personas que venían a pasar el día.

Durante los nueve meses que Nina había vivido en la isla, se había alegrado de descubrir que no había nada que no pudiera comprar, cambiar, comprar por correo o, simplemente, pasarse sin ello.

Una nueva ráfaga de viento sacudió la casa hasta los cimientos mientras ella limpiaba los pinceles con rapidez y cubría la paleta con un trapo húmedo para impedir que se le secara la pintura. Tras apagar las luces, se llevó los tarros de agua a la cocina para enjuagarlos para el día siguiente.

Entonces, salió al exterior para asegurarse de que la puerta exterior y las contraventanas estaban bien aseguradas y que no había nada suelto que los fuertes vientos pudieran transformar en un misil en potencia.

Durante la última tormenta, Ray Stewart, que vivía en la casa de al lado, casi había sido ensartado en la mecedora por un esquí acuático que había entrado como una lanza por la ventana. El anciano, que era también el casero de Nina, se había sentido más indignado que asustado, pero para ella había sido un claro aviso del impresionante poder de la naturaleza.

Tras entrar en la casa, contempló desde la ventana del salón la desierta playa, rodeándose la cintura con los brazos, como intentando protegerse. A lo largo de la playa, los enormes árboles puriri, que daban nombre a la bahía, marcaban con el movimiento creciente de sus ramas la fuerza del viento. Las partículas de agua que flotaban en los remolinos del aire eran tan densas que incluso aves tan duras como las gaviotas se habían resguardado. La marea estaba muy alta y el mar era una frenética danza de blanca espuma y los pocos botes que seguían amarrados en la bahía.

Aunque todavía quedaba un rato para la puesta de sol, la oscuridad casi se había apoderado de la isla. Las negras nubes que traían con ellas la tormenta y la lluvia se habían ido mezclando con el tumultuoso mar hasta que resultaba casi imposible distinguir uno del otro en aquella intensa penumbra.

La artista que había en Nina se deleitaba con el drama visual de aquella escena. Resultaba hermosa, salvaje… peligrosa…

De repente, un temblor le recorrió la espina dorsal. Nina se abrazó aún más fuerte, contenta de haber encendido el fuego de la chimenea horas antes. La temperatura había ido bajando a lo largo del día y, a pesar del forro polar rojo, los pantalones negros y las botas de piel que llevaba puestas, el frío había terminado por afectarle. El crepitar de la madera y el agradable calor del fuego resultaba reconfortante en aquellas condiciones.

Nina no se consideraba una mujer supersticiosa, pero aquella tormenta le estaba llenando de aprensión. No era porque nunca le hubieran gustado las tormentas ni porque estuviera sola en la casa, porque ella así lo había elegido.

Nueve meses antes, había llegado a la isla sin raíces, a la deriva… En la Bahía de Puriri había encontrado lo que había creído estar buscando: un tranquilo refugio donde pudiera volver a recuperar su pasión por la pintura. Allí, podría trabajar horas y horas, sin que nadie la interrumpiera, sin distracciones…

«Bueno, casi», pensó ella, cuando se inclinó a encender una lámpara y vio la húmeda nariz negra bajo la colcha color marfil que cubría el sofá.

—Tú también lo sientes, ¿eh? —musitó ella, chasqueando los dedos. Como respuesta, la nariz se limitó a desaparecer rápidamente—. Probablemente, solo sea la concentración de electricidad estática en el aire —añadió, tratando así de reconfortar al perro y a ella.

Al incorporarse, su rostro se reflejó sobre el cristal de la puerta. Se había recogido el pelo, pero la humedad le había convertido la melena ondulada en una masa de rizos castaños. Con las manos en las caderas, estudió la forma de su cuerpo. Allí en la isla, Nina había dejado de preocuparse por su apariencia. Vestirse cómodamente, más que con estilo, le ahorraba tiempo y dinero. Afortunadamente, ir con la cara lavada le sentaba bien, aunque ella nunca se había considerado guapa.

A sus veintiséis años, se había resignado al hecho de que con su metro sesenta y cinco de estatura, tenía una propensión genética a acumular peso en las caderas y muslos. Al menos, le servía como consuelo saber que era músculo en vez de grasa. Andaba mucho y montaba en bicicleta por la isla. Además, como no había restaurantes de comida rápida, no tenía más remedio que llevar una dieta saludable.

De repente, se sintió hambrienta y se preguntó lo que podría prepararse para cenar. Normalmente, Nina cocinaba para Ray, pero él se había ido a visitar a su hija durante aquel fin de semana. No le apetecía preparar una comida en regla para ella sola, pero tal vez tuviera algunas sobras que pudiera mezclar para crear algo interesante.

Se dirigió a la cocina para ver lo que tenía en el frigorífico. Tal vez sería mejor prepararse algo para picar y dejar la cena para más tarde. A aquel paso, estaría despierta toda la noche. Mientras la tormenta siguiera soplando, no podría dormir.

En cuanto abrió la puerta del frigorífico, se oyó el ruido que unas uñas hacían sobre el suelo de madera. Al mirar por encima del hombro vio que una bala negra y blanca salía de debajo del sofá y rodeaba rápidamente el mostrador que separaba la cocina del resto de la habitación. Nina cerró la puerta justo a tiempo para impedir

que el pequeño misil se incrustara en las estanterías inferiores del frigorífico, donde ella normalmente guardaba la carne congelada y, de vez en cuando, un jugoso hueso.

—¡No! —exclamó ella al ver al perro, de raza Jack Russell de pelo largo, temblar de ira al verse privado de su comida—. Hoy ya has comido mucho —añadió, señalando el bol del animal—. Si te doy de comer cuando quieres, te pondrás gordo.

El esbelto perrito, sentado sobre los cuartos traseros, la miraba impertérrito, fijando en ella unos ojos negros, como cuentas, que parecían implorarle comida.

—No te va a servir de nada mirarme así —le advirtió ella. El animal levantó una pata delantera y lanzó un único y penoso lloriqueo—. ¡Deberías estar en Hollywood!

El perro finalmente se tumbó en el suelo y colocó el morro sobre las patas delanteras, emitiendo algo que pareció un suspiro. Nina suspiró también. Los dos sabían quién se iba a rendir el primero. Habían jugado a aquel juego en muchas ocasiones. Bueno… tal vez, podría darle algo de picar y ahorrarse aquellas miradas de reproche el tiempo suficiente para llenarse ella misma el estómago.

Antes de que pudiera abrir otra vez el frigorífico, una nueva ráfaga de viento, especialmente fuerte, trajo las primeras gotas de lluvia. De repente, el perro levantó las orejas y la cola, y empezó a ladrar mientras se lanzaba contra la puerta trasera.

—¡Zorro!

El perrito miró a Nina. Las dos manchas de pelo negro que el animal tenía alrededor de los ojos parecían la máscara de su tocayo. Inmediatamente, empezó de nuevo a ladrar y a lanzarse de nuevo contra la puerta.

—Por amor de Dios, Zorro. Cálmate. Es solo la lluvia.

Entonces, apartó la cortina para mirar al exterior y, vio lo que el perro debía de haber notado. La figura de una persona bajaba a trompicones por la estrecha y empinada carretera que era el único acceso para los vehículos que entraban en la bahía. Iba envuelta en un largo abrigo y se doblaba para hacer fuerza contra el viento. No se distinguía si era un hombre o una mujer.

No era ninguno de los vecinos de Nina, ya que no se hubiera arriesgado a bajar por allí en aquellas condiciones, sino que lo hubiera hecho por medio de la carretera. Incluso en días secos, la

carretera resultaba muy resbaladiza en los laterales por la grava suelta que se acumulaba allí. Nina esperaba sinceramente que aquella persona no terminara cayéndose en las zanjas que rodeaban la carretera.

—Olvídalo, Zorro. Nadie va a venir a visitarnos con este tiempo. Debe de ser alguien que va a casa de los Peterson o los Freeman. O tal vez solo quiere comprobar cómo está su barco.

Los ladridos cesaron de repente. Nina se sintió muy satisfecha por aquel acto de obediencia sin precedentes hasta que se dio la vuelta. La puerta de la gatera que un inquilino previo había instalado había facilitado la salida de Zorro.

—¡Maldito seas, Zorro! —exclamó ella, al ver al animal corriendo hasta la carretera—. ¡Por el amor de Dios!

Cuando Nina abrió la puerta, dos cosas ocurrieron simultáneamente. Una luz blanca y cegadora explotó en el cielo e hizo que el árbol más alto de la carretera se convirtiera en una nube de chispas. Además, la lluvia empezó a arreciar.

Momentáneamente aturdida por el relámpago y el ensordecedor trueno que se produjo segundos después, Nina no se dio cuenta al principio del peligro. Entonces, vio que la copa del árbol, todavía humeante, empezaba a separarse del tronco y se precipitaba sobre la persona que estaba de pie sobre la carretera.

El grito que Nina dio para advertirle se perdió en el viento y la lluvia. Otro relámpago estalló sobre la colina e iluminó la horrible escena de las ramas del árbol ocultando completamente a la víctima.

Nina salió corriendo sin pensárselo. A los pocos pasos, la lluvia torrencial la había mojado completamente. Se veía a Zorro, que no dejaba de ladrar, corriendo de arriba abajo, rodeando el árbol caído, intentando llegar a la inmóvil figura que se veía debajo de las ramas. Cuando ella llegó allí, intentó levantar las ramas a pesar de la fuerza del viento.

—¡Oiga! ¿Me oye? ¿Se encuentra bien? —gritaba ella—. Voy a sacarle de ahí. ¿Puede moverse?

A pesar de que no se produjo respuesta, Nina no se rindió y siguió hablando mientras apartaba las ramas, con la esperanza de que el sonido de su voz pudiera reanimar a aquella persona y le hiciera reaccionar.

El tronco era más grueso que el muslo de Nina y la corteza húmeda lo hacía difícil de sujetar. Las astillas le arañaban las manos, dejándole rastros de sangre en las palmas. Con cuidado, se agachó en el suelo y se colocó el tronco sobre el hombro, con la esperanza de levantarlo y poder así apartarlo.

A través del follaje, pudo ver un rostro, oval y pálido. Al menos, la víctima no estaba boca abajo sobre el barro, lo que le hubiera provocado el peligro de morir asfixiada.

En cuanto logró levantar un poco el tronco, Zorro se metió por debajo y salió con un trozo de tela negra entre los dientes. Mientras el animal tiraba del abrigo, un gemido masculino surgió de entre las ramas. Aquello le hizo reunir una fuerza sobrehumana y, de un fuerte empujón, pudo apartar el tronco del cuerpo del hombre.

Entonces, Nina se arrodilló rápidamente a su lado y se aferró a la mano que el herido extendía. Cuando hubo escrutado los rasgos del hombre a pesar de la oscuridad, llegó a la conclusión de que no le resultaba familiar. Fuera quien fuera aquel hombre, resultaba evidente que estaba aturdido y dolorido. Hilos de barro o sangre, o tal vez una mezcla de ambos, le caían desde la sien.

Sobre sus cabezas, un relámpago estallo de nuevo en el cielo. Nina, siguiendo un instinto de protección, se echó sobre el torso del hombre para evitar que sufriera más daños. El exhaló un nuevo grito de agonía. A oscuras, intento buscar a tientas la fuente de su dolor, aunque era imposible hacerlo bajo el grueso abrigo. Debía de medir más de un metro ochenta y a pesar de que no hubiera sabido averiguar su constitución, Nina sabía que si él no era capaz de ponerse de pie, ella iba a tener que ir a pedir ayuda.

—¿Puede decirme dónde le duele? —le susurró ella al oído. El hombre giró la cabeza hacia el lugar donde había oído la voz y golpeó sin querer a Nina en el pómulo—. ¡Ay!

—¿Qué ha ocurrido? —musitó él, sonando, gracias a Dios, lúcido.

—Le ha golpeado un árbol —respondió Nina, retirándose para que él pudiera verla—. Tenemos que ir a cubierto para poder examinarle las heridas. ¿Cree que puede moverse? Mi casa está colina abajo.

En vez de contestar, él se puso de costado y, con mucha dificultad, empezó a levantarse. Nina permaneció á su lado,

nerviosa. Esperaba que los movimientos no fueran a empeorar una lesión de pecho o de espalda. Cuando se puso de pie, ella le pasó un brazo por la cintura, dando gracias porque el hombre pudiera poder tenerse en pie.

Zorro, satisfecho de haber cumplido su deber, volvió rápidamente a la casa. Nina dirigió al hombre en la misma dirección.

—¿Cree que podrá llegar allí? —preguntó ella, señalando el rectángulo de luz que se proyectaba por la puerta abierta.

—¿Me queda alguna elección?

Nina se dio cuenta de que si podía permitirse ironizar sobre su situación, no podría estar gravemente herido.

—Bueno, sí. Podría quedarse aquí, esperando que el trueno volviera a tirar otro árbol.

Diez minutos más tarde, Nina estaba de rodillas delante del sofá, con las ropas empapadas, limpiando la sangre que salía de un lado de la cara del hombre. La lluvia había impedido que la sangre coagulara. A ella le preocupaba que siguiera sangrando.

Afortunadamente, el hombre había logrado quitarse el abrigo y los zapatos antes de dejarse caer sobre el sofá, con los ojos cerrados. Como tenía el resto de la ropa bastante seca, Nina fue a por un bol de agua caliente, desinfectante y toallas, una de las cuales le puso bajo la cabeza.

El hombre ni siquiera se movió mientras ella lo examinaba para ver si tenía alguna otra herida y empezaba a limpiarle la cara. Nina no sabía si aquello se debía a que estaba inconsciente o simplemente agotado, pero aquel hecho le dio la oportunidad de observarlo detenidamente.

No había nada familiar en su rostro. Era simplemente un extraño, aunque terriblemente guapo. Tal vez por eso se había sentido algo amenazada por su presencia.

Nina estimaba que tenía unos treinta y cinco años. A pesar de que su piel le había parecido pálida en la oscuridad, era en realidad de un tono dorado, del tipo que se asociaba con negras pestañas y cejas. El pelo, húmedo y negro, sugería que los ojos eran también oscuros.

La estructura ósea parecía la de un hombre que envejecería bien. Nariz recta, frente despejada y una fuerte mandíbula completaban

el efecto que producían los afeitados pómulos, labios carnosos y una ligera hendidura en la barbilla, demasiado masculina para ser considerada un hoyuelo.

Iba vestido completamente de negro con un jersey de punto y unos pantalones, que se le ajustaban lo suficiente al cuerpo como para revelar un torso fuerte y esbelto, estrechas caderas y unos largos muslos.

Para Nina, el negro era un símbolo de complejidad, un color sutil y misterioso. Nunca lo compraba en tubo, sino que prefería mezclarlo ella misma en la paleta. Por ello, sabía que había muchas tonalidades de negro, que tenían la capacidad de reflejar la luz de diferente manera, lo suficiente como para alterar la percepción de quien lo estuviera contemplando. El negro era una ilusión óptica. Sin embargo, aquel hombre no lo era.

Nina se inclinó a limpiar un poco de sangre con dedos temblorosos. Él hizo una mueca de dolor y abrió los ojos de repente. Ella se soiprendió al ver que no eran oscuros, como había sugerido su pelo, sino azules. Sin que ella pudiera evitarlo, el corazón empezó a latirle más rápidamente.

—Oh, es usted —susurró él.

—¿Y quién esperaba que fuera? —replicó Nina—. ¿El ángel de la guardia?

—No creo en ángeles.

—Entonces, no debería tentar al destino cuando Dios está lanzando sus rayos —le contestó ella—. Podría haber resultado herido de gravedad.

—Tentar al destino es lo que se me da mejor.

—Bueno, pues creo que esta vez no ha sido así, ¿no le parece? —replicó ella, mientras le apartaba el pelo para inspeccionarle la herida que tenía en la cabeza.

—¿Qué está haciendo? —preguntó él, haciendo una mueca de dolor para apartar la cara enseguida. Entonces, se llevó una mano a la frente.

—Ese árbol le ha hecho un corte en la cabeza. Estoy limpiándolo para ver lo profundo que es.

—Estoy sangrando como un cerdo.

—Las heridas de la cabeza son siempre así —le aseguró ella—. Por lo que puedo ver, el corte no es muy profundo, pero es bastante

largo. Puede que necesite unos puntos para que cierre bien.

—¡Maldita sea!

—Yo solo le estaba dando mi opinión —respondió Nina, sin tomarse aquellas palabras personalmente—. Además, tampoco tengo la intención de coserle yo misma. Aparte de la cabeza, ¿cómo se encuentra?

—Con el examen que me ha hecho hace unos pocos minutos, supongo que será mejor que usted me lo diga.

Nina se sonrojó. Entonces, se había dado cuenta desde el principio… Menos mal que no se había excedido en su reconocimiento. Dadas las circunstancias, aquello había sido lo más adecuado, pero, a pesar de todo, había resultado de lo más íntimo.

—Solo estaba comprobando si tenía algún hueso que estuviera evidentemente roto —se defendió ella.

—Yo nunca me preocupo de lo evidente. Podríamos decir que la discreción es mi segundo nombre.

—¿Y el primero?

—¿Cómo dice? ¿Mi primer qué? —preguntó él, algo aturdido—. ¿Mi primer romance?

—No, su primer nombre. ¿Cómo se llama? Yo me llamo Nina, Nina Dowling. ¿Y usted? ¿Qué está haciendo en la bahía de Puriri? ¿Hay alguien que se vaya a preocupar si no aparece?

—¿Nina? —preguntó él de nuevo, como si estuviera algo confuso por aquella retahila de preguntas—. Nina… Eres tú —añadió, con un tono de satisfacción.

—Sí, eso es. Soy yo… Nina. Se lo acabo de decir pero, ¿quién es usted?

—¿Quién soy yo? —preguntó él, con una expresión vacía en el rostro.

—¿Es que no lo sabe? —quiso saber Nina, intentando que el pánico que sentía no se le reflejara en la voz.

El silencio con el que él le respondió hizo que ella se llevara una mano a la boca, completamente espantada.

—¡Dios mío! No lo sabe, ¿verdad? ¡No me puede decir quién es porque ni siquiera recuerda su nombre!

Capítulo 2

EL hombre cerró los párpados, lo que hizo que a Nina le diera un vuelco el estómago. ¿Acaso no se suponía que la excesiva somnolencia era una mala señal? ¿Y si aquel desconocido se ponía en coma?

—¡Oiga! —exclamó ella, sacudiéndole suavemente por el hombro—. ¡Abra los ojos! ¡Ahora no se puede quedar dormido!

—¿Por qué no? ¿Es que está planeando volver a dejarme a la intemperie, con ese temporal? —preguntó él, todavía con aquella expresión vacía en los ojos.

—Claro que no, pero puede que tenga una pequeña conmoción cerebral —dijo Nina. Ella, mejor que nadie sabía lo impredecible que podía ser un golpe en la cabeza, aunque, aparentemente, no tuviera importancia.

Desgraciadamente, las opciones que tenía para pedir ayuda eran limitadas. En la isla no había servicios de emergencia, ni siquiera un simple médico de cabecera. Además, por la tormenta, estaban prácticamente aislados de tierra firme. Ray le había dejado la llave para que pudiera utilizar el teléfono si lo necesitaba, pero no le gustaba la idea de tener que dejar al desconocido a solas. Además, ¿ a quién iba a llamar?

Se preguntó cuál del resto de los vecinos podría resultarle de utilidad. Resultaría inútil suplicar ayuda a alguien que, como ella, no supiera lo que hacer en aquella situación. Además, en aquella época del año, no tenía mucho donde elegir ya que casi todas las casas de Puriri estaban habitadas por personas que iban a pasar solo los fines de semana, y el tiempo había sido tan malo que había evitado que fueran muchos visitantes.

Sin embargo, recordó que los Freeman sí estaban en su casa. Recordaba haberlos visto el día anterior, cuando había ido al muelle a despedir a Ray y a recoger el correo. Aunque Nina no conocía a

Dave Freeman especialmente bien, era buen amigo de Ray, al que daba consejos para su artritis. Como psiquiatra, tenía conocimientos de medicina. A pesar de que nunca había hablado con él, no había razón alguna para que no lo hiciera entonces.

Rápidamente, Nina se puso de pie. Sin embargo, antes de que pudiera marcharse, una mano la agarró con sorprendente celeridad por la pernera del pantalón.

—¿Dónde vas?

—No voy a ninguna parte —respondió ella, soltándose. Le sorprendió el tono de sospecha que el hombre tenía en la voz—. Se me acaba de ocurrir alguien que me puede dar algún consejo sobre ese corte que tiene en la cabeza. ¡Zorro, ven aquí!

—¿Es que va a pedirle consejo médico a un perro? —preguntó él, con incredulidad.

—Desgraciadamente, no tiene licencia para ejercer —respondió ella, divertida por el comentario. Entonces, retiró el hueso que el perro tenía en la boca y, de una estantería, sacó el mango de una caña de pescar para dárselo a oler al perro—. Ya sabes dónde conseguiste esto, ¿verdad Zorro? El doctor Freeman, Dave, te lo dio al ver que no hacías más que quitárselo del porche en Navidad. Te lo llevas cuando Dave te lleva a ti y a Ray a pescar en su barco. Te lo tira al agua, ¿verdad?

Mientras decía aquellas palabras, Nina garabateó unas letras en un trozo de papel y se lo pegó con un poco de celo en el mango de la caña de pescar.

—Te gusta jugar con esto con Dave, ¿verdad? —añadió ella, indicando con gestos la acción que estaba describiendo—. Quiero que le lleves esto a Dave. Quiero que vayas a por Dave. ¡Dave! ¿Me entiendes?

El perro aguzó las orejas, mientras sus lloriqueos se entremezclaban con un suspiro del paciente.

—¡Claro que no lo entiende! ¡Es un perro! —protestó él.

—Zorro es muy inteligente —le espetó Nina—. Sabe perfectamente lo que le estoy diciendo, ¿no es verdad, chico? Vas a traer a Dave.

Entonces, el perro empezó a ladrar y, tras tomar la caña entre los dientes, salió corriendo a su acostumbrada velocidad. Solo entonces fue cuando Nina se dio cuenta.

—¡Zorro! No te olvides que puede que la caña no… —dijo ella, mientras se producía un golpe seco, seguido de un aullido de dolor y de una serie de gruñidos furiosos—… pase por la puerta.

—Muy inteligente, ¿verdad? —dijo él, cuando Nina estaba a punto de ir a ayudar al perro.

—Algunas veces tiende a precipitarse un poco —respondió Nina, mientras un ruido y unos ladridos de alegría implicaron que el perro había conseguido pasar—. Pero eso le pasa hasta a los humanos inteligentes. —¿De verdad esperas que lo consiga? —preguntó él. —Claro que lo conseguirá —dijo ella, notando por primera vez que la humedad de la lluvia le había pegado la sudadera a la piel, resaltando la rotundidad de sus senos—. Zorro no ceja en su empeño cuando sabe que tiene algo que hacer —añadió, despegándose la tela—. Mientras tanto, voy a ponerme algo de ropa seca.

—Por mí no te molestes.

Aquel comentario hizo que los pezones le hormiguearan de vergüenza. Llevaba tanto tiempo sola que . le sorprendió que un comentario casual de un hombre provocara en su cuerpo una respuesta tan inapropiada, dadas las circunstancias.

—¡No deje de apretarse esa toalla contra la cabeza hasta que yo vuelva!

Le hubiera gustado darse una ducha, pero no le agradaba la idea de quedarse desnuda con un extraño en la otra habitación. En vez de eso, se cambió de ropa sin quedarse del todo desnuda. Para cambiarse de ropa interior, se cubrió con una toalla y luego se puso una camisa de cuadros y unas mallas de lana. Por último, se secó el pelo y se lo recogió en una coleta.

Cuando regresó al salón, después de llevar la ropa húmeda a la lavadora, vio que el hombre estaba todavía tumbado en el sofá, en la misma posición. Con los ojos cerrados, seguía apretándose la toalla a la sien, tal y como ella le había ordenado.

Al verlo tan quieto, sintió que el temor se apoderaba de ella, pero se tranquilizó enseguida al notar que seguía respirando. Silenciosamente, se acercó al sofá y recogió el abrigo del suelo. Le sorprendió lo mucho que pesaba mientras se lo llevaba al cuarto de baño y lo colgaba de la barra de la cortina de la ducha.

Antes de volver al salón, se decidió, a pesar de lo culpable que

se sentía, a mirar en los bolsillos. No encontró cartera, pero en uno de los bolsillos interiores descubrió un manojo de llaves. De uno de los bolsillos del pecho, sacó un elegante encendedor de plata, de lineas muy voluptuosas que indicaba que el arte primaba sobre la funcionalidad. El mechero le encajaba tan perfectamente en la mano que sintió la necesidad de guardárselo, pero se contuvo.

Horrorizada por aquel pensamiento, Nina salió rápidamente del cuarto de baño y dejó ambos objetos al lado del sofá, sobre una mesita.

Entonces, se dio cuenta de que él la había estado observando. Los ojos azules del desconocido iban desde los objetos que había encima de la mesa al rostro de Nina.

—Oh… He vaciado los bolsillos de su abrigo para poder colgarlo y que se seque —explicó ella, espantada por aquella mentira—. Encontré eso…

Mientras apartaba la mano de los seductores contornos del mechero, Nina notó algo áspero sobre la superficie plateada del mismo. Al volverlo hacia la luz, vio que había una breve inscripción grabada, imposible de leer a aquella distancia.

—¿Qué pasa? —preguntó él, notando el cambio de expresión.

—Tiene una inscripción… —dijo ella.

—¿Sí? —preguntó él, sorprendido—. ¿Y qué dice? —añadió, incorporándose sobre un codo.

Nina se mordió los labios y leyó lo que ponía.

—Para Ryan, el deslumbrador extraño que entró en mi vida —dijo ella, comprendiendo inmediatamente que aquel era el regalo de una mujer—. ¿Qué significa eso? Extranjero, ¿en qué sentido? ¿Cree que significa que no es usted de Nueva Zelanda?

—No tengo ni idea —murmuró él, dejándose caer de nuevo sobre el cojín.

—Ryan… —repitió ella—. Ryan debe de ser su nombre de pila. ¿Le suena?

—Yo… La cabeza…

—¿Le duele más?

En aquel momento, un golpeteo en la puerta trasera anunció la llegada de Dave Freeman, con un maletín en una mano y el perro en la otra.

—Dios mío, doctor Freeman… ¿Qué ha ocurrido?

—Pensé que eso era lo que tema que decir yo —bromeó el hombre, sonriendo mientras le entregaba a Zorro a Nina y cerraba de un portazo—. Está bien —añadió, refiriéndose al perro—. El viento le dio una voltereta al salude mi coche. Es su orgullo lo único que tiene herido.

—¡Buen chico, Zorro! —exclamó Nina, mientras le acariciaba la cabeza antes de ponerlo en el suelo—. Me preocupaba un poco que, con esta tempestad no.le oyera ladrar.

—Al principio no le oímos, pero luego decidió ponerse a atacar las puertas. Es un perrito muy persistente. Como sé que no le gustan las tormentas, me imaginé que lo que quería no era simplemente salir a jugar en medio de una galerna.

—Siento haberle sacado de su casa en una noche tan desapacible —se disculpó Nina mientras el recién llegado se quitaba el abrigo y lo colgaba de la puerta—, pero no se me ocurrió otra cosa que hacer.

Rápidamente, explicó lo que había pasado mientras Dave Freeman se lavaba las manos en el fregadero. Era un hombre de unos cincuenta años, de pelo y barba plateada y aspecto bonachón. Sin embargo, Nina siempre se había sentido incómoda por su penetrante mirada.

—Tiene la ropa algo húmeda, pero no he querido moverlo demasiado mientras seguía sangrando. No parece saber quién es, lo que me preocupa y rne ha llevado a pensar que pudiera tener alguna fractura en el cráneo.

—Bueno, —respondió él, mientras se secaba las manos—. Ahora no hay mucho que podamos hacer excepto mantenerlo en observación hasta que mejore el tiempo y podamos trasladarle al hospital. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. A menudo, siempre nos ponemos en lo peor, pero es casi siempre lo menos probable.

Tras abrir el maletín, sacó un estetoscopio y sonrió al ver la expresión de alivio de Nina, que a duras penas pudo disimular.

—No es el maletín negro tradicional, pero siempre llevo un botiquín bien equipado conmigo —añadió, mientras se colocaba el aparato alrededor del cuello—. Es mi tarjeta de presentación para que el paciente sepa que no ha caído en un lugar abandonado de la mano de Dios, aunque en este caso casi sea cierto. ¿Crees que

parezco un médico de verdad?

—Pero yo pensé… Usted es médico, ¿no? —Claro, así que puedes dejar a ese desconocido en mis manos. Te prometo que le haré un examen de lo más concienzudo.

—Sí, claro —respondió ella, dándose cuenta de que aquello significaba que quería examinar al paciente a solas—. Está en el salón, encima del sofá, aunque puede utilizar alguna de las habitaciones si quiere disponer de más privacidad.

—Creo que es mejor que me llames Dave —dijo el hombre, sonriendo—. No tiene sentido que tú y yo seamos tan formales cuando me trato de tú con tu perro.

Tras dejar a los dos hombres a solas, Nina se llevó a Zorro al cuarto de baño y le secó el pelo con el secador. Gracias al ruido que hacía el aparato, no pudo escuchar nada de lo que ocurría en el salón, pero se apresuró a presentarse en el momento en que Dave la llamó.

—Bueno, parece que ha salido de esto solo con unos cuantos chichones y hematomas, pero tenías razón en cuanto a lo del corte. Necesita un par de puntos. ¿Te importaría actuar de enfermera durante unos minutos?

—No, claro que no —respondió ella, mirando de reojo al paciente—. Es decir, si a usted no le importa —añadió, refiriéndose al desconocido.

—¿Por qué me iba a importar? —respondió él, levantando ligeramente la cabeza—. Hasta ahora has hecho de enfermera bastante convincentemente. Dudo que vayas a ver algo que no hayas visto ya.

Aquello no era del todo cierto. A pesar de estar cubierto con una manta de mohair que había sobre el sofá. Como los pantalones y el jersey estaban sobre el suelo, Nina entendió que, efectivamente, la exploración había sido muy concienzuda.

No pudo dejar de notar el negro vello que le cubría los bronceados brazos. Se dio cuenta por primera vez que llevaba un reloj digital también negro y un sello de oro, incrustado de jade, en el dedo meñique de la mano derecha.

Procurando apartar la mirada de él, Nina intentó concentrarse en lo que Dave le indicaba. Quiso protestar cuando él le pidió su cuchilla para afeitarle un poco el pelo de la cabeza.

—Todavía no te estás quedando calvo, muchacho —dijo Dave—. Yo me estaba quedado sin pelo antes de cumplir los treinta y cinco, y supongo que por ahí es por donde tú andas.

Sin esperar respuesta, limpio la zona con un antiséptico y se disculpó enseguida por no ponerle algo más fuerte para aliviar el dolor.

—No queremos correr el riesgo de insensibilizar el resto de sus otras funciones durante las próximas horas-añadió, mientras empezaba a coser. Nina no pudo evitar hacer una mueca—. ¿Te encuentras bien, jovencita?

—Sí —respondió ella.

—Ryan también se encontrará bien muy pronto. Se encuentra en bastante buena forma física para ser alguien a quien acaba de golpear un árbol, así que yo diría que es lo suficientemente duro como para superar unas cuantas puntadas.

—Le llamas Ryan. ¿Es que acaso recuerda que es ese su nombre?

—Todavía está algo confuso respecto a los detalles personales, pero me contó lo del mechero. Así que hemos decidido que Ryan es más probable que «Juan sin nombre» y menos melodramático que «Señor X».

Nina se mordió los labios y se obligó a aguantar. El hombre a quien le estaban haciendo la sutura ni siquiera movió un músculo. Parecía haberse retirado a algún lugar en el que el dolor no podía alcanzarle.

—Muy bien —dijo ella, algo temblorosa, cuando Dave cortó el hilo.

—A decir verdad —respondió Dave, mientras lo recogía todo—, me encanta coser en mi tiempo libre. Sé que no es muy «macho», pero me ayuda a relajarme. ¡El único problema es que, se me da tan bien, que mi mujer me hace zurcir a mí toda la ropa! ¿Cómo te encuentras, Ryan? —añadió, mirándole los ojos con una pequeña linterna.

—Me parece un sádico que acaba de hacerme un zurcido —replicó él.

—Bueno, ahora puedes relajarte y descansar —dijo Dave, riendo—. El sádico se marcha ya. Nina te cuidará a partir de ahora. Nos veremos por la mañana. Y te apuesto que, para entonces, serás un hombre completamente diferente.

—Supongo que tiene razón.

Sin embargo, Nina no estaba tan segura cuando acompañó a Dave a la puerta de atrás.

—Entonces, ¿estás seguro de que no tiene ninguna fractura? —preguntó ella.

—Sin una radiografía, es difícil estar seguro, pero no, casi pondría la mano en el fuego de que no la tiene. Aunque está algo confuso, lo que parece sugerir una conmoción cerebral, no hay nada que indique un daño más serio en el cerebro. Está mareado, pero no tiene náuseas y, a pesar de que sus respuestas verbales son algo vagas, sus reacciones motrices son buenas. Los profundos hematomas que presenta en los brazos parecen ser por un movimiento de defensa, así que sospecho que fue ahí donde se llevó el golpe. El corte es algo sin importancia y no pude encontrar ningún chichón o depresión sospechosa en el cráneo.

—Pero, ¿crees que podría tener una pequeña conmoción cerebral?

—Lo que creo es que deberías vigilarle durante las próximas veinticuatro horas, para estar del todo seguros. Puede dormirse si quiere, pero deberías despertarle cada dos horas. Enciende la luz y hazle abrir los ojos, comprueba que puede hablar con lucidez y que puede obedecer una serie de órdenes sencillas.

—¿No te parece que deberías quedarte? —preguntó Nina, algo nerviosa.

—Mira, sé que no tienes teléfono, así que te voy a dejar mi móvil —dijo él, indicándole cómo utilizarlo—. Este es el número de mi casa —añadió, escribiéndolo en una de sus tarjetas—. Si tienes algún problema o hay algo que quieras preguntarme, sea la hora que sea, llámame, ¿de acuerdo? ¡Y si recibes alguna llamada que sea para mí, aconséjale a quien sea que se tome dos aspirinas y que me llame por la mañana!

Nina no respondió a aquella broma, por lo que él se puso más serio y añadió:

—Dime lo que de verdad te preocupa. —Estoy segura de que te preocupa que haya perdido tanta memoria. Va a llevarse un buen susto cuando se dé cuenta de que su vida entera es solo un vacío.

—¿Es eso lo que te ocurrió a ti? —preguntó Dave, mirándola atentamente.

Nina sintió que la tensión se apoderaba de ella. Aquella era la razón de que siempre hubiera evitado encontrarse con Dave antes. Nunca había querido ser objeto de su curiosidad profesional. Sin embargo, se había enterado de algunas cosas por los comentarios de la gente, a pesar de que nadie en la isla se preocupaba del pasado de los demás.

—En mi caso fue totalmente diferente. Yo siempre supe quién era. Cuando me desperté con aquel golpe en la cabeza, sabía que era yo, no perdí en absoluto mi identidad… sino solo un par de años sin importancia que he demostrado que no necesito para nada.

Dave la miró, pero no preguntó algo que inconscientemente ella siempre se preguntaba. ¿Cómo sabía que no eran importantes si no recordaba nada?

—¿Y sigues sin recordar nada? ¿No has sentido retazos de recuerdos de esos dos años desde que llevas viviendo aquí?

—No. La única desventaja es que, a veces, tengo que recordarme que soy dos años mayor de lo que me siento —bromeó ella, para mostrarle lo poco que todo aquel asunto le preocupaba.

Aquello era cierto. A Nina no le gustaba hablar de las circunstancias que la habían llevado a la isla, pero aquello solo era porque estaba demasiado ocupada con los desafíos del presente como para ponerse a mirar por encima del hombro. Además, con toda seguridad, no necesitaba consultar a un psiquiatra.

—La mayoría de las mujeres envidiarían el hecho de que puedes afirmar, con toda sinceridad, que no recuerdas un par de cumpleaños —dijo Dave—. Pero tienes razón, la amnesia global de Ryan es diferente, aunque estoy seguro de que solo es un trauma temporal. Ha sido víctima de un shock y eso, unido a la conmoción cerebral, ha sido suficiente para romper los vínculos entre sus sistemas de memoria. Es algo corriente. Cuando haya descansado y su sistema vuelva a su ser, su habilidad para concentrarse regresará junto a su memoria.

—¿Pudiste descubrir algo más sobre él?

—Bueno, tiene unas cuantas cicatrices viejas, pero creo que eso va más allá de la relación entre médico y paciente. No me pudo decir ni de dónde venía ni adonde iba y no pudimos encontrar ningún documento que diga quién es. Tal vez perdiera la cartera en la carretera… Tú sabes mejor que yo. quién vive por aquí. ¿Estás

segura de que no le has visto antes, aunque fuera casualmente?

—Completamente segura. Para mí, es un completo desconocido. Eso fue lo primero que me llamó la atención de él. Créeme, si supiera quién es Ryan, no dejaría pasar la oportunidad de entregárselo a quien le haya invitado a venir aquí. No me importa ayudar en una emergencia pero, en estos momentos, no me encuentro preparada para tener un invitado —comentó Nina.

—Hablando de lo cual, ¿tienes algo de ropa que se pueda poner o quieres que le traiga yo algo de mi ropa? Necesita estar abrigado para contrarrestar los efectos del shock.

—Creo que tengo algo que podrá servirle —replicó ella, pensando en Karl.

Nina se giró un poco. La respiración se le cortó al ver de repente al herido de pie. ¿Cuánto tiempo habría estado escuchando? Había algo en su mirada, una cautela que le recordó a la furia de un animal enjaulado. Además, sin la manta, no había nada que ocultara la esbeltez casi salvaje de su cuerpo, los fuertes músculos y el vello que, tras cubrirle el pecho, le bajaba hasta el elástico de los calzoncillos que llevaba puestos.

Nina sintió que las mejillas se le encendían. Entonces, carraspeó.

—Me estaba despidiendo del doctor.

—Tengo que usar el cuarto de baño —dijo él, secamente.

—Oh… —susurró ella, sonrojándose aún más—. Está bajando por el recibidor y es la primera puerta a la derecha —añadió. Cuando él se dirigió a duras penas hacia dónde Nina le había señalado, esta se volvió a mirar ansiosamente a Dave.

—Los riñones le funcionan. Eso es muy buena señal —afirmó el médico.

—¿Crees que estará bien él solo?

—¿Quieres que vaya a comprobarlo antes de marcharme?

—Sí, por favor. Y luego, ¿podrías mostrarle dónde está el dormitorio de invitados? Le haré la cama que hay allí. Estará mucho más cómodo que en el sofá.

Si la tormenta iba a impedirle dormir, Nina no quería tener que pasarse toda la noche mirando a su huésped. ¡Ir a verle brevemente una vez cada dos horas no le pasaría tanta factura a.sus nervios!

Capítulo 3

UN fuerte golpe hizo que Nina se incorporara en la silla, con la mano sobre el corazón, que le palpitaba a toda velocidad. Al mismo tiempo, un gritó se le ahogó en la seca garganta.

En la penumbra de la habitación, atisbo a su alrededor, esperando ver que el techo de la casa se había hundido. Sin embargo, todo parecía completamente normal. El fuego se había reducido a unas meras brasas. Nina se sorprendió porque, a pesar de la fuerte galerna que soplaba en el exterior, se había quedado dormida.

Al menos, los truenos y los relámpagos habían cesado, pero la lluvia seguía cayendo a cántaros. Tal vez el ruido que la había despertado había sido el de una rama. Zorro no estaba tumbado, como solía hacerlo, delante de la chimenea. Durante un momento, Nina se sintió muy alarmada hasta que recordó que el animal había sacrificado su comodidad por vigilar al desconocido.

En el exterior, seguía estando muy oscuro. Automáticamente, giró la muñeca para mirar el reloj. Entonces, recordó que no había hecho aquel gesto desde hacía mucho tiempo. El reloj se le había roto cuando se cayó en el transbordador que la trajo a Shearwater. La empresa adjudicataria del ferry le había prometido reemplazarlo, pero en los meses que llevaba allí, Nina no se había preocupado de hacerles cumplir su promesa. El tiempo era relativo y elle prefería vivirlo de un modo más flexible.

Al mirar el pequeño reloj que había sobre la chimenea vio que solo eran las cuatro de la mañana. Todavía era demasiado temprano para volver a despertar a Ryan de nuevo. Por ello, Nina tomó el libro que había dejado caer al suelo. Hasta entonces, él había pasado todas las pruebas que Dave había sugerido y, a medida que pasaba el tiempo, Nina había empezado a darse cuenta de que todos sus temores eran infundados. Cuando se hiciera de día, él recordaría

quién era y se marcharía.

De repente, se produjo otro golpe. El sonido inconfundible del cristal roto vino desde el otro lado del vestíbulo. Aquello era lo que la había despertado. Entonces, una voz gritó su nombre, lo que la puso automáticamente en movimiento, haciéndola dirigirse a la habitación donde dormía Ryan con el corazón en la garganta.

—Ryan, ¿te encuentras bien?

Entonces, entendió lo que había ocurrido. La rudimentaria lámpara, hecha de una botella de Chianti llena de arena, estaba sobre el suelo, junto con una maceta que había a su lado. Más cerca de la cama, había los restos de un vaso, con los fragmentos de vidrio brillando peligrosamente sobre el agua. Zorro olisqueaba el agua, evitando cuidadosamente pisar el cristal.

—¿Nina? —preguntó Ryan, protegiéndose los ojos de la repentina luz—. Estaba oscuro… no podía encontrar la lámpara… y tenía sed. ¿Dónde estabas?

—¡No te muevas! —gritó ella, al ver que él hacía ademán de poner un pie en el suelo. Ryan se quedó helado, mirándola con rostro alarmado—. Lo siento —añadio ella, moderando la voz—, pero podrías cortarte. No quiero que te muevas hasta que haya recogido todos esos cristales.

Nina se sintió satisfecha al ver que, efectivamente, era capaz de obedecer una orden. Se había quedado quieto como una estatua mientras ella recogía el cristal y secaba el suelo.

—No sabía dónde estabas —murmuró él, como si quisiera explicar aquel caos. Evidentemente, no le gustaba depender de nadie.

—Estaba en el salón —respondió Nina, mientras le ponía un vaso de agua en la mano—. ¿Sabes dónde estás?

—Contigo.

—No, me refería a este lugar.

—Ese médico de la aguja —dijo él, frotándose la cabeza—, me habló de un pájaro… No, de una isla cerca de la costa de Auckland…

—En la isla de Shearwater.

—La isla de Shearwater… —repitió él, en un tono que no garantizaba que fuera a recordarlo más tarde.

Entonces, se llevó el vaso a los labios y bebió ávidamente. Nina

lo contempló. La sudadera descolorida de Karl le estaba demasiado grande y los pantalones de pana eran demasiado cortos pero, en vez de darle un aspecto cómico, aquellas ropas parecían acentuar su aire de arrogancia natural. Fuera lo que fuera lo que llevaba puesto, era un hombre que se encontraba cómodo con su piel. Sin embargo, al principio había protestado un poco por tener que ponerse las ropas de otro hombre.

—¿De quién son? —había preguntado, mirando las prendas lleno de sospecha.

Efectivamente, la ropa resultaba algo desharrapada comparada con sus prendas de diseño, que Nina había metido en la lavadora, pero no era como para pensar que estuviera llena de piojos.

—Están limpias —le había respondido ella, sacudiéndolas para demostrárselo—. Y al hombre al que le pertenecen, no le molestará que las tomes prestadas.

—¿De quién son? ¿De tu novio? ¿Es que es esperas que me ponga las ropas que no quiere tu amante?

Nina le tiró la ropa encima de la cama y se puso las manos en las caderas.

—No es mi novio. Es mi hermano adoptivo. Y solo te las ofrezco porque el doctor Freeman dijo que tenías que abrigarte.

—¿Tu hermano? —preguntó él, incrédulo. Aquella actitud hizo que Nina se sintiera verdaderamente enojada. ¿Acaso se creía que estaba mintiendo para no decirle que tenía pareja? ¿Era por eso por lo que la echaba aquella mirada de ira llena de sorpresa? Ella nunca le hubiera tomado por un puritano. Era mucho más probable que la hubiera confundido con alguien.

Nina suspiró. Era mucho mejor darle algunas explicaciones sencillas y breves.

—Mi hermano adoptivo, Karl. Mis abuelos maternos nos criaron a él y a mí. Trabaja para un fabricante de tablas de surf en el norte de Auckland, pero a menudo viene a pasar el fin de semana conmigo. Y estas ropas no son cosas que él ya no quiera. Sencillamente, olvidó llevárselas la última vez que vino a verme. Yo le compré esa sudadera cuando estaba en la universidad. Desgraciadamente, prefirió el surf, antes de conseguir su título.

Aquella broma no consiguió que Ryan sonriera, pero al menos hizo que la hostilidad que se produjo entre ellos desapareciera tan

rápido como había venido. Entonces, se dignó a aceptar las ropas.

Horas más tarde, tras haberse bebido el agua del vaso, se lo devolvió a Nina. Cuando ella extendió la mano para agarrarlo, las yemas de los dedos de Ryan le rozaron las suyas.

—¡Dios mío! ¡Estás helado! Mira, métete de nuevo en la cama y te traeré una bolsa de agua caliente.

Al final, decidió llevarle dos: una para los pies y la otra para que se la pusiera en el pecho. Luego, le cubrió con tantas mantas que tuvo miedo de que pere—, ciera por asfixia. Tras haber puesto una nueva bombilla en la lámpara, se inclinó para apagarla. Sin embargo, él se lo impidió, levantando rápidamente la cabeza de la almohada.

—¡No, deja la luz encendida!

—De acuerdo… —respondió ella, dándose la vuelta para dirigirse a la puerta, dejando a Zorro de nuevo a cargo.

—¿Qué haces? ¡No te vayas!

—No voy a estar muy lejos…

—¡Nina, no! —exclamó él, volviendo a levantarse de la cama. Entonces, la agarró por la muñeca—, ¡Quédate conmigo!

—Vale, vale… Tranquilízate. Me quedaré. Te lo prometo.

—¿De verdad?

—Sí —respondió ella, mirando a su alrededor. La habitación no tenía muchos muebles—. Déjame que vaya a por algo para sentarme…

—Aquí hay mucho sitio —replicó él, levantando las mantas con la otra mano y tirando de ella hasta que las rodillas de Nina tocaron el borde de la cama.

Ella contempló con los ojos muy abiertos la sábana, consciente de que no estaba tan escandalizada ante la idea de compartir la cama con él como debería estarlo. El frío se le había metido en los huesos y, de repente, se sintió agotada. Lleva despierta desde la mañana anterior y el breve sueñecito que se había echado en la silla solo parecía haber incrementado la pesadez que sentía en los miembros. Con poco entusiasmo, intentó cubrirle con las mantas. —No, no creo…

—Por favor —susurró él, tirándole de nuevo de la muñeca—. No sé lo que me está pasando, pero en estos momentos no puedo soportar la idea de estar solo.

Aquella súplica hizo mella en el corazón de Nina. Sin pararse más a pensarlo, se tumbó en la cama, deslizándose entre las mantas y apoyando su agotada cabeza sobre la almohada.

Estaba tumbada lo más cerca del borde de la cama que pudo, pero el suave colchón hacía que su cuerpo se hundiera hacia el centro.

—Gracias —suspiró él, haciéndole cosquillas en la oreja con el aliento.

Ryan le rodeó la cintura con el brazo, estrechándola contra su pecho. La bolsa de agua caliente hacía de barrera entre ellos, creando la ilusión de la distancia, pero aliviando con su calor la rigidez que atenazaba la espalda de Nina.

Las rodillas de él se acomodaron contra la parte trasera de los muslos de ella. Nina podía sentir cómo el pecho de Ryan subía y bajaba contra su espalda. Poco a poco, los escalofríos fueron remitiendo mientras hundía el rostro entre los rizos que le caían por la espalda. —Tienes el pelo diferente —musitó él. —Me lo cepillé delante del fuego para que se me secara —respondió ella.

La tempestad había amainado un poco. Nina se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que había estado entre los brazos de un hombre. Karl se preocupaba poco más que de sí mismo como para abrazarla. Además, Nina había estado tan decidida a demostrar su independencia que se había olvidado de compartir el peso del miedo.

—Odio las tormentas como esta… especialmente cuando hay truenos y rayos… Me aterrorizan —susurró ella, temblando.

—Lo sé —respondió él, estrechándola aún más entre sus brazos —, pero, a pesar de todo, viniste a rescatarme. Fuiste muy valiente.

—¿Cómo sabes que odio las tormentas? —preguntó ella, atónita. Él no respondió y, durante un momento, Nina se preguntó si él se habría quedado dormido—. ¿Ryan?

Como pudo, giró la cabeza en un intento vano por verle el rostro. Decidida a descubrir la respuesta, aflojó el brazo que la aprisionaba por la cintura y se dio la vuelva. Como había sospechado, Ryan tenía los ojos abiertos. El pelo, alborotado, se extendía como tinta negra sobre la blanca suavidad de la almohada.

—¿Cómo sabías que tengo miedo de las tormentas? —insistió ella.

—Estabas gritando —replicó él, con voz tranquila, para volverle a rodear la cintura con el brazo.

—Lo hice porque no me respondías —dijo ella, colocándole una mano sobre el pecho—. Al principio, había pensado que estabas muerto.

—¿Y te hubiera importado?

—¿Que alguien muriera? ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¡Claro que me hubiera importado!

—Me refería específicamente a mí. Si yo muriera —musitó él, aumentando la agitación que ella sentía.

—Ni siquiera sé quién eres tú, específicamente —negó ella, rápidamente—. ¿Te das cuenta de que te has acordado que yo estaba gritando?—añadió, intentando cambiar de tema—, ¿Te acuerdas de lo que te ocurrió?

—Me acuerdo de lo que ocurrió después —respondió él—. Recuerdo haber abierto los ojos y haberte visto.

—Oh —dijo ella, algo desilusionada. Entonces, vio que los párpados de él se volvían a cerrar—. ¿Ryan? —añadió ella, aliviada al ver que abría los ojos—. Al menos parece que respondes a tu nombre.

—Sí, pero no sé si es porque de verdad es mi nombre o simplemente porque tú me has dicho que lo es. —Lo siento. Sé que no tengo que presionarte… —No, soy yo el que siente… no poder hacer lo que tú quieras. Estoy intentando recordar pero, cuando lo hago… me parece que me va a explotar la cabeza.

—En ese caso, no lo intentes más —susurró ella, sintiendo compasión por él—. Duérmete. La próxima vez que te despiertes, ya será por al mañana y todo volverá a la normalidad.

—¿Me lo prometes? —preguntó él, con una sonrisa escéptica. Los dos sabían que aquella era una promesa que no podía cumplir.

Aquella sonrisa alteró dramáticamente los rasgos del rostro de Ryan, suavizándolos y haciendo desaparecer la hostilidad que habían proyectado antes. Aquella cara había tenido demasiadas experiencias como para ser de una belleza clásica, pero sin duda se añadían a su encanto.

—Las cosas siempre parecen más claras a la luz del día —dijo ella.

—Más claras sí, pero no necesariamente mejores —murmuró él,

acariciándole suavemente la mejilla—. Parece que no soy yo el único que ha estado en un campo de batalla esta noche. Tienes un buen golpe aquí.

Nina recordó que Dave le había recomendado que se pusiera hielo en la mejilla para que al día siguiente no tuviera un ojo morado.

—No sé cómo me lo he dicho —comentó Nina, tocándose la hinchazón—. Debo de haberme golpeado con algo… —añadió, sin querer decirle a Ryan que había sido él quien le había golpeado.

—También tienes un montón de pequeños arañazos —susurró él, acariciándole la mandíbula.

—Deben de haber sido las ramas y las hojas, que volaban como locas —tartamudeó ella, al notar que él le acariciaba por debajo del labio inferior.

—Una piel fina y translúcida… Es una pena verla estropeada. ¿Te duelen?

—No… —replicó ella—. Casi ni los siento.

Aparte del ligero dolor que sentía en la mejilla, lo único que sentía era la suave fricción de las suaves yemas de los dedos de Ryan acariciándole la cara lentamente, como si fuera un ciego intentando imaginarse su rostro en la oscuridad. Nina movió la cara para escapar de aquella caricia tan turbadora.

—Lo siento. ¿Es que he penetrado en el territorio de otra persona? —preguntó él. seriamente.

—¡Sí, en el mío! —le espetó ella.

—Entonces, ¿vives aquí sola?

—La mayor parte del tiempo —respondió ella, dejando que él se imaginara lo que quisiera de aquellas palabras.

—Tú y el osado héroe enmascarado.

—¿Quién? —preguntó ella, sin saber por un momento a quién se refería—. ¡Ah! ¿Estás hablando de Zorro? Bueno, oficialmente, le pertenece a mi casero, así que legalmente vive en la casa de al lado, pero a Ray no parece importarte que se pase la mayor parte del tiempo aquí.

—¿Esta casa no te pertenece? ¿Cómo te ganas la vida?

—Me dedico a la pintura… Pinto acuarelas.

—Eres una artista… ¿Y vendes lo que pintas?

—Bueno, no me muero de hambre —respondió ella, sonriendo.

—¿Exactamente qué tipo de cosas comes?

—¡Oh, bueno! —exclamó ella, sonriendo más abiertamente—. Siempre hay caviar y champán para desayunar, comer y cenar en esta casa. ¡Y eso es solo para Zorro! Yo, normalmente, solo me engordo con trufas.

—Yo no diría que tus proporciones sean propias de una figura de Rubens —dijo él, lanzándole de paso un cumplido—, así que supongo que eso significa que el barco que te trae las trufas no ha llegado todavía.

—Más o menos, pero no tengo prisa. Me gusta la vida sencilla…

Casi tres años antes, la vida había sido muy diferente pare ella. Su abuela viuda había muerto después de una larga batalla contra el cáncer, lo que había acabado con su fuerza indomable y su alegría de vivir además de privarle de su casa y de los ahorros de toda una vida.

Después de su muerte, Nina, que había cuidado de la anciana, se había sentido desarraigada y había quemado su talento trabajando en cualquier cosa para ganar dinero. Había decidido que ya era hora de abrir las alas y escapar del lóbrego piso en el que su abuela había pasado sus últimos días y en el que había muerto.

Decidió viajar, como siempre había soñado que lo haría, buscar experiencias nuevas que la inspiraran para volver a pintar. Aquella decisión era lo último que recordaba con claridad.

Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho durante los dos años que viajó por Australia con una mochila al hombro no había dejado nada que se lo recordara. Sin embargo, algo la había llevado allí, a la isla, donde el destino se había aliado con ella para que, por fin, pudiera encontrar la paz.

—Aquí me siento feliz. Algunas personas dicen que, si pudieran volver a vivir sus vidas, les gustaría que fueran diferentes, pero yo me alegro de que todo haya ocurrido del modo en el que lo ha hecho en la mía porque me trajo aquí.

El cuerpo de él se sacudió de repente, como si una daga se le hubiera clavado en el pecho. De repente, una tos profunda le estalló en el pecho, llevándose en un momento todo el color que Ryan tenía en el rostro.

—¿Ryan?

—No es nada —respondió él, a duras penas—. Me encuentro

bien.

Evidentemente, aquello era una mentira. Fuera lo que fuera lo que le había pasado, le había afectado enormemente. El sudor le brillaba en la frente y sobre el labio superior. Los ojos reflejaban un dolor que casi le partía el corazón a Nina.

—¡Ryan! —exclamó ella, al ver que se había quedado completamente rígido en la cama. Entonces, lo tomó entre sus brazos y descubrió que había vuelto a temblar—. ¿Qué te pasa? ¿Es la cabeza?

—No, me encuentro bien.

—Eso no es cierto. Por el amor de Dios, dímelo —suplicó ella, horrorizada por la mirada vidriosa que tenía en los ojos—. Este no es momento de actuar en plan macho…

—¡Es solo un calambre! —exclamó él. —¿Estás seguro? —preguntó ella, pensando que aquel no era la clase de calambre que ella había visto—. ¿Te puedo ayudar?

—¡Sí, maldita sea! —gritó él, apartando la bolsa de agua caliente y uniendo su tembloroso cuerpo al de ella—. Abrázame. Fuerte —añadió, escondiendo la cara entre la garganta y el pelo de ella—. Más fuerte, abrázame, maldita sea… ¡Y por el amor de Dios, no me sueltes!

—¡No lo haré! —prometió ella, apretándole los brazos sobre la espalda.

Ryan se abrazó también a ella, estrechándola contra sí hasta que se unieron como si fueran dos partes de un todo. Él estuvo temblando durante varios minutos, pero incluso cuando la rigidez que le atenazaba empezó a aliviarse, Nina no dejó de abrazarlo. Se lo había prometido y no podía defraudarlo. La calidez de las mantas y la respiración de él contra la garganta, primero entrecortada y luego suave, como su suspiro, se convirtieron en una nana que le hizo dormir.

El tiempo se hizo elástico. Cuando abrió los ojos, en lo que le pareció solo unos segundos más tarde, ya había amanecido. Durante un momento, Nina se solazó en el sentimiento de que era en brazos de Ryan donde debía despertarse. Sin embargo, la conciencia fue derribando todas aquellas sombras. Estaban prácticamente nariz con nariz sobre la almohada. El aliento de Ryan le acariciaba los labios y su masculino olor le seducía las fosas nasales. Estaban

todavía abrazados, acurrucados el uno contra el otro. Entonces, Nina se dio cuenta de su error.

Se había implicado demasiado. Había permitido que sus temores, su compasión se apoderaran de ella hasta que se había visto atrapada por vínculos emocionales con el desconocido que tenía entre sus brazos.

Sin embargo, no solo eran vínculos emocionales. Incluso a través de la ropa, ella podía sentir los firmes contomos de su masculinidad contra su muslo. De repente, los pezones reaccionaron como por un resorte al sentir contra ellos el pecho de Ryan. Entonces, ella decidió que era hora de retirarse.

No había hecho más que empezar a moverse cuando él pestañeó y frunció el ceño. Ella se detuvo, esperando que él volviera a tranquilizarse.

—¿Nina? —musitó él, inhalando el aroma que ella despedía—. Nina… —añadió, sonriendo.

Con los ojos cerrados, Ryan bajó la cabeza y, sin errar, depositó su boca sobre la de ella, separándole los labios con un beso que provocó un caos en los sentidos de Nina. Él gimió suavemente, disfrutando con la boca abierta mientras sus labios se movían sobre los de ella, mordisqueándolos suavemente antes de absorberlos dentro de la boca y creando un rítmico y erótico movimiento que le provocó a Nina un cosquilleo en los dedos de los pies.

Ryan tenía la boca tan suave como la seda y, con la lengua deslizándose entre los dientes, lamía las dulces profundidades de su ser, corrompiéndola con un fiero placer que le resultaba extraño y a la vez abrasadora-mente familiar.

Lo que había empezado como un lánguido beso se había visto teñido de un ardor apasionado. Nina se veía bombardeada por abrumadoras sensaciones. La pasión, el íntimo roce de la barba, el sabor de su boca, el olor a almizcle de su masculinidad… Todas aquellas sensaciones se combinaban para hacer pedazos la ilusión de que estaba a salvo de las fieras que le acechaban en los pasillos más oscuros de su imaginación. Entonces, casi demasiado tarde, cuando la mano de Ryan se deslizó por debajo de la camisa que ella llevaba puesta y le tocó la piel desnuda, Nina fue consciente de lo que estaba a punto de ocurrir y se apartó de él, llena de vergüenza.

—¡Dios mío! ¿Qué estamos haciendo? —Estamos haciendo lo

más natural… hacer el amor. —¡Yo…! ¡No! —exclamó ella, levantándose de la cama y apartándose de él como si Ryan fuera el diablo en persona.

—Cuidado. Si vas mucho más allá, acabarás en el profundo mar —dijo él, revelando una increíble afinidad con lo que ella estaba pensando en aquellos momentos, lo que le hizo pensar qué otros diabólicos talentos poseía Ryan.

—Es mejor que vaya a ver qué hay de desayunar —musitó ella. Entonces, salió corriendo de la habitación.

Capítulo 4

NINA estaba de pie, detrás de la barra que separaba el comedor, contemplando la turbulenta bahía. El tiempo había mejorado muy ligeramente y los vientos seguían embraveciendo los mares. Nina no tenía que escuchar la predicción meteorológica para saber que no habría transbordadores aquel día.

—Supongo que sería poco apropiado decir buenos días. Aquí dentro se está bastante templado, pero ahí fuera no parece hacer buena temperatura, ¿no te parece?

Aquella rica y profunda voz hizo que un escalofrío corriera por la espalda de Nina. Al darse la vuelta, lo miró con ojos espantados.

—Lo siento. ¿Te he asustado? —dijo Ryan, entrando en la cocina descalzo. La poca sinceridad que parecía reflejarse en su sonrisa sugería que no le había desagradado tomarla desprevenida.

Entonces, él la miró de rriba abajo. Nina se había cambiado de ropa y se había puesto una camisa blanca, abrochada hasta arriba en un intento descarado por mostrarse recatada y que había terminado por convertirse en una provocación. El pelo, domado en una gruesa trenza, descansaba sobre un hombro.

—Espero que no te importe que me haya dado una ducha y que haya utilizado una de tus cuchillas.

Entonces, se pasó una mano sobre la suave barbilla. En silencio, Nina se sentía algo resentida por no haberse dado ella una ducha, y quitarse el olor de Ryan del cuerpo. Bajo la ropa limpia, todavía seguía guardando sus caricias.

—Ya veo que tienes mi ropa delante del fuego. ¿Crees que se habrá secado ya?

—Yo… —musitó ella, sonrojándose. A pesar de que había tenido tiempo de tranquilizarse y asegurarse que aquel incidente no había

significado nada, no estaba dispuesta a disculparse por lo que había pasado, o más importante, por lo que no había pasado. Esperaba que él fuera un caballero y que no mencionara el incidente—. No creo que puedas ponértelas hasta pasada al menos una hora. No hace mucho que las he sacado de la lavadora y la lana tarda en secar.

—Eso ha sido muy considerado por tu parte. Gracias.

Entonces, Ryan se apoyó contra el mostrador, mirándola. Tenía una expresión relajada en el rostro, pero su actitud sugería que estaba muy alerta. Recorrió con la mirada toda 'a habitación, deteniéndose levemente en Zorro, que devoraba ruidosamente la comida que tenía en su bol.

—Te he sacado los cereales —dijo Nina, señalando la mesa—. Y hay café y tostadas. Debes de tener hambre… —Con el café y las tostadas será suficiente —dijo él, haciendo ademán de sentarse—. Espero que tu hermano me perdone por llevar puestas sus ropas un poco más. ¿Cuándo va a venir a buscarlas?

—No va a venir —replicó ella—. Es decir, Karl no me visita con mucha frecuencia… solo cada dos meses más o menos. La empresa para la que trabaja ha empezado a vender una línea de ropa para practicar el surf que él ayudó a diseñar y que está teniendo mucho éxito, así que ahora está bastante ocupado. También tiene bastantes prendas que le regalan. No creo que vaya a echar estas de manos tanto como para hacer un viaje exclusivamente para venir a por ellas.

—¿Aunque este suéter sea regalo tuyo?

—Yo no se lo compré para que se convirtiera en un objeto de valor sentimental. Además, sé que, en lo que a la ropa se refiere, a Karl le gusta estar al día de la moda. Evidentemente, te encuentras mucho mejor esta mañana. Debe de ser un alivio volver a sentir la cabeza en su sitio. Dave me prestó su teléfono móvil, así que, si quieres llamar a alguien… Supongo que querrás marcharte enseguida.

—¿Marcharme adonde? —preguntó él, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Es que no lo sabes? —replicó ella. Ryan sacudió ia cabeza—. Pero yo pensaba…

—¿Qué? ¿Que porque esta mañana quería hacer el amor contigo

estaba en la plenitud de mis facultades mentales? Siento desilusionarte, pero la claridad de mente no es un requisito fundamental para tener relaciones sexuales. Los hombres cuando se encuentran en la ligera línea que separa el sueño del despertar operan —al nivel más primitivo de la conciencia humana. Si salgo de mis sueños para encontrarme una fragante mujer, cálida, suave entre mis brazos que, además, responde maravillosamente a mis besos, no voy a quebrarme la cabeza para establecer conversación. Todo lo que pude pensar es que estabas disponible y que tú también lo deseabas.

—Que alguien esté disponible no significa que también lo esté deseando —replicó ella, avergonzada de lo fácil que la había hecho parecer.

—Claro que lo estabas deseando, justo hasta el punto en que te dio ese odioso ataque de escrúpulos… —¿Odioso? —Frustrante, si lo prefieres.

—¿Crees que hubiera sido correcto por mi parte seguir adelante y hacer el amor con un completo extraño? —le espetó ella—. ¿Con un hombre sin nombre, sin historia personal? ¡Hoy en día, eso puede ser una sentencia de muerte! ¡Además, pareces estar más preocupado por el hecho de que esta mañana no tuviste relaciones sexuales de lo que lo estás por tu pérdida de memoria!

—Tú me diste un nombre. Ryan.

De repente, Nina se sonrojó por haberse dejado llevar por la ira y haberle dicho cosas sobre las que ella sabía que él no tenía defensa.

—Lo siento…

—¿Y crees que a mí no me molesta? —la interrumpió Ryan—. ¿Crees que a mí me gusta sentirme tan inútil? ¿Crees que por eso debería sentarme y ponerme a llorar por mi estado? Y, sí, por cierto sé que esto es de un soneto de Shakespeare. ¡En cuanto a eso, soy una mina de información inútil como esa! Pídeme que te cite sonetos, los nombres de los planetas, la receta de la salsa bearnesa y la teoría de la relatividad de Einstein y te asombraré con mis conocimientos. ¡Lo conozco todo sobre el mundo civilizado, pero lo desconozco todo sobre mí! —añadió, golpeándose el pecho con el puño cerrado.

Nina sintió que un temblor la sacudía por dentro. Al menos, ella

solo había perdido una pequeña parte de su vida. Imaginarse cómo se sentiría si no hubiera nada en ninguna dirección la hubiera aterrado y se había equivocado al pensar que Ryan no se había dado cuenta del verdadero horror de su situación. Se sentía tan desesperado como ella misma lo hubiera estado, solo que lo disimulaba bien.

—Lo siento —repitió ella, sirviéndole una taza de café recién hecho y entregándosela.

Ryan la tomó en silencio y fijó la vista en su fragante contenido.

—¿No tomas leche ni azúcar? —preguntó Nina.

—No lo sé —respondió él, levantando silenciosamente la vista. Entonces, tomó un sorbo—. Pero, aparentemente, tú sí-añadió, antes de tomar un sorbo más grande—. Oh, sí. Está muy bueno… justo como me gusta… supongo.

—Yo… Para la conmoción, es bueno que el café tenga leche y azúcar —dijo ella, sin saber por qué.

—Debe de ser una pura casualidad, entonces, que sea exactamente como me gusta. Tiene una cucharada de azúcar, ¿verdad?

—Dos. Tengo pan blanco y pan integral —añadió rápidamente, decidida a no caer en situaciones incómodas—. ¿Cuál prefieres?

—¿Por qué no me sorprendes? Lo has hecho tan bien hasta ahora que casi parece que me conocieras mejor de lo que yo me conozco a mí mismo.

—Bueno, no creo que eso resulte muy difícil en estos momentos, ¿no te parece? —replicó ella, cubriéndose la boca con la mano al darse cuenta de lo que había dicho—. Lo siento, no debería haberte dicho eso.

—¿Por qué no? Si es la verdad. Yo puedo enfrentarme a la verdad, Nina pero la cuestión es, ¿puedes tú también hacerlo?

El ambiente pareció cargarse de tensión. Nina casi pegó un salto cuando alguien llamó repetidamente a la puerta. Rápidamente, fue a abrir, agradecida de tener algo que le borrara de la mente aquel comentario tan enigmático. En el umbral, bajo una terrible lluvia, estaba Dave Freeman.

—Hola, siento haber venido tan temprano, pero es que el viento ha hecho un poco de daño que Jeannie quiere que repare, así que pensé en escaparme y ver cómo va el paciente antes de que me

ponga a trabajar —dijo Dave, saludando con la cabeza a Ryan mientras se quitaba las botas en la puerta—. También se me ocurrió echarle un vistazo a la carretera antes de que empezara a haber tráfico para ver si podía encontrar algo. ¿Es esto tuyo? —añadió, quitándose del hombro una bolsa de viaje de piel, completamente embarrada.

—Supongo que podría serlo —respondió Ryan, impasible.

—Todavía no puede recordar nada —le informó Nina, al ver la expresión de Dave—. ¿Dónde encontraste la bolsa?

—Yo no la encontré. Lo hizo este pequeñín —replicó Dave, haciendo un gesto con la cabeza—. Lo estaba arrastrando por la carretera cuando me encontré con él. Por su estado, yo diría que probablemente lo sacó de la zanja.

—¡Zorro! —exclamó Nina, al ver al perro cubierto de barro—. ¡Buen chico! ¡Qué perro tan listo!

El animal, que había bajado las orejas esperando una regañina, empezó a agitar el rabo de alegría, con lo que llenó el suelo de barro. Dave dejó la bolsa sobre el suelo de la cocina. Luego se sentó al lado de Ryan en el comedor y empezó a examinarle. Comprobó que los puntos estuvieran firmes y confirmó la opinión del día anterior de que no había daños en el cráneo. Luego, aceptó la taza de café que le ofreció Nina y se sentó a la mesa, haciéndole unas cuantas preguntas más a Ryan.

—¿Por qué no miramos en la bolsa? —preguntó Nina, impaciente, al ver que Ryan se iba poniendo más taciturno al no ser capaz de responder.

—Solo quería ver lo mucho que podía recordar sin tener nada que le motive a hacerlo. Es casi una presentación de libro de la amnesia traumática —le explicó a Ryan—. Tus recuerdos implícitos, es decir, las habilidades que has aprendido, están intactas. Lo que tienes afectado es la memoria de los acontecimientos y, por supuesto, eso supone tanto experiencias emocionales como personales.

—¡Vaya! ¿Significa eso que he fallado el examen, doctor? —preguntó Ryan, en tono burlón.

—Aquí no hay aprobado ni suspenso. Toma, firma con tu nombre completo —le dijo, dándole un cuaderno y un bolígrafo que se había sacado del bolsillo. Ryan, muy sorprendido, dudó en

cuanto se puso manos a la obra—. ¿No te acuerdas? Entonces, prueba a escribir «Ryan» —añadió Dave, mientras observaba cómo lo hacía.

—¿Qué demuestra eso? —preguntó Nina, impaciente—. Tú le has dicho lo que tenía que escribir.

—Demuestra que es diestro —respondió, encogiéndose de hombros al ver cómo le miraban los dos—. Algunas veces, el camino recto no es la mejor manera de encontrar senderos en la memoria. Mientras Ryan se estaba concentrando en mi pregunta y no en qué mano debía utilizar para escribir, la respuesta surgió automáticamente. El reflejo de su ansiedad no selo impidió. Ahora, si yo simplemente le hubiera preguntado si es diestro o zurdo, tal vez no hubiera sabido qué responder.

—Pero escribir es una habilidad aprendida, y tú dijiste que él tenía todas las habilidades de este tipo intactas.

—En realidad, la mayoría de los procesos de la memoria implican algún tipo de aprendizaje. Nombres, caras, experiencias personales… algo entra en nuestra memoria y lo hace con suficiente impacto emocional. Nosotros lo realizamos mentalmente a menudo, bien pensando o hablando sobre ellos, de modo que pasa a formar parte de nuestro bagaje permanente. De otro modo, sería como escribir en el aire.

Nina no quería oír más. Aquel no era su problema. —¡Anoche, tú dijiste que esto solo podría durarle unas pocas horas! —protestó ella.

—Dije que probablemente sería temporal —respondió Dave—. Y todavía lo sigo creyendo pero, en algunas personas, la recuperación viene a fragmentos y lentamente a lo largo de un período de tiempo, parecido a lo de hacer un puzzle, en vez de hacerlo de una vez. ¿Quieres mirar en esa bolsa? —le preguntó a Ryan. —Claro —contestó él, levantándose lentamente. Nina se acercó a él rápidamente, pero se retiró al ver la señal que le hacía Dave. Se obligó a terminar de tomarse el café y a charlar con Dave sobre el temporal mientras no dejaba de escuchar todos los sonidos que se producían en la cocina. Vio que Ryan se agachaba al lado de la bolsa, que abría la cremallera y que se ponía a mirar.

Unos minutos más tarde, cuando se incorporó, Nina interrumpió su conversación con Dave y se levantó de un salto de la silla.

—¿Y bien? ¿Qué hay dentro de la bolsa? —preguntó ella.

—Todo está muy mojado, pero… unos cuantos artículos de aseo, ropa, zapatos…

—Claro, es una bolsa de viaje —afirmó ella, impaciente—. Pero, ¿es tuya?

—La ropa parece ser de mi talla…

—¿Que parece ser? Entonces, ¿no reconoces nada? —preguntó ella, con el alma en los pies.

—No, pero entonces, no tengo por qué hacerlo cuando tengo esto —replicó Ryan, lanzando una billetera sobre la mesa.

Cayó abierta, mostrando un permiso de conducir. El rostro moreno que la miraba desde aquella fotografía digitalizada era el mismo.

—«Ryan Flint» —dijo Nina, levantando la cabeza para ver cuál era su reacción.

No hubo ninguna. La expresión de Ryan era impasible, expectante…

—Ryan Liam Flint —corrigió él, añadiendo el nombre que ella no se había molestado en leer.

Ella no prestó atención a aquel matiz y lo miró de nuevo, de un modo tan neutral como él lo estaba haciendo.

—Entonces, teníamos razón cundo te atribuimos el mechero.

—Eso parece —replicó Ryan.

—No hay tarjetas de crédito, ni tarjetas de tu trabajo, muy poco dinero… —le informó Nina que, descaradamente, estaba registrando el resto de la billetera—. El resto de un billete del transbordador desde Auckland. Parece que viajas muy ligero para ser un hombre que debe de haber pagado una fortuna por la ropa que lleva puesta.

—Tal vez sea por eso —replicó él.

La tensión que había vuelto a surgir entre ellos se rompió cuando Dave se puso de pie y le extendió la mano.

—Hola, encantado de conocerte. Soy Dave Freeman. —Y yo Ryan Flint —dijo él, dándole la mano.

—¿Cómo te sientes al poder decir eso?

—Aliviado de tener por fin algo a lo que colgarme —respondió él, sonriendo levemente.

—¡Espero que no digas eso literalmente!

—No creo que sea un hombre del tipo suicida —añadió él, más seguro de sí mismo.

—¿Qué clase de hombre crees que eres? —preguntó

Dave.

—No soy un perdedor. No me rindo hasta que no he conseguido lo que quiero.

Los dedos de Nina se aferraron a la cartera.

—Eso es una afirmación muy fuerte —musitó Dave—. Parece que te haya salido del corazón.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que te tengo uno? —replicó Ryan, levantando la ceja con cinismo.

—Te tomé el pulso, ¿te acuerdas? —replicó Dave, sonriendo—. El corazón te late con bastante rapidez estando en descanso, pero, considerando tus lesiones, yo diría que eres un joven muy en forma.

—Tienes treinta y tres años —dijo Nina, tras haber hecho cálculos con la fecha de nacimiento que venía en el permiso de conducir.

—Entonces, no soy tan joven. Tengo la edad suficiente para saber que, tal vez, podría haber cosas que no quiero recordar sobre mí mismo.

Nina se puso rígida, pero ninguno de los dos hombres la miró.

—Es una pena que no incluyan las direcciones en los permisos —dijo Dave—. Pero al menos, ahora tienes un un poco de paz y tranquilidad podrían ser todo lo que necesitas para recuperarte completamente, o al menos, para poder volver a tu vida normal sin mayores contratiempos.

~¡Es decir, me estás diciendo que cruce los dedos y espere lo mejor! —exclamó Ryan.

—Si así lo prefieres… La decisión es tuya.

—En ese caso, me parece que lo mejor es que espere —admitió Ryan.

—De acuerdo. No hay prisa ni presión alguna. No debes intentar que tus recuerdos afloren de nuevo. Puedes relajarte y dejar que vayan surgiendo. Nunca se sabe, alguien de por aquí podría reconocerte. Además, no podrías haber dado con una anfitriona más ideal…

—¡Espera un momento! —exclamó Nina, tirando la billetera—. ¿No estarás sugiriendo que se quede aquí?

—¿Por qué no? Tienes una habitación —le recordó Dave—. Y no es que no estés acostumbrada a tener visitas masculinas.

—Pensé que vivías aquí sola —dijo Ryan, frunciendo el ceño.

—Yo… en verano, Ray alquila las habitaciones libres a algunos hombres del departamento de conservación y a los voluntarios que vienen a hacer investigaciones ecológicas y estudios en la reserva natural —confesó ella, de mala gana—. Solo se quedan unas pocas semanas y, mientras tanto, yo no tengo que pagarle alquiler a Ray. Pero, en realidad, yo solo soy una inquilina aquí y mientras Ray esté fuera no creo que debiera… a Ryan durante unos pocos días. A Ray siempre le ha gustado colaborar. De hecho, ¿acaso no hizo lo mismo contigo cuando llegaste a Shearwater en circunstancias muy similares, herida y sin ningún sitio al que ir? Te ofreció un lugar en el que vivir hasta que arreglaras lo que querías hacer, lo que, en tu caso, fue seguir aquí. ¿Está con su hija? Si te preocupa no tener su permiso, ¿por qué no le llamas y se lo preguntas?

—Supongo que tienes razón —dijo Nina, admitiendo que estaba derrotada pero es que estaba terminando un encargo y…

—No me inmiscuiré en tu trabajo —prometió Ryan—. Casi no te darás cuenta de que estoy aquí.

«Claro que lo sabré», pensó Nina, sintiendo que cada momento que él pasara en la casa no le pasaría desapercibido.

—Además, me consuela saber que hay alguien a mano con experiencia personal sobre lo que estoy pasando —añadió él—. Tal vez incluso me puedas dar algún consejo.

—No creo —replicó ella, con frialdad.

—Anoche te oí hablar con Dave sobre tu amnesia. ¿Cómo ocurrió?

—Me caí por una escalera en el transbordador que me traía aquí y me golpeé en la cabeza —contestó ella, con voz cortante, mientras recogía las tazas de la mesa—. O, al menos, eso fue lo que me dijeron. Todo resulta bastante borroso.

—¿Sufriste heridas graves? —preguntó él, con una emoción controlada que ella se negó a admitir.

—No resulté herida, solo me quedé algo aturdida. Solo me hice un arañazo en la cara… nada de lo que preocuparse…

—Pero sigues teniendo amnesia.

—Mira, esto no tiene importancia —dijo ella, impacientemente,

mientras llevaba las tazas al fregadero—. Yo iba viajando de un lugar a otro y tenía todos mis bienes terrenales en la mochila. Evidentemente, tenía la intención de quedarme en Shearwater durante algún tiempo, así que no había prisa por volver al lugar del que venía, especialmente cuando descubrí lo mucho que me gustaba vivir aquí. La compañía que se encarga de los transbordadores se sintió tan aliviada al al ver que no iba presentar cargos contra ellos que me dieron un enorme cheque para disculparse, lo que me permitió pagar el alquiler de Ray durante los primeros meses. Entonces, empecé a pintar y nunca me he arrepentido de haberme quedado. Así que, como verás, las cosas me salieron bien al final.

Entonces, Nina se dio la vuelta y concentró su atención en fregar los platos con meticuloso cuidado.

A sus espaldas, oyó que Dave le daba a Ryan consejos sobre su estado para después anunciar que debía volver a casa. Rápidamente, Nina se secó las manos.

—Supongo que es mejor que te lleves tu móvil —dijo ella, entregándoselo.

—Tal vez es hora de que hables con Ray para que te ponga un teléfono aquí —comentó Dave.

—No, es mejor no tenerlo. No me gusta estar disponible en cuanto alguien quiera apretar un botón. La gente se piensa mejor si interrumpirte o no si tienen que hacer el esfuerzo de hacerlo en persona.

—¡Menuda indirecta para que me marche! —exclamó Dave, riendo—. Bueno, buena suerte, Ryan —añadió, dándole un golpe en el brazo—. Manténme informado de tus progresos. Yo vivo en la casa verde que hay al final, por si necesitas algo. Jeannie y yo volvemos a Auckland pasado mañana, si nos lo permite el tiempo, así que si quieres compañía para volver a la civilización…

—Gracias por la oferta.

—¿Estás seguro de que no te apetece otra taza de café? —preguntó Nina, temerosa de que se marchara. A pesar de que Dave la ponía nerviosa, temía más verse a solas con su turbador invitado.

—Creo que tiene miedo de que me vayan a salir colmillos en cuanto te marches —comentó Ryan, presintiendo lo que a ella le preocupaba.

—Por lo que sabemos de ti, podrías ser un asesino en serie —se

apresuró ella a responder.

—Bueno, basándome en mis muchos años de experiencia en la profesión, puedo decir que no creo que Ryan sea uno de ellos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Hay muchos términos clínicos para definirlo y supongo que tendríais que pasaros siete años en la facultad para comprenderlos pero, por decirlo en palabras sencillas, Ryan no muestra signos de tener una personalidad psicótica —respondió Dave, con una sonrisa.

—Tal vez se le dé muy bien esconderlos —insistió Nina.

—Eso es cierto. En ese caso, ¿qué quieres que haga? —preguntó él, mirándola de un modo divertido. Parecía adivinar que Nina no consideraba a Ryan como una amenaza física.

—Oh… —replicó Nina, algo avergonzada—. ¡Vete a casa con tu mujer! —añadió, señalándole la puerta.

—¡Vale! —exclamó Dave, tomando alegremente su abrigo—. ¡Huy, lo siento!

Cuando abrió la puerta, Zorro se le coló entre las piernas.

—¡Eh! ¿Dónde te crees que vas? —le preguntó Ryan. El corazón de Nina dio un vuelco al notar un ligero acento australiano. Entonces, él tomó la cara del perro entre las manos y lo miró a los ojos—. No puedes corretear por aquí hasta que no te hayas limpiado.

Sin ofenderse demasiado por la reprimenda, Zorro le lamió la nariz. Ryan se echó a reír, de un modo sonoro, alegre, que hizo que Nina volviera a sentir un vuelco en el corazón. Cuando reía, Ryan era un hombre diferente, afectuoso y atractivo en vez de frío y taciturno. Mirarlo era como hacerlo a través de un caleidoscopio, que presentaba rasgos diferentes de personalidad según se miraran diferentes facetas de su vida.

—Sabes cómo tratar a los perros —dijo Dave desde la puerta, luchando por poder ponerse el abrigo—. ¿Es que tienes uno?

—No, pero… —respondió Ryan, con los ojos brillantes—… de niño sí que tenía uno. Un perro grande, con muchos lunares… como ese de la película de Disney… Un dálmata.

—¿Te acuerdas de cómo se llamaba?

Ryan hizo un esfuerzo por recordar, pero luego negó con la cabeza.

—¿Lunar? —sugirió Nina.

—¡Espero que se me ocurriera algo más creativo que eso! —exclamó él, sin dejar de mirar a Zorro—. Había un gran patio… y un árbol… el perro solía sentarse a la sombra y las sombras de las hojas parecían más lunares, pero… No… Ya no me acuerdo de más.

—Ese es el tipo de cosas que, habitualmente, se empiezan a recordar primero —le animó Dave—. Los recuerdos lejanos son los primeros que regresan. ¡Ya te dije que ocurriría así! —añadió, antes de marcharse, sabiendo que su reputación profesional seguía intacta.

Nina cerró la puerta y respiró profundamente, volviéndose a mirar a Ryan.

—Sé que estás ocupado, así que si quieres irte a pintar o lo que sea, yo lavaré a este pequeño desastre —dijo él, acariciando afectuosamente la cabeza del animal, sin importarle que se estuviera manchando las manos—. Y, cuando haya limpiado esa bolsa… te fregaré el suelo.

Aunque estaba vestido con las desgastadas ropas de Karl, a Nina le costaba imaginarse a Ryan haciendo unas tareas tan domésticas. Había una arrogancia natural en él que hacía que resultara más fácil imaginárselo pagando a otra persona para que llevara a cabo aquellas tareas.

—Oh, no tienes por qué hacerlo…

—Tal vez haya perdido la memoria, pero no soy ningún inútil —le aseguró él, con firmeza—. Sé que te has visto obligada a cargar conmigo y no quiero ser un peso para ti. Quiero resultarte útil y no limitarme a estar todo el día tumbado, pensando en mis problemas. Por favor, ve a hacer tu trabajo y olvídate de que estoy aquí.

A Nina no le quedó más remedio que aceptar aquella oferta. Sin embargo, tal y como había supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo. Durante los dos días siguientes, tuvo que estar con él en la casa debido al mal tiempo. Se sentía como una prisionera en su propia casa, como si su espacio personal se encogiera con cada encuentro que tenía con su perturbador huésped.

Incluso cuando estaba en su estudio, con la puerta firmemente cerrada, la radio puesta y el viento proporcionando suficiente ruido de fondo como para bloquear cualquier cosa que estuviera sucediendo en el resto de la casa, Nina observó que no podía encontrar la concentración necesaria como para llevar a cabo su

trabajo.

Por ello, mientras las plantas de George languidecían en su mesa de trabajo, ella se dedicó a pintar estudios sobre el cielo. Creó adaptaciones libres de los dibujos que había realizado la última vez que había ido a caminar a la playa, la mañana de la tormenta, cuando las sorprendentes formaciones de nubes habían formado cambiantes y caprichosas formas sobre el horizonte. Cuando más pintaba, más se relajaba. Probablemente hubiera conseguido olvidarse de Ryan Flint si él no hubiera ido a llamar a su puerta.

—Espero que no te moleste que me haya servido algo de comer. Y pensé que, probablemente, tú también tendrías hambre —dijo él, entregándole un plato—. Así que este es el lugar en el que trabajas. ¿Te importa si echo un vistazo?

Dado que ya lo estaba haciendo, la pregunta era más bien retórica, pero a Nina sí que le había importado. Los deliciosos bocadillos a la plancha de queso y tomate no eran suficiente soborno como para evitar que ella le dijera con firmeza que su estudio estaba fuera de los límites permitidos a las visitas. No le gustaba la expresión absorta que él tenía en el rostro mientras admiraba el contraste entre las acuarelas de plantas y las del cielo. Sin embargo, a ella no le gustaron sus alabanzas. Solo sintió una tensión en el estómago que no desapareció hasta que hubo conseguido echarle del estudio,

—Creo que esto me suena —dijo él, suavemente, mientras ella le empujaba hacia la puerta—. Me resulta familiar…

—¿De verdad? Me alegro por ti —replicó ella, que no estaba de humor para hablar del pasado, diciéndole con firmeza que ella era una artista y no una terapeuta.

Sin embargo, en su caso no fue cierto aquel dicho de «Ojos que no ven, corazón que no siente». Aunque trató de mantener el contacto al mínimo, no podía dejar de ser consciente que, con cada palabra, cada mirada, cada roce, Ryan estaba empujándola más al borde un peligroso abismo.

Cuando se despertó a la tercera mañana, sintiendo los rayos del sol y escuchando los gritos de las gaviotas, Nina sintió una aguda sensación de anticlímax.

El aire estaba tranquilo. La tormenta había pasado, llevándose el peligro con ella. Ella había conseguido resistir a sus traicioneros

deseos. Aquel sería el día en el que Ryan Flint saldría de su vida para siempre.

Capítulo 5

¿RYAN? ¿Ryan? —preguntó Nina, mientras recorría la casa. Su voz resonaba vacía en las paredes. Cuando fue a tomar una ducha, las paredes estaban todavía húmedas y la pastilla de jabón que había sacado para su invitado estaba cubierta de espuma. Por ello, Nina había asumido que Ryan estaba ya levantado y arreglado y que, probablemente, estaba preparando el desayuno para ambos como había insistido en hacer el día anterior.

Sin embargo, en el salón no había rastro de Ryan, por lo que el corazón de Nina empezó a latir incómodamente mientras volvía rápidamente al recibidor.

La noche anterior, cuando ella había intentado hablar del asunto de su marcha, Ryan le había dicho que estaba cansado y que quería irse a la cama temprano. A pesar de todo, ella le había mencionado que, si funcionaban los transbordadores, habría uno por la mañana temprano. No obstante, no creía que él hubiera sido capaz de marcharse sin decir adiós.

Con mucha cautela, abrió la puerta de su cuarto y exhaló un suspiro de alivio cuando vio que la bolsa de piel seguía bajo la cama. Recorrió toda la habitación con la mirada. Ryan había empezado a recordar cosas poco a poco, pero, evidentemente, el hábito del orden estaba demasiado arraigado en él como para que pudiera haberlo olvidado. Pudiera ser que lo hiciera solo para comportarse bien delante de alguien que no conocía, pero Nina se inclinaba a pensar que, tal vez, Ryan Flint era un «animal domesticado».

Sin embargo, aquello no implicaba necesariamente que estuviera domado. Tal vez fuera que estaba casado. Aquella había sido la palabra que se había recordado para controlar las pequeñas emociones que experimentaba cuando se volvía y sorprendía a Ryan mirándola con aquella caída de ojos tan sexy…

Tras regresar al salón, Nina vio que el fuego había sido reavivado y, de repente, se dio cuenta de que Zorro tampoco estaba. Durante los dos días anteriores, como Nina había hecho todo lo posible por hacerse inaccesible, el hombre y el perro habían sido compañeros inseparables.

Probablemente se habían ido a dar un paseo por la playa. Tal vez Ryan había querido ver si alguien le reconocía o viceversa. Incluso podría haber ido a casa de Dave Freeman para que le llevara al embarcadero.

Nina tomó un par de prismáticos de la estantería y abrió la puerta. A continuación, se puso a examinar la playa, mientras los rayos del sol la bañaban, lo que no compensaba la gélida brisa marina que le llegaba hasta los huesos.

Solo se veían tres personas a la derecha, dos de ellas subiéndose a un barco. La otra persona era tan esquelética y alta que no había duda alguna de que era Chas Peterson, que estaba recogiendo algas para abonar su preciado huerto.

En la otra dirección, un enorme Labrador negro perseguía a las gaviotas sobre la arena, mientras que dos niños golpeaban con un palo el cadáver de un pez.

Mientras Nina bajaba los prismáticos, vio un movimiento en la puerta de al lado y vio una cabeza gris dando la vuelta a la casa. Ray Stewart había vuelto a casa. Aquello significaba que los transbordadores habían vuelto a funcionar con normalidad. Habitualmente, hubiera ido a saludarle y a escuchar todas las noticias que Ray tenía que contarle sobre su familia y contarle ella a su vez todo lo que había ocurrido mientras el hombre había estado fuera. Sin embargo, aquella mañana, Nina se limitó a volver a la casa, consciente de que solo estaba posponiendo lo inevitable.

Sabía que Ray le haría innumerables preguntas sobre la llegada de Ryan, pero ella misma tenía demasiadas preguntas sin contestar. No quería analizar demasiado las reacciones que Ryan le producía ni pensar en la dicotomía de lo que sentía hacia él. El impulso por mantenerlo alejado de ella convivía con una poderosa atracción hacia él.

Se tomó su desayuno en solitario y recogió los platos. A continuación, limpió el salón, deteniéndose frecuentemente a mirar por la ventana.

Mientras estiraba la colcha que cubría el sofá, recordó que Zorro se había puesto muy pesado la noche anterior, olisqueando y pateando la tela, justo donde el asiento se unía al respaldo. En aquel momento, ella había pensado que, tal vez, había escondido uno de sus huesos allí. Sin embargo, tras inspeccionarlo, no había encontrado más que pelusa. Además, había gran cantidad de barro en el lugar donde Ryan había puesto los pies la primera noche. Tal vez iba siendo hora de meter aquella colcha en la lavadora.

Nina tuvo que tirar con fuerza para sacar la colcha de entre los cojines. Cuando lo consiguió, un pequeño objeto negro cayó al suelo.

Tras recogerlo, Nina descubrió que era un pequeño tarjetero con un diminuto broche dorado. Al abrirlo, descubrió una tarjeta de crédito platino a nombre de Ryan Flint… No una solo, sino dos. Al mirar un poco más, descubrió unas tarjetas de visita, de color crema, grabadas con letras negras.

Ryan Flint
Galerías Pacific Rim
Honolulú, Sydney, Melbourne, Auckland

Nina abrió los ojos, agarrando la tarjeta con todas sus fuerzas. El sudor le cubrió el cuerpo y la respiración se le aceleró. Se dejó caer en el sofá, luchando por conseguir aire, y dejó caer la cabeza entre las piernas.

Ryan Flint.
Galerías Pacific Rim.

La visión se le nubló. La sangre le palpitaba en el cerebro. Gradualmente, la presión que sentía en el pecho fue aliviándose hasta que permitió que Nina respirara con normalidad. Sin saber por qué, metió la pequeña cartera donde la había encontrado y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

A toda velocidad, corrió entre la hierba que separaba las dos casas y subió los escalones que llevaban a la casa de Ray. Solo podía mirar a su alrededor, incapaz de llamarle en voz alta. La garganta se le había secado. De repente, notó un agudo dolor en la mano.

Sorprendida por tener el puño tan apretado, lo abrió y descubrió la tarjeta de visita, completamente arrugada.

Como la puerta estaba abierta, Nina entró con piernas temblorosas, sin detenerse hasta que hubo llegado a la cocina y al teléfono que había en ella. Como si estuviera observándose desde fuera de su propio cuerpo, vio que su mano agarraba el auricular mientras que la otra estiraba la tarjeta sobre la encimera de fórmica.

Ryan Flint. Galerías Pacific Rim.

Empezó a marcar el número, sin siquiera darse cuenta de que el número que estaba marcando era diferente en varias cifras del que aparecía impreso en una esquina de la tarjeta.

—Buenos días, Galerías Pacific Rim. Es el despacho de Ryan Flint. ¿En qué puedo ayudarle?

Aquel soniquete tan profesional hizo que Nina se echara a temblar, tambaleándose hasta el punto de que casi dejó caer el auricular.

—No… es… yo… —musitó Nina, intentando controlar la parálisis que le atenazaba la lengua.

—Lo siento. Esta es la línea privada del señor Flint. ¿Quería contactar con la galería principal?

—Yo… ¿podría hablar con Ryan, por favor? —preguntó Nina, tras humedecerse ligeramente los labios.

—Me temo que el señor Flint no está aquí en este momento. ¿Le gustaría hablar con su ayudante personal?

—Uh… no. ¿Cuándo va a regresar?

—Me temo que no lo hará al menos durante dos semanas más. El señor Flint está de vacaciones.

—Oh… bueno, tal vez le llamaré a su casa.

—Me temo que no puedo darle ese número. No figura en la guía de teléfonos…

—Lo sé.

—Creo que en su casa tampoco podrá hablar con él. Según tengo entendido se marchó y no quería que nadie le molestara. Pero dijo que comprobaría los mensajes que tenía en el móvil, aunque en estos momentos parece estar desconectado.

Nina pensó que, más probablemente, estaría enterrado en el barro, en el fondo de la zanja.

—Si no consigue ponerse en contacto con él, ¿quiere que le diga que ha llamado usted? Si quiere darme su nombre…

Nina colgó el teléfono. Entonces, empezó a temblar. Apoyó el cuerpo contra la pared mientras los recuerdos de los dos meses inmediatamente posteriores a la muerte de su abuela surgieron del vacío de su mente. Empezaron a cristalizar de un modo tan brillante y tan podeosos que a Nina le resultó difícil creer que no hubiera podido recordar nada antes. Aquellos recuerdos se abalanzaron sobre ella, llevándose consigo todas la seguridad que había ido acumulando durante los nueve meses anteriores. Eran recuerdos que ella había creído perdidos para siempre, que se habían almacenado en una parte inaccesible de su cerebro y que, finalmente, habían encontrado un modo de escapar.

Ryan Flint…

… La hermosa galería en una iglesia restaurada, cerca del Albert Park de Auckland, donde Nina solía almorzar al aire libre cuando trabajaba en la ciudad. La galería que solía visitar y en la que fantaseaba inocentemente que sus acuarelas se expondrían algún día.

…El elegante restaurante donde se había producido aquella escena tan horrible.

… La odiosa fiesta en la elegante Pamell House, en la que Ryan le había hecho pedazos el orgullo y en la que ella le había abofeteado aquel rostro arrogante.

¿Qué miserable giro del destino había llevado a Ryan Flint cerca de ella? Ryan Flint, el antiguo jugador profesional que, según Karl, había ganado una ruinosa galería de arte en una mano de póquer cuando tenía veintiséis años y la había transformado en una cadena de prestigiosas galerías que lo habían convertido en un multimillonario y en coleccionista de arte por derecho propio.

¡Menudo canalla! Nina sentía que la furia le corría por las venas. No era de extrañar que su presencia hubiera resultado amenazadora para ella. Recordó la conmoción que la había sacudido la primera vez que lo tocó, la noche de la tormenta. Aunque había tratado de no darle más importancia, evidentemente aquel había sido un síntoma de reconocimiento físico. Solo que su cerebro se había negado a admitir lo que sus sentidos parecían estar diciéndole.

Efectivamente, sabía quién era él. ¡Ryan era el cerdo sin

principios que casi había arruinado la vida de Karl!

Las emociones que Nina sentía fueron llegando una detrás de otra. No había empezado a viajar justamente después de la muerte de su abuela. Había decidido quedarse en Auckland hasta que hubiera terminado el alquiler del piso oficialmente, trabajando en una firma de arte y ahorrando cada centavo para su viaje. Por primera vez en tres años, Nina había empezado a mirar hacia un futuro sin problemas.

Entonces, Karl la había implicado a ella en su desastroso romance. Unos pocos días después del entierro de su abuela, él le había presentado a Ryan Flint con la esperanza de que ella pudiera influir para que Ryan lo considerara favorablemente. Karl quería casarse con la hermana de Ryan.

Su hermano adoptivo llevaba saliendo con Katy Flint varios meses, en secreto, porque al acaudalado Ryan no le gustaba que su hermanita de diecinueve años saliera con un hombre de pelo largo, fumador empedernido y algo proclive al anarquismo, que se pasaba la mayor parte del tiempo practicando el surf y que se ganaba la vida con trabajos ocasionales que le proporcionaban unos amigos más que dudosos.

Nina, que nunca antes se había sentido cómoda con la actitud algo irresponsable y relacionada con las drogas de Karl, había simpatizado en secreto con los instintos de protección de Ryan con respecto a su hermana… Hasta que lo había conocido.

Las chispas habían saltado entre ellos de inmediato. Ryan la había etiquetado de igual modo que a su hermano adoptivo y Nina, por descontado, se había negado a admitir que ella también dudaba que la dulce Katy fuera la mujer adecuada para Karl.

A Karl le había encantado el papel de amante contrariado, pero solo porque su juvenil arrogancia no podía concebir que su adorada eligiera a su hermano en vez de a él. Además, había menospreciado la determinación sin piedad de Ryan para romper aquella relación. Todo había terminado muy mal, con Karl arrestado por un delito relacionado con el cannabis y Katy dejándole cuando él había intentado echarle la culpa a Ryan de preparar todo aquello contra él.

El último recuerdo que Nina tenía de Ryan era la sonrisa triunfante que vio en su rostro cuando Karl le acababa de dar un

puñetazo en la mandíbula en el exterior del tribunal, mientras a su lado, Katy le gritaba a su enamorado que se detuviera.

No era sorprendente que Karl hubiera aceptado tan filosóficamente que Nina hubiera perdido la memoria durante un período de tiempo que podría haber incluido una estancia en prisión. ¿Sería por eso por lo que había tardado tanto en responder la primera postal que ella le había enviado, un par de meses después de su llegada a Shearwater? Él había dicho que la razón era porque estaba viajando mucho por su nuevo trabajo, pero tal vez era porque se sentía avergonzado de lo que había pasado y le parecía muy bien empezar de cero. Con toda seguridad, era mucho menos atolondrado y más disciplinado que el veinteañero que ella recordaba.

El murmullo de unas voces y el crujido de la madera del porche hicieron que Nina se incorporara, para meterse enseguida la tarjeta de visita en el bolsillo.

Rápidamente, regresó a la puerta principal.

—Hola, Ray, yo…

Nina se detuvo. Tras levantar la mano para protegerse los ojos del sol que los cegaba, vio que el hombre iba acompañado de una persona mucho más alta. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz, vio la agradable expresión de una cara sonriente.

—Supongo que hoy sí puedo saludarte con un «buenos días» —dijo Ryan, mientras Zorro trotaba hacia ella para olisquearla.

La cabeza de Nina empezó a darle vueltas. No sabía cómo reaccionar. ¿Sería lo mejor que le dijera directamente que sabía quién era?

—Has salido corriendo para nada —se carcajeó Ray—. ¡Ryan ya te ha ganado!

—¿Cómo? —preguntó ella. ¿Habría recordado Ryan toda su vida? Hasta entonces solo había conseguido ver retazos de su infancia.

—Lo vi paseando por la playa con Zorro, así que lo llamé. Me ha contado todos los esfuerzos que hiciste por rescatarlo —explicó Ray, dejándose caer sobre un banco para descansar sus artríticos huesos—. También me preparó unos huevos con beicon mientras charlábamos. ¡Casi tan buenos como los tuyos! Me ha alegrado saber que has tenido un poco de compañía durante el temporal.

Había estado un poco preocupado por ti. Pensé que, cuando regresara, te encontraría rebuscando entre un montón de escombros por el modo en el que hablaban en la televisión…

—Aquí no fue tan grave —empezó Nina.

—Lo suficiente, según los marineros que me he encontrado en el muelle —musitó Ray, frunciendo el ceño—. Y ya lo he podido ver aquí. Parte de la uralita del tejado se ha levantado por la parte de atrás y se han roto unas cuantas tablas. Es inútil pensar que voy a poder repararlas con estas manos que tengo —añadió, extendiendo los dedos retorcidos, deformados por la artritis—. Pero bueno, llevo tiempo pensado que esta casa necesita un buen arreglo…

—Tal vez podrías llamar a Bill Sawyer para que viniera a echar un vistazo…

—¿Y que me cobre un ojo de la cara por clavarme unos clavos? ¡No gracias! —exclamó Ray, que odiaba gastar dinero innecesariamente, a pesar de que era generoso—. No cuando tengo a Ryan que se ha ofrecido a hacerlo gratuitamente solo por haber estado viviendo aquí.

—¡Ryan! —exclamó ella.

Él sentado al lado del viejo pescador, estaba tremendamente atractivo con unos pantalones beige y un suéter azul. Además, su arrogante sonrisa parecía indicar que lo sabía.

—Sí. Va a hacer de manitas durante los próximos días —dijo Ray—. Así tendrás que albergar a tu inquilino durante unos días más. Por supuesto, te ajustaré un poco el alquiler ya que vas a tener que prepararle las comidas…

—¡Manitas! ¡Pero no puede ser! No se puede quedar —protestó Nina—. ¡Tiene que regresar!

—¿Adonde? —preguntó Ryan—. Freeman tenía razón. Sin ninguna presión externa parece que, poco a poco, voy recuperando la memoria… pero solo que un poco más lentamente de lo que él había predicho. No quiero interferir con el proceso. Tal vez había alguna razón por la que viajaba con tan poco equipaje… la misma razón por la que solo tenía unos cuantos dólares en el bolsillo. Tal vez estoy metido en algún lío… Y no quiero regresar a una vida que no recuerdo. Me sentiría demasiado vulnerable. Estoy seguro de que tú me entiendes perfectamente.

—A eso no le puedes decir nada, muchacha —comentó Ray, al

ver que Nina se quedaba con la boca abierta.

Ella estuvo a punto de decir que un hombre que disponía de dos tarjetas de crédito de platino nunca sería tan vulnerable como una pobre artista sin nada más que su propio nombre. Sin embargo, decidió guardar silencio.

—¡Por el amor de Dios, esto es ridículo! —replicó ella—. ¿Qué te hace pensar que se le dará bien hacerte esas reparaciones? Dudo que se sepa distinguir un lado del martillo del otro.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ryan.

—¡Mira! —exclamó ella, tomándole las manos y dándoles la vuelta para mostrar las palmas—. Resulta evidente que no estás acostumbrado al trabajo manual. Nadie que trabaje con herramientas tiene unas manos tan suaves. ¡Pero si hasta tienes la manicura hecha en las manos!

—Vaya, pensé que a las mujeres les gustaba que un hombre tuviera unas manos bonitas —murmuró él—. Vosotras tenéis una piel tan sedosa que parece una pena dañarlas con asperezas.

Nina apartó las manos. Había sido una gran equivocación tocarlo. Tal vez hubiera perdido la memoria, pero no había sufrido en su instintiva habilidad para flirtear. Incluso cuando habían estado discutiendo por sus hermanos, él se las había arreglado de algún modo para inyectar un elemento de provocación sexual en sus encuentros. Horrorizada, Nina había empezado a sentir una culpable excitación cada vez que lo veía, anhelando en secreto contemplar el fuego de aquellos ojos azules.

Por el contrario, Ryan no había intentado ocultar el hecho de que ella le gustaba, a pesar de que en aquellos momentos él estaba saliendo con una atractiva mbia.

—Tal vez seas peluquero, porque ellos siempre tienen las manos muy cuidadas y suaves —sugirió ella.

Entonces, él se tomó la libertad de ponerle las manos en el cuello, colocándole los pulgares bajo las orejas y peinándole el pelo con los dedos.

—Tengo que admitir que esto me resulta familiar —musitó él—. Tal vez si me dejas que te lave el pelo esta noche, salgamos de dudas.

Horrorizada ante tal sugerencia, Nina dio un paso atrás, sin poder dejar de imaginarse la visión de Ryan, de pie detrás de ella

bajo el agua, masajeándole suavemente el cabello. Entonces, se sonrojó.

—¿Te ha inspirado algo ese pensamiento?

Nina recordó lo hábil que él era con las palabras, una técnica que había utilizado contra Karl con una mezcla de condescendencia y desprecio y provocándole unos estallidos de cólera que le hacían parecer como un muchacho petulante.

—No necesito un maestro cualificado para que me haga el trabajo —intervino Ray—. Soy solo un pescador y, a pesar de eso, he construido esta casa con mis propias manos. Todo hay que decir, que me llevó unos cuantos años…

—Eso no es lo que importa —dijo Nina, refiriéndose de nuevo a Ryan—. ¿Y si alguien está preocupado por ti? ¿Y tu familia?

Ella sabía que sus padres vivían en Europa pero, ¿y Katy?¿ Se habría graduado en comercio para luego ir a estudiar a Harvard como Ryan había planeado?

—¿Y si estás casado? —añadió, observando con satisfacción su perplejidad.

Tres años atrás, Ryan era un soltero empedernido. La rubia con la que salía solo era una más en el desfile de mujeres que habían pasado por su vida. Katy le había confiado que su hermano nunca se había enamorado.

—Las mujeres siempre afirman estar enamoradas de él. Se lo ponen demasiado fácil —se había quejado la joven Katy, intentándole explicar a Nina por qué su hermano no entendía lo que compartían Karl y ella—. Es tan cínico que no creo que se case nunca a no ser que lo haga por razones prácticas… como por motivos de dar una imagen.

—Podrías estar casado —reiteró ella, tras recordar aquellas palabras, llena de venganza.

—También podrías estarlo tú —replicó Ryan.

—¿Quién te dice que, en esos dos años que dices que no puedes recordar, no te casaste?

—No seas ridículo. Claro que no me casé. ¡Karl me lo habría dicho! —le espetó Nina—. No creo que sea muy posible que me hubiera casado sin que mi hermano lo supiera.

—Hermano adoptivo.

—¡Lo que sea! Creo que, aunque hubiera ocurrido cuando estaba

lejos de él, me habría tomado la molestia de escribirle una postal para contárselo. Además, cuando llegué aquí, no llevaba anillo de casada.

—Yo tampoco.

—¡Algunos hombres no lo llevan!

—Y algunas mujeres, tampoco.

—Te aseguro que si yo estuviera casada, llevaría un anillo puesto —le replicó ella, con las manos en las caderas.

—Y yo también —respondió él, poniéndose de pie.

Nina se dio cuenta de que Ryan no iba a abandonar la isla hasta que él no quisiera hacerlo. ¿Es que no se daba cuenta de que aquel no era un lugar para él? Además, en aquellos momentos Nina estaba en la incómoda posición de saber quién era y no estaba dispuesta a ayudarle. ¿Por qué iba ella a humillarse revelándole las circunstancias que les habían unido en el pasado? Ella tenía todo el derecho para despreciarle. ¡Lo que le había hecho a Karl era imperdonable!

—¡Miraos! —exclamó Ray, riendo—. ¡Parece que estáis a punto de regañar! Pero Nina… yo hubiera creído que te agradaba la idea. Llevas meses detrás de mí para que arregle la casa. Cuando Ryan haya terminado aquí, tal vez pueda convencerlo para que te repase el tejado. He notado que hay unas manchas de óxido en un par de sitios…

—No creo que debieras arriesgarte utilizando a alguien que no sepa exactamente lo que está haciendo —musitó ella—. ¡Podría caerse y partirse el cuello!

—¿Significa eso que te preocupas por mí o es acaso lo que te gustaría que pasara? —preguntó Ryan—. Ray me ha enseñado lo que hay que hacer y yo estoy dispuesto a intentarlo. Me has dicho que muchas personas de por aquí llevan a cabo un sistema de trueque. Y eso es lo que estoy haciendo yo. A mí me parece justo intercambiar favores. ¿O es que crees que voy a explotar la confianza que un viejo indefenso ha depositado en mí solo por salirme con un oscuro propósito?

—¡Eh! ¿Qué es eso de viejo indefenso? —protestó Ray, golpeando el suelo con el bastón que llevaba en la mano, demostrando que su oído era tan fino como su inteligencia—. Tal vez parezca un poco decrépito, pero no estoy dispuesto a morirme

todavía. En cuanto a ti, Nina, deja de protestar. ¡Sé perfectamente lo que estoy haciendo!

¿Cómo podía ser aquello cuando Ray no sabía la clase de hombre con la que estaba tratando, un hombre que era capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya?

—Cualquier hombre con un poco de fuerza puede realizar trabajos de carpintería —añadió Ray—. Solo hace falta que alguien le diga lo que tiene que hacer. Y de eso me encargaré yo. Todo lo que Ryan tiene que hacer es utilizar el sentido común, de lo cual parece tener en abundancia, y seguir mis instrucciones. Yo soy el experto aquí. El es solo la mano de obra que trabaja para ganarse el sustento.

¿Ryan Flint mano de obra, aceptando órdenes de un viejo irascible que no haría más que volverle loco con su «experiencia»? Nina estuvo a punto de echarse a reír.

En realidad, aquello era impagable. El señor Multimillonario, sirviendo a otra persona con el sudor de su frente. El hombre que había querido que su hermano Karl fuera a prisión solo por atreverse a amar a su hermana… ¿Por qué no dejar que todo aquello se produjera? ¿Por qué iba a facilitarle ella las cosas? No tenía obligación alguna de decirle lo que sabía. Si lo hacía y él se marchaba, no conseguiría hacerle pagar nunca por lo que le había hecho a Karl. La venganza no podría resultar más perfecta aunque lo hubiera planeado todo ella misma. Además, sabiendo lo que sabía, ella tendría todo el control.

Evidentemente, él acabaría por recordar y podría tener problemas. Sin embargo, Ryan nunca podría demostrar nada. Cualquier cosa merecería la pena solo por verlo trabajar como un esclavo durante unos cuantos días.

—¿Y si recuperas la memoria antes de finalizar tu trabajo? ¿Qué pasará entonces? ¿Te marcharás y dejarás a Ray en el arroyo?

—Ocurra lo que ocurra, terminaré lo que haya empezado —dijo él, con una determinación ferviente.

—Bueno, supongo que si vas a andar por aquí, es mejor que hagas algo útil —admitió ella, dándose la vuelta para ocultar una sonrisa—. Os dejo para que hagáis vuestros planes. Supongo que no querréis gastar tiempo.

Unos segundos después, cuando Ryan la alcanzó mientras volvía

a casa, tras dejar a Zorro con Ray para que se terminara con su dueño los despojos del beicon. —Necesito ponerme algo más fuerte y práctico si voy subirme por los tejados —le explicó Ryan. —No tienes nada más —replicó ella. —Lo sé, por eso había pensado… bueno, sé que las ropas de Karl me sirven, y tú dices que él tiene otras… Nina se encogió de hombros, dándole permiso. Aquello sí que era justicia poética.

—He visto que has cambiado de opinión de repente —añadió él, mientras se dirigían a la casa—. Primero, estás toda enojada conmigo por marcharme y a continuación me desafías a que me quede. —Es una prerrogativa de las mujeres. —Entonces, ¿de repente decides que yo no iba a ser un peligro para mí mismo ni para otros? ¿Acaso has decidido que, después de todo, soy merecedor de tu confianza?

—Tú no… Ray. Yo confío en su opinión y, simplemente, he decidido darte el beneficio de la duda. Eso es lo que cualquier persona se merece, ¿no te parece?

Todo el mundo debe tener la oportunidad de probarse a sí mismo.

Habían llegado a la puerta. Ryan se frotó los nudillos contra la mejilla, la misma mejilla sobre la que ella le había abofeteado la noche que él le había sugerido que limaran sus diferencias en la cama.

—¿Estás intentando decir que por eso necesitas de repente que me quede? —preguntó él—. ¿Que me quieres aquí por cuestión de principios?

—Yo no te necesito. ¡Y nunca he dicho que quiero que te quedes! ¡Estoy dispuesta a soportarte si tengo que hacerlo, eso es todo!

—A mí me parece que hay mucho más que eso, Nina —dijo él, pasando a acariciarle la mejilla a ella—. Mucho, mucho más…

La yema de un dedo le acarició la comisura de la boca, que se abrió alarmada.

—¡No hagas eso!

—¿Que no haga qué?

—¡No me toques!

—¿Por qué no? —preguntó él, con dulzura—. ¿De qué tienes tanto miedo? ¿Qué ocurrirá si lo hago?

—¡Nada! ¡No ocurrirá nada! —exclamó ella, rompiendo con un parpadeo la sensación hipnótica que se había adueñado de ella.

—De acuerdo —dijo él, dejando caer la mano—. No lo haré… por ahora —añadió, metiéndose en la casa. Luego, se volvió a mirarla por encima del hombro—. Pero los dos sabemos que yo no tengo que tocarte para que tú te veas acariciada por mí, ¿verdad, cariño?

Entonces, desapareció en la casa, silbando… como si fuera él quien estuviera buscando venganza.

Capítulo 6

¡CREO que te has dejado una! —exclamó Nina, señalando el lugar donde una de las tablas seguía sobresaliendo de las demás.

Ryan, que acaba de poner pie en tierra después de bajarse de la larga escalera con una caja de clavos, un cincel y un martillo, levantó la vista y miró por encima del hombro a Nina. Estaba de pie, al lado de Ray, con una silla plegable bajo el brazo y un plato de galletas en la mano.

—¿Y no me lo podrías haber dicho mientras estaba todavía allí arriba?

—Es que no lo he visto hasta ahora —replicó ella, en tono inocente.

Nina observó cómo subía de nuevo al tejado y colocaba la tabla en su sitio. Era una tarde soleada y él se había quitado la camisa. La espalda, larga y esbelta, le relucía por el sudor.

—Ese chico tiene muy buen facha, ¿verdad? —comentó Ray—. ¿Es que estás pensando en pintarlo?

—No es ningún chico y ya sabes que no hago retratos —replicó ella, entregándole las galletas que le había preparado para el té.

—Pensé que podrías hacer una excepción en este caso… al ver lo mucho que parece gustarte mirarlo mientras trabaja.

—Resulta tan fuera de lugar que es imposible ignorarlo.

—Pues a mí me había parecido que estaba adaptándose bastante bien. Y no protesta. Hace todo lo que yo le pido y más. Y tiene ojo para los detalles. Ni siquiera parece molestarse cuando tú te acercas aquí a criticar.

—Él no pertenece a este lugar. No entiendo por qué te parece que es tan estupendo —replicó ella. No le gustaba el hecho de que Ray y Ryan hubieran hecho tan buenas migas en tan breve tiempo. En poco más de dos días, parecían haberse hecho uña y carne, lo que contribuía a privarle de parte del placer de su venganza.

—Es cosa de hombres —dijo Ray riendo al ver la ex—, presión sorprendida de Nina—. Eso me lo ha dicho mi nieta. ¿Y por qué no me iba a caer bien, Nina? Le he escuchado mientras me habla y mi instinto me dice que es un buen muchacho. ¿Qué tienes tú contra él?

¿Qué es lo que te ha dicho? —preguntó ella.

—Probablemente nada que no te dijera a ti… si estuvieras interesada en hacerle las preguntas adecuadas.

—Es que no confío en él —respondió Nina, alarmada—. Eso es todo.

—Tal vez no sea en él en quien no confías —replicó Ray—. Tal vez tus prejuicios te impiden ver lo que te dice el instinto. Me pregunto por qué tienes tantas ganas de que te caiga mal.

Con eso, se fue a hablar con Ryan y, a continuación, se sentó en el porche sobre una mecedora con el plato de galletas en las rodillas. Zorro, que nunca perdía la ocasión cuando olía comida, se acercó inmediatamente a él.

Ryan bajó de la escalera y, tras tomar una botella de agua que había en el suelo, se acercó a Nina.

—¿Qué te parece? —preguntó, haciendo un gesto hacia la casa, mientras se limpiaba el sudor de la frente.

—Sigo pensando que eres un peluquero —respondió ella, a pesar de que el resultado era más que impresionante.

Él sonrió y se metió una galleta en la boca.

—Esas no eran para ti —se quejó ella.

—Entonces, ¿por qué has hecho tantas?

—Esas galletas son las favoritas de Ray.

—Y las mías también —dijo Ryan, sacándose otra del bolsillo—. Creo que Ray se lleva la mejor parte del acuerdo que tiene contigo. Eres una buena cocinera.

—Me gusta hacer repostería. Lo encuentro relajante.

—¿Y has sentido que esta mañana tenías que relajarte por partida doble?

Era imposible que Ryan supiera que no había podido descansar la noche anterior. Había sufrido pesadillas en las que la turbadora imagen de él la perseguía… Había pasado demasiado tiempo observándole, pensando en él y en el secreto que conocía.

—¡Ya te he dicho que siempre preparo muchas galletas de esta

clase! —reiteró ella, sonando convincente.

De repente, una gota de sudor que le rodaba por un hombro llamó la atención de Nina. Sin poder evitarlo, la contempló con fascinación.

—Hace mucho calor aquí —dijo él, dándose cuenta de lo que ella miraba. A continuación, tomó la camisa que llevaba anudada a la cintura y se enjugó el pecho y la garganta—. Me apuesto algo a que en verano aquí hace un calor agobiante. Esos tejados metálicos atraen mucho calor, aun en invierno. Estuve a punto de freírme como un huevo ahí arriba, pero he conseguido repararlo todo, así que no creo que Ray vaya a tener goteras.

—¡Te estás divirtiendo con esto! —exclamó ella, al darse cuenta de que él disfrutaba hablando de su trabajo.

—Y tú también, o por lo menos así era. ¿Acaso estropea tu diversión ver que no me importa sudar? Me pregunto qué es por lo que quieres castigarme.

—Yo no tenía nada que hacer con esto. Todo esto fue idea tuya —le recordó ella, intentando no pensar en el porta tarjetas que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón—. Yo solo soy una espectadora inocente.

—¿Inocente? No creo. En cuanto a lo de espectadora, tampoco. Tú estás en esto hasta el cuello, tanto si te das cuenta como si no —le espetó él, dejándola perpleja. De repente, la hostilidad desapareció—. ¿Dónde vas con todo eso? —añadió, señalando la silla y todos los objetos que llevaba en el bolsillo.

—Voy a la playa. Quiero hacer unos dibujos de las piedras.

—Permíteme que te lo lleve —dijo Ryan, arrebatándole la silla antes de que ella pudiera negarse.

—No te he pedido tu compañía.

—Y no voy a dártela —replicó él, mientras se dirigían a la playa —. Simplemente, soy el ayudante al que se paga.

—Pero ya tienes trabajo que hacer.

—Ray me dijo que podía tomarme un descanso —respondió, saludando a Ray con la mano—. Creo que estaba pensado en cómo echarse una siesta sin perderse nada. ¡Efectivamente, le gusta ser el que da las órdenes!

—Está acostumbrado a hacerlo. Fue el timonel de un barco pesquero casi hasta que tuvo setenta años. No bromea cuando dice

que está casado con el mar. Creo que si no hubiera sido por la artritis, nunca se habría retirado.

—No lo decía para criticarlo —dijo Ryan, saltando a la arena y dándole a Nina una mano para ayudarla a bajar—. Me cae muy bien. Es un luchador. Espero ser como él cuando cumpla los setenta y cinco.

—Tú también le caes bien.

—Y eso te duele, ¿verdad? No puedo evitar ser un tipo tan majo…

—¿Majo?

—¿Es que crees que es una palabra demasiado fuerte?

Nina se limitó a sacudirse la arena de las zapatillas. Sabía que cualquier palabra que se le aplicara a Ryan Flint no podía ser algo neutral como aquello.

—En realidad —añadió él—, creo que lo que le gusta es tener alguien nuevo que escuche sus historias. Parece haber tenido gran cantidad de aventuras en el mar. Supongo que habrás oído alguna vez la del calamar gigante, ¿verdad?

—Muchas veces. Cuando era una niña, me provocaba pesadillas.

—Eso es… De pequeña solías pasar los veranos aquí, ¿verdad? Ray me dijo que tu abuelo era el propietario de la casa que tú tienes alquilada, pero que tu abuela la vendió cuando tú tenías… ¿unos trece años?

—Quince —respondió Nina, algo nerviosa. No le gustaba que hubieran estado hablando sobre ella—. La abuela tenía solo una pequeña pensión y prefería tener el dinero para que Karl y yo tuviéramos una buena educación.

—¿Habían adoptado tus padres a Karl antes de morir? ¿Por eso vino a vivir con tus abuelos?

—Mi padre no ha muerto. Se marchó antes de que mi hermana naciera. Como mi madre y él no estaban casados, supongo que no sintió obligación alguna de quedarse. Mi madre y mi hermana murieron un año más tarde, cuando hubo una explosión de gas en la cocina de nuestra casa. Mi padre o no leyó la noticia en los periódicos o tuvo miedo de verse cargado con sus responsabilidades paternas, porque no se presentó en el entierro.

—¿Y tú estabas allí cuando murió tu madre?

—Era mi cumpleaños. Mi madre estaba envolviendo mi regalo.

Yo estaba en el jardín de los vecinos, jugando. Mis abuelos no le hubieran consentido a mi padre que me apartara de ellos aunque hubiera aparecido. Pero yo solo tenía seis años y mi abuela no quería que yo creciera como hija única, así que mi abuelo y ella adoptaron a Karl al año siguiente. Mi abuela se imaginó que, como él era más pequeño que yo, volvería a darme mi papel como hermana mayor.

—Y te lo tomaste muy en serio. Ray me dijo que siempre aceptabas la culpa por las juergas que se corría Karl.

—Karl venía de una familia con problemas —protestó Nina—. Él siempre ha necesitado mucho amor.

—Como todos —murmuró Ryan, echándose a reír al ver a Zorro unírseles, corriendo en círculo a su alrededor—. Pensé que la glotonería lo mantendría en la casa.

—Probablemente sabe que tienes galletas en el bolsillo.

—Supongo que no importa que vaya por aquí sin correa, ¿verdad?

—¿Estás de guasa? Esto es Shearwater, por aquí no tenemos todas las reglas que tenéis los que vivís en la ciudad. Además, aquí no hay policías ni en invierno ni en verano, así que no hay nadie que te arreste por un delito tan pequeño.

—En otras palabras, aquí hacéis vosotros mismos vuestras propias reglas y decidís individualmente si queréis obedecerlas o no. A mí eso me suena a anarquía.

—Supongo que la libertad personal le parecería anarquía a un autócrata —dijo ella, deteniéndose junto al primer grupo de rocas.

—¿Crees que tengo modales dictatoriales?

—Creo que te gusta pensar que tienes razón en todo. Eso puede hacer que un hombre sea muy dominante. Puedes dejar la silla aquí.

—Sí, señora. Lo que usted diga, señora —se burló él, desdoblando la silla y colocándosela en la arena. Entonces, para desesperación de Nina, cuando él vio que ella se sentaba en la arena, se sentó a su lado.

—No tienes por qué quedarte —dijo ella, sacando del bolsillo su bloc de dibujo y sus lápices.

—Lo sé —replicó él, sacando una botella de agua para tomar un largo trago.

—Deberías volver a ponerte la camisa —le aconsejó ella,

mientras se ponía el bloc sobre las rodillas. No había podido dejar de notar cómo se le movía el vello del pecho con el viento del mar.

—No tengo frío —respondió él, dejando la botella. El sudor todavía le brillaba en la piel.

—Podrías resfriarte. Cuando uno deja de moverse, los músculos se enfrían muy rápidamente. Para cuando empieces a sentir el frío, podría ser demasiado tarde. No creo que quieras que te dé un tirón mientras tengas que estar subido en esa escalera.

—Sí, mamá —se mofó él.

—¡No me llames así! —exclamó ella, apretando la mano con tanta fuerza que rompió un lápiz.

Los dos miraron al lápiz roto. Entonces, Ryan le tomó el puño entre sus manos y se lo llevó a los labios.

—Lo siento —susurró él, contra la piel suave de Nina—. Lo siento… no debería haberte dicho eso.

—Yo… Si es solo un lápiz —tartamudeó ella, sin saber por qué tenía tantas ganas de llorar en aquellos momentos—. Seguro que tenía una tara. Pero tengo muchos otros.

—Permíteme —dijo él, abriéndole el puño para quitarle los otros de la mano. Luego, le limpió las manchas de grafito de los dedos—. Ya está…

Y le besó la palma de la mano. Durante un instante, mantuvo inclinada la cabeza sobre ella. Luego, sacó un lápiz nuevo del bolsillo de la silla y se lo colocó en la mano.

—Y mira… me voy a volver a poner la camisa para que no me resfríe —añadió, mientras se desataba la camisa de la cintura y se la ponía, aunque sin abrocharse los botones.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Sin embargo, el pecho de Ryan subía y bajaba como si hubiera estado corriendo. La tensión parecía haberse apoderado de su dorada piel. Incluso el vello, que antes aparecía aplastado contra el pecho parecía estar irguiéndose.

—Puedes tocarlos si quieres.

—¿Por qué iba yo a querer hacer eso?

—Por curiosidad.

Ryan tomó una de las manos de Nina y se la llevó al pecho, frotándola en delicados círculos sobre el vello hasta que las yemas

de los dedos le tocaron los pezones, que se irguieron inmediatamente. Sin embargo, él no dejó de moverlos hasta que Nina empezó a realizar los movimientos por su propia cuenta. La respiración de ambos pareció acelerarse.

—¿Puedo yo también mostrar curiosidad? —preguntó él.

De repente, al notar la intensidad de su mirada, los huesos de Nina parecieron derretirse cuando los ojos de Ryan se dirigieron a los dos puntos que destacaban sobre el jersey. Los senos parecían habérsele erguido bajo las copas del sujetador. Cuando él los tocó, aquella caricia le produjo una sensación de alivio.

—Igual que yo… —susurró él, dibujando espirales sobre los pezones—. Suaves, pero firmes…

Ryan la pellizcó ligeramente entre dos dedos. Nina gimió y, justo entonces, la boca de él cubrió la de ella, absorbiendo sus dulces gemidos, adueñándose del ligero sabor de aquella rendición tan sensual.

La lengua de él jugueteó con la de ella, sin dejar de acariciarle los pechos, tomándolos suavemente entre las palmas de las manos, acariciándole constantemente los pezones. Nina se inclinó sobre él, temblando, y le clavó las uñas en el pecho. Entonces, él supo que podría tumbarla sobre la arena, poseerla sin que ella levantara un dedo para protestar. Con aquel encuentro, Ryan había demostrado que podría hacer con ella lo que quisiera excepto una cosa… lo más importante. Aquello tenía que ganarse de mutuo acuerdo. Tendrían que entregárselo directamente del corazón, con sinceridad, o no valdría nada.

Cuando las manos de Nina empezaron a acariciarle el pecho, bajando hasta la cinturilla de los vaqueros, Ryan respiró profundamente y se las detuvo.

—¿Ryan…?

—Has venido aquí a dibujar, ¿te acuerdas? —dijo él, apartándose de ella e incorporándose sobre la arena, para intentar ocultar así la fiera erección que le hacía vibrar la entrepierna.

Nina intentó recoger el segundo lápiz, que se le había caído sobre la mano. Los labios y los pechos le ardían de deseo, pero mortificada por el hecho de que había sido Ryan, y no ella, el que había detenido aquel encuentro.

De repente, una pequeña ducha de agua fría le cayó sobre las

ardientes mejillas.

—¡Zorro! —exclamaron los dos al unísono mientras el perrito los miraba con la cabeza ladeada y la lengua fuera,

—Y el plato se marchó con la cuchara —musitó Ryan, abrochándose la camisa.

—¿Cómo dices?

—El perrito se reía al ver tal diversión.

Oírle recitar aquellos versos infantiles le produjo tanto dolor que, para superarlo, tuvo que concentrar su atención en Zorro. Efectivamente, parecía que el animal estuviera sonriendo.

—¡Maldito bicho! —le amenazó ella—. Si hubiera tenido el cuaderno abierto y me hubieras mojado las páginas, te hubieras ganado una buena.

Ryan se movió ligeramente sobre la arena y sacó un trozo de madera, que lanzó hacia el borde de la playa para que Zorro fuera a recogerlo de entre las olas.

—Probablemente, solo estaba cansado de que no le hiciéramos caso.

Nina no contestó. Se limitó a abrir el cuaderno hasta que encontró una página nueva, a la que puso fecha.

—Está acostumbrado a divertirse él solo cuando me acompaña a la playa a dibujar —le replicó ella.

Zorro volvió con la madera e hizo que Ryan se la volviera a tirar.

—Entonces, tal vez se sentía celoso.

—Debo advertirte que nunca se cansa de que le tiren algo para que vaya a recogerlo.

—Ño importa. Soy un hombre paciente.

Y así fue. El juego continuó mientras Nina empezaba a relajarse. No parecía que la compañía le molestara para empezar a encontrar la inspiración. La tensión había desaparecido gracias a la intervención de Zorro hasta el punto de que ella pudo empezar a charlar mientras dibujaba. Le habló de los veranos que, de niña, había pasado en la isla.

—¿Crees que por eso estabas en el transbordador aquel día? ¿Que viniste aquí por eso? Tal vez estabas persiguiendo tus recuerdos de los veranos felices, cuando te sentías segura y la vida era fácil, llena de placeres infantiles y sin responsabilidades.

—Nunca he pensado en ello, pero sí… supongo que esa puede haber sido la razón que me trajo aquí y la que me impulsó a quedarme. Shearwater es un lugar mágico, el perfecto retiro para un artista. También fue aquí donde me regalaron mi piimer juego de acuarelas profesionales. Ray me las regaló las Navidades que cumplí diez años.

—Él dice que estás tan a gusto en la isla que nunca te marcharás.

—Exagera —dijo ella, sacándole punta al lápiz con una navajita antes de ponerse de nuevo a trabajar—. No es que sea una reclusa aquí. He ido a Waiheke unas cuantas veces, a la biblioteca y a comprar comida. Una de las tiendas de allí vende mis acuarelas por una comisión y también mis tarjetas, que pinto sobre papel hecho a mano. Las tarjetas se venden muy bien y son divertidas de hacer porque son muy pequeñas y puedo ser completamente espontánea.

De repente, Nina contuvo el aliento. Se había dado cuenta de que hablar de arte podría hacerle recordar. Sin embargo, Ryan parecía concentrar toda su atención en un barco que pasaba por el horizonte. Mientras la falta de recuerdos producía en Nina un sentimiento de ansiedad y culpabilidad, él parecía haber adoptado una actitud de aceptación completa, como si hubiera decidido tomarse aquel episodio como unas vacaciones. Tal vez, inconscientemente, sabía que estaba de vacaciones y su cuerpo se había adaptado a la situación sin que él lo supiera.

—¿Por qué crees que viniste tú aquí? —preguntó ella, pensando que aquel lugar no era el más adecuado para un hombre rico y cultivado.

—Tal vez yo también esté buscando algo mágico.

—No me pareces el tipo de hombre que crea en la magia…

—Siempre hay una parte en todos nosotros que cree en la magia. El niño inocente que todos llevamos dentro.

Nina se dio la vuelta abruptamente y la conversación languideció. Ryan se llevó a Zorro a la orilla del mar, donde la arena estaba llena de burbujas de aire y de cangrejos. Minutos más tarde, regresó y se tumbó sobre la espalda, a dormir un rato, mientras los lápices de Nina volaban sobre el papel. Un momento más tarde, cuando él se rebulló un poco, ella cambió de página y empezó a dibujar a Zorro.

Entonces, Ryan se levantó, se sacudió la arena de los pantalones y se estiró.

—Supongo que ya va siendo hora de que vuelva a trabajar —dijo él, entre bostezos—. Hasta luego… Por cierto, Ray me dijo que te dijera que alguien le ha regalado unas vieiras.

Prácticamente se veía que se le estaba haciendo la boca agua mientras hablaba. Entonces, Nina recordó que una vez, él había pedido vieiras en salsa mornay en el caro restaurante al que Karl le había invitado a él y a Katy a cenar. Sin embargo, en vez de sentirse impresionado por la generosa hospitalidad del joven, Ryan había provocado una discusión que había terminado cuando Karl y Katy se marcharon del restaurante. Nina y él habían terminado cenado solos ante la insistencia de Ryan.

Dado que iba a ser él quien pagara la cuenta. Nina se había visto obligada a aceptar.

—Tal vez seas alérgico al marisco —le dijo ella, recordando el beso que él le había dado antes de meterla en un taxi y darle cincuenta dólares al taxista—. ¡Es mejor que no comas eso!

—En realidad, me acabo de acordar de que me encanta todo lo que venga del mar.

—Qué conveniente —musitó ella, mientras Ryan se alejaba.

Las sospecha permaneció con ella durante horas, mientras recogía sus cosas y volvía a su cabana. Aquel pensamiento le había estado rondando por la cabeza, pero no se había atrevido a pensarlo abiertamente por si se hacía realidad.

Mientras revolvía en el estudio, no pudo dejar de pensar en ello. Finalmente, aquello le impulsó a ir a la habitación de Ryan. Cuando estaba a punto de entrar en el cuarto, se dijo que tenía derecho a hacer a aquello. Debía protegerse.

La bolsa de viaje estaba todavía debajo de la cama. Cuando la sacó, Nina se quedó sorprendida por lo que pesaba. Ella hubiera pensado que Ryan hubiese preferido colgar la ropa en el armario en vez de dejarla en la bolsa. Además, resultaba imposible que la ropa pesara tanto.

Lo primero que vio cuando abrió la cremallera fue un teléfono móvil, no como el sencillo modelo de Dave Fre-eman, sino del tipo que podía mandar faxes, correos electrónicos e incluso comunicaciones por vía satélite.

Nina lo sacó. Tal vez no se le había ocurrido mencionarlo porque la lluvia lo había inutilizado. Sin embargo, cuando lo encendió, la pantalla se iluminó. Además, la batería estaba completamente recargada. Resultaba pesado y frío, pero tenía un tacto sumamente familiar. Ella había utilizado aquel teléfono antes… No necesitó tener un manual de instrucciones para saber perfectamente cómo funcionaba.

De repente, al sentir que el velo de la memoria empezaba a retirarse, se sacó rápidamente el tarjetero de su pantalón y marcó el número que aparecía al dorso de una de las tarjetas.

—Buenos días, llamo en nombre de mi… jefe. Él ha perdido su tarjeta platino mientras estaba de vacaciones y me gustaría que se la cancelara, por favor —dijo Nina, dando a continuación el nombre de Ryan y los números que aparecían en la tarjeta.

—El señor Flint llamó personalmente y canceló esa tarjeta hace dos días. Según las instrucciones que nos dio, no volveremos a emitirle una nueva hasta que regrese de sus vacaciones.

—Oh, entiendo. Lo siento, probablemente le entendí mal —respondió Nina, antes de colgar.

Ryan había cancelado sus tarjetas dos días antes. Nina siguió registrando y notó que había un pesado rectángulo metido entre el jersey que llevaba puesto el día que llegó. ¿Qué sería aquello? Al sacarlo de entre la lana, vio que era un libro.

Un hombre delgado y de pelo gris, vestido con un traje, la miraba con una enigmática sonrisa desde la portada. Un marcador señalaba una página. El título ocupaba casi toda la cubierta.

La mente y la memoria: Estudios de Amnesia.

¿Cómo era posible que Ryan hubiera llegado a Shearwater con un libro sobre la amnesia? Se quedó tan asombrada que no entendió las implicaciones de aquello hasta unos minutos más tarde.

—¡Dios mío…!

—¿Has visto ya suficiente? ¿O quieres registrarme a mí también?

Nina levantó la cabeza y vio que Ryan estaba en el umbral de la puerta. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Rápidamente se puso en pie, con el libro y el teléfono en las manos, como si quisiera confiscarle todo lo que él pudiera utilizar contra ella. Evidentemente, estaba esperando una respuesta, pero Nina era incapaz de dársela. Sin

embargo, ella se dirigió hacia la puerta y pasó de largo, empujándole con una fuerza sobrehumana.

—Nina, espera…

Entre maldiciones, él la persiguió por el recibidor hasta llegar al salón, saltando por encima del sofá para evitar que ella saliera por la puerta.

—Nina, no te creas que vas a escaparte de…

—¡Eres un canalla! —le gritó ella.

Entonces, le tiró el teléfono a la cabeza con todas sus fuerzas, pero él se agachó, dejando que el aparato fuera a chocarse contra el marco de la ventana.

—Por el amor de Dios, Nina… ¡eso me podría haber matado!

—¡Ojalá hubiera sido así, maldito cerdo! —bufó ella, tirándole también el libro, que le dio justo en el centro del pecho. Ryan lanzó un gemido al recibir el impacto del objeto y se dobló frotándose el pecho—. ¡No me extraña que tuvieras una amnesia «de libro»!

—Por Dios, Nina…

—No le ocurre nada a tu memoria, nunca le ha pasado nada. ¡No has hecho más que fingir! Me has estado engañando desde el principio. ¡Sabías exactamente quién eras todo este tiempo!

—Eso no es del todo cierto —confesó él—. Al principio sí que me sentía algo aturdido. No estaba seguro de lo que era real y de lo que no…

—¡No mientas! —gritó ella—. Puedo demostrarlo. Yo tenía las tarjetas de crédito que, supuestamente, tú no sabías que tenías… las mismas tarjetas que cancelaste por teléfono porque creías que las habías perdido. ¡Bueno, pues aquí las tienes! Tómalas… yo nunca las guardé para utilizarlas. ¡Ahora son tan inútiles como tú! —añadió, arrojándole el tarjetero también a la cara.

—¿Las tenías tú? —preguntó él, frotándose la mejilla, incrédulo—. ¿Las has tenido desde el principio?

—No, las encontré entre los cojines del sofá la mañana que Ray llegó a casa, y cuando las vi… llamé por teléfono a tu despacho y entonces lo supe… me acordé…

—Has recobrado la memoria —dijo él, completamente pálido—. ¡Eres una traidora! Lo sabías desde hace dos días y no me lo has dicho. ¿Quién ha estado engañando a quién, cariño?

—¿Y por qué tenía yo que decirte nada? —replicó ella, furiosa

—. Yo no te debo nada. Y, al contrario que la tuya, mi amnesia no es una sucia broma que yo gasto a las personas para conseguir mis sádicos fines. Además, no he recuperado la memoria por completo, solo lo suficiente para saber que eres un canalla de primera categoría. Lo único que recuerdo son dos meses que preferiría olvidar, los dos meses durante los que hiciste que la vida de mi hermano fuera un infierno…

—¿Eso es todo? —le espetó él—. ¿Solo eso… un par de meses de hace casi tres años? ¿No te acuerdas de nada más?

—En lo que a ti se refiere, eso es todo lo que tengo que recordar…

—Oh, no, no es todo —rugió él, acercándose aún más a ella—. Oh, no… no te he encontrado para que me embauques de ese modo.

—No sé de lo que estás hablando.

—Estoy hablando de ti y de mí, cariño…

—No hay ningún «tú y yo».

—¿Cómo lo sabes? —dijo él, con crueldad—. Estás escondida aquí, en tu maravillosa isla, huyendo de todas las cosas que no deseas recordar, cosas que a mí no me queda más elección que vivir con ellas.

—No es que no quiera, es que no puedo…

—Todavía no, pero ya lo recordarás todo para cuando yo haya acabado contigo… —replicó él, brutalmente—. No pienso marcharme de aquí hasta conseguir lo que he venido a buscar.

—Por el amor de Dios, ¿qué es lo que quieres? —preguntó ella, aterrorizada.

—¿Y los dos años que tú y yo pasamos juntos? ¿Y el dinero que me robaste cuando me abandonaste sin ni siquiera darme un beso de despedida?

—¿Qué dinero? ¿Estás loco? —preguntó ella, sintiendo el miedo en las venas—. ¿Dos años? ¿Estás sugiriendo que tú y yo… que yo… que estábamos… que tuvimos algún tipo de relación? —añadió ella, atónita.

—Viviste en mi casa y dormiste en mi cama. Creo que eso es mucho más que una simple relación.

—No, no te creo… —susurró ella, sintiendo que un manto negro iba cubriéndole poco a poco los ojos. Antes de perder la consciencia, sintió que él la tomaba entre sus brazos.

—Desmáyate todo lo que quieras… porque seguiré estando aquí cuando te despiertes. Esta vez, no va a ser tan fácil escapar de mí…

Capítulo 7

Nina abrió la puerta de su piso. El cuerpo se le tensó al ver a Ryan Flint en el umbral. Tenía un aspecto fuera de lugar en aquel humilde lugar con su traje de seda y su abrigo de cachemir. Ella no lo había visto desde la pelea que había tenido delante de los juzgados la semana anterior. Nina había pensado que no volvería a verlo jamás.

—No deberías haber venido aquí…

—¿Puedo entrar? —preguntó él.

Ella se echó atrás y dejó que Ryan atravesara el umbral.

—Si esto es sobre Karl…

Solo con una mirada, él la interrumpió. Entonces, Ryan se quitó el abrigo y lo tiró encima del respaldo de una silla. El diminuto piso, que había parecido tan deprimente y tan vacío desde que había muerto la abuela, parecía de repente lleno de vida. A excepción de Karl, ningún otro hombre había estado allí. Cuidar de su abuela había sido agotador tanto física como emocio-nalmente y le había quitado todo el tiempo.

Ryan ni siquiera miró a su alrededor. Entonces, se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata, sin dejar de mirar a Nina, que seguía todos sus movimientos con la boca abierta.

—¿Tienes algo de beber?

—Yo… yo creo que puede que haya algo de whisky —respondió ella, sabiendo que, con aquellas bruscas palabras, él había roto la tensión sexual que se había creado entre ellos.

Mientras ella rebuscaba en la cocina, Ryan no le quitaba los ojos de encima. Ella preparó, con manos temblorosas, dos copas.

—Lo siento… no tengo nada con lo que mezclarlo —dijo ella. Le costaba encontrar las palabras teniéndolo tan cerca.

—No importa. De todos modos, no tengo sed —replicó él, apartando los vasos y tomándola entre sus brazos.

Ryan la besó apasionadamente en los labios, ahogando el gemido de felicidad que ella exhaló cuando él la aprisionó contra los muebles de la cocina. Nina giró la cabeza para que él pudiera profundizar más el beso mientras le rasgaba los botones de la camisa y hundía los dedos entre el suave vello del pecho.

Al pasarle las uñas por la piel, Nina sintió que él temblaba y que le deslizaba las manos por encima de los muslos, bajo la falda, hasta llegarle a la cintura. Entonces, le bajó las medias y las braguitas para poder alcanzar el cálido centro de su feminidad, deslizándole los dedos entre la suave humedad. Luego, le empujó con las rodillas para que ella abriera más las piernas, preparándose para una urgente posesión…

—¡No!

Nina abrió los ojos, ahogando aquel grito en la garganta. Se encontraba en el sofá de su casa, en la isla, bajo la atenta mirada de Ryan. La presión que él le hacía contras las caderas, mientras estaba sentado a su lado, resultaba demasiado familiar.

—No… —repitió ella, débilmente, atrapada entre dos realidades, igualmente inaceptables.

—Sí… Todavía sigo aquí —confirmó él—. Te dije que no pensaba marcharme. Ahora formo parte de tu mundo mágico —añadió, acariciándole la frente para apartarle el pelo—. Solo has perdido el conocimiento durante unos pocos segundos.

¡Unos pocos segundos! Nina se echó a temblar. La mente parecía estar gastándole bromas. Ya no sabía qué creer. Sin embargo, estaba segura que aquel coito contra la pared no había sido una fantasía erótica. ¡Ninguna de sus fantasías había sido nunca tan explícita!

—Me dijiste que me habías encontrado. ¿Por qué? ¿Cómo?

—Como no has entrado en ninguna base de datos ni has hecho ninguna solicitud oficial, ni has abierto ninguna cuenta en el banco, no me resultó fácil. Fue por pura casualidad. La hija de una amigo compró una de tus acuarelas en un viaje a Waiheke. Tu estilo había madurado tanto que me resultó casi imposible reconocerlo, pero tu firma sigue siendo esa N tan particular. Así que empecé a hacer algunas averiguaciones discretas sobre la artista.

—¿Y qué sabes tú sobre mi estilo? —preguntó ella, pensando en las pinturas que él vendía en su galería por miles de dólares. Ella solo cobraba unos doscientos por los trabajos más grandes.

—Hice que te construyeran un estudio en mi casa. Fue una de las cosas con las que conseguí convencerte para que vinieras a vivir conmigo… que pudieras pasarte horas en el estudio, pintando.

—Estás mintiendo —dijo ella, desesperada—. Aunque hubiésemos sido amantes, yo nunca me hubiera ido a vivir contigo… ¡No podría haberle hecho eso a Karl!

—No nos quedó ninguna elección a ninguno de los dos —replicó él—. La química que había entre nuestros cuerpos era demasiado fuerte. Eramos como dos mitades de una ecuación biológica. Karl no tuvo nada que ver con lo que pasó entre nosotros.

—¿Cómo puedes decir eso? Él fue la razón de que nos conociéramos. Tú fuiste la persona que hizo que le arrestaran…

—Lo hizo él solo —le corrigió Ryan—. Karl andaba metido en líos antes de que yo apareciera, y tú lo sabes. Y habría arrastrado a Katy con él. Andaba demasiado metido con la gente equivocada y acabó pagando un precio por eso. Tuvo mucha suerte de no tener que pasar una temporada en la cárcel. Supongo que Karl hubiera preferido echarme la culpa a mí y, sí, a mí me venía bien que pensara que yo tenía esa clase de poder, pero siempre he hecho todo lo posible por no implicar a la policía en mis asuntos personales. Prefiero tratar con mis enemigos a mi modo y cuando yo quiero —concluyó él, con una cruel sonrisa.

—Si eso fuera cierto… lo nuestro, Karl me lo hubiera dicho —susurró ella, llevándose las manos a la cara—. Y habló del pasado. Por eso es imposible que yo estuviera viviendo contigo. Me dijo que, después de que mi abuela muriera, yo me dediqué a viajar… con una mochila, sin quedarme lo suficiente en ningún sitio como para echar raíces.

—Te mintió. No fuiste a ninguna parte. Estabas conmigo —afirmó Ryan, con implacable seguridad—. Karl me sigue odiando a muerte por saber ver a través de su fachada de chico encantador, por abrirle los ojos a Katy y mostrarle quién era él en realidad y, sí, por abrirte también los ojos a ti. Cuando nos hicimos amantes, era evidente que me estabas eligiendo a mí en vez de a él y eso lo corroyó por dentro. Nosotros éramos felices y él solo podía culparse de su mala suerte… aquello era razón suficiente para que ese canalla egoísta odiara que hubiera algo entre nosotros. Él fue una de las primeras personas con las que me puse en contacto cuando tú

desapareciste. Él te había visitado el día que te marchaste y afirmaba que habías estado hablando de irte a Australia «para encontrarte a ti misma». Me dijo que te dejara en paz. que ya no me necesitabas. Todo el tiempo ha sabido lo que te había pasado, dónde estabas, que habías perdido la memoria… y nunca se molestó en hablarnos a ninguno de los dos sobre el otro. Pregúntate por qué será eso, Nina.

—¿Por qué iba yo a creer lo que me dices? —preguntó ella, poniéndose de pie—. Ya sabes que no me acuerdo de nada. Por lo que yo sé, podrías estar inventándotelo todo.

—Entonces, ¿por qué no llamas a Karl? —le desafió él—. Dile que estoy aquí en la isla y verás lo que ocurre.

Nina se volvió para mirarlo, con los ojos llenos de furia y de desconfianza. Los rasgos del rostro de Ryan se suavizaron y la tomó por el codo, obligándola a establecer de nuevo contacto con él.

—O, mejor aún, ¿por qué no regresas a casa conmigo y lo descubres por ti misma? —añadió él, murmurando—. Así veremos si volver a un lugar en el que has vivido te ayuda a recordar. Ese libro que me has tirado a la cabeza, Nina, deberías leerlo. Te podría ayudar a comprender lo que te está pasando. Dice que los estímulos físicos pueden ser una poderosa fuente para recuperar los recuerdos espontáneamente. Visiones, sonidos, sabores, sensaciones que resulten familiares… Ver tu estudio, tus ropas, tus objetos personales, cómo vivíamos… podría ayudarte a recobrar tu pasado…

—¡Yo no pienso ir a ningún sitio contigo! —exclamó ella, llena de pánico—. Si es cierto que yo te dejé… y me escapé de tu lado, seguro que tenía una buena razón para ello.

—¿Por qué no regresas conmigo para que, juntos, podamos descubrir lo que es?

Ryan había pronunciado aquellas palabras de un modo suave, sombrío, infinitamente seductor. A pesar de que le prometían seguridad, Nina no notaba más que peligro.

—Si éramos tan felices, ¿por qué iba yo a haberte abandonado? —le preguntó ella, a gritos—. ¿Es que había otra mujer? ¿Te sorprendí acostándote con otra?

—¿Es que no vas a preguntarme también si te maltrataba? —replicó él, lleno de frustración.

Nina se dio cuenta de que nunca se le había ocurrido aquella posibilidad. A pesar de su actitud, dura y sin piedad, no le creía capaz de ser violento.

—Estás evitando la pregunta que te he hecho —le espetó ella, aliviada de haber podido cambiar las tornas, aunque solo hubiera sido brevemente.

—Te fui fiel durante todo el tiempo que estuvimos juntos, igual que lo he sido durante los últimos nueve meses —respondió él.

—¿Fiel? —preguntó ella, sin poder asociar aquella palabra con Ryan Flint.

—¿Es que no te das cuenta? Anhelo estar con una mujer, Nina. El único problema es que la única mujer con la que quiero estar está intentando hacerme creer que no quiere saber nada de mí.

—Quiero que te marches —dijo ella, dando un paso al frente para recoger el libro. Luego, lo tiró encima del sofá.

—Ya lo sé, pero no puedo, Nina. Nunca dejo ningún asunto sin terminar.

—Si estás hablando de este dinero que, según tú, yo me llevé…

Ryan mencionó una cantidad que le quitó el aliento.

—Desapareció de la caja fuerte que había en nuestra habitación el mismo día que tú te marchaste, y dado que eres la única persona que conocía la combinación…

—¿Por qué no pudo haber sido un robo?

—Un ladrón hubiera dejado la caja fuerte vacía. Allí todavía quedaban muchas cosas de valor. Lo único que faltaba era el dinero, tu pasaporte y tus papeles personales.

—Yo no tenía nada de eso cuando llegué aquí —respondió ella —. Te estás engañando. Mira a tu alrededor. ¿Te parece que yo tenga mucho dinero, aunque sea robado? Lo que tengo, lo he conseguido yo sola —añadió ella, con orgullo.

—Tal vez fuiste directamente al casino y lo perdiste todo allí — dijo él, encogiéndose de hombros—. Podrías haber pensado que era una justicia poética, dado el modo en el que yo empecé a ganar dinero.

—A mí no me gusta el juego.

—La vida entera es un juego.

—¿Qué te dijo la policía cuando lo denunciaste? ¿Me está buscando también?

—Ya te he dicho que no me gusta que la policía se meta en mis asuntos. Podríamos decir que es un legado de mi infancia.

—¿De tu infancia?

—Mis padres son una maravillosa pareja de artistas del engaño —admitió él. Nina tuvo la sensación, mientras lo escuchaba, de que ya sabía todo lo que él le iba a contar—. Nos llevaron a Katy y a mí por todo el mundo en busca de sus grandes estafas, e incluso nos utilizaron para conseguir a los idiotas que engañaban cuando fuimos lo suficientemente mayores para mentir convincentemente. Yo escapé de la situación en cuanto pude, pero dejé a Katy a su merced. Cuando finalmente echaron raíces en Australia, después de un buen negocio, mi hermana y yo pensamos que ella podría tener entonces la oportunidad de conseguir una buena educación y una vida estable, pero a mis padres les parecía tremendamente aburrido. Acabaron volviendo a sus estafas, pero aquella vez Katy era lo suficientemente mayor como para plantarse ante ellos. Yo les convencí de que la dejaran conmigo.

Nina recordó que, tras hacer el amor en la cocina de su piso, él le había confesado que era su deber impedir que su hermana sufriera daños y que siempre la protegería.

—Una cosa que mis padres me enseñaron, y que me pareció un buen consejo —continuó él—, fue a asegurarme de que siempre tenía una buena cantidad de dinero apartada para una emergencia, preferiblemente en billetes pequeños y usados.

—Entonces, no tienes nada que demuestre que tenías el dinero y por eso no le dijiste a la policía que te lo habían robado —adivinó Nina—. En otras palabras, ¡no tienes nada que demuestre nada de lo que has dicho!

—Tengo todas las pruebas que necesito aquí —dijo él, señalándose la cabeza.

—Es decir, has venido aquí a vengarte. ¿Es eso lo que buscas? —preguntó ella, con las manos en las caderas.

Ryan quería recuperar su dinero. Sin embargo, muy pronto tendría que aceptar que ella no lo tenía. Nunca había sido una persona materialista. La ropa, ni las joyas ni las pertenencias no habían sido nunca más importantes para ella que las personas.

—No busco venganza, pero sí una satisfacción.

—¿Cuál es la diferencia? —le desafió ella.

—Ven aquí y te lo demostraré —susurró Ryan, con una sonrisa.

—Si yo te dejé, ¿cómo puedes seguir queriendo tener algo conmigo? ¿Es que no tienes orgullo?

—Eso también me lo has quitado, Nina, así que, ¿qué tengo que perder? Pero si estás pensando que voy a arrastrarme para conseguir que vuelvas a meterte en mi cama, tendrás que cambiar de opinión. Tú serás la que suplicará.

—¡Yo nunca haré eso! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que no puedes aceptar que, evidentemente, eres alguien fácil de olvidar en la cama?

—Eres una mentirosa. Me acosté contigo durante dos años. Conozco tu cuerpo tan bien como tú misma y sé muy bien el lenguaje con el que se expresa. Puedes cerrar la mente a la relación que hubo entre nosotros, pero tu cuerpo recuerda perfectamente lo mucho que disfrutábamos juntos. En estos momentos, me deseas tanto como yo te deseo a ti. ¡Las discusiones siempre pusieron salsa a nuestra vida sexual!

—¡Fuera de aquí! —exclamó ella, deseando abofetearlo.

—Ni hablar. De ahora en adelante, estoy pegado a ti como el pegamento, tesoro. La única forma de librarse de mí es clavarme un puñal en el pecho.

—¡No me tientes! —le espetó ella, roja de ira.

—Voy a intentar tentarte de todos los modos que conozco —dijo él, antes de dirigirse a la cocina—. Y voy a empezar con tus papilas gustativas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, siguiéndolo.

—Voy a preparar la cena —contestó él, revolviendo en los armarios de cocina. Entonces, sacó algunos utensilios—. Ray me dio las vieiras y una botella de vino blanco que se trajo de casa de su hija.

A continuación, sacó los ingredientes del frigorífico, donde debía de haberlos puesto antes de aparecer en su habitación, y se dispuso a empezar la preparación. Sacó un cuchillo y se lo dio a ella, ofreciéndole primero el mango.

—¿Te importa encargarte de picar? —le pidió él, sonriendo.

—No quiero que estés en mi cocina —dijo ella, aturdida por aquellos cambios de humor.

—Sé que preferirías tenerme en tu cama, pero ya te he dicho

que, primero, me lo tendrás que suplicar —comentó él, mientras empezaba a lavar las vieiras.

—Habitualmente, cuando están tan frescas, yo me limito a rebozarlas y a freirías.

—Entonces, será algo especial para ti que te las preparen de un modo diferente —dijo él, exprimiendo un limón—. Tendremos que adaptarnos a los cambios que se producirán en nuestras vidas, Nina. Por muy difícil de aceptarlo que sea algunas veces, un cambio es bueno. El nacimiento, la vida y la muerte es una progresión natural…

—Pensé que ibas a cocinar, no a darme una clase de psicología popular —replicó ella.

—Puedo hacer las dos cosas. Y dado que tú pareces haber evitado a cualquiera con la experiencia médica necesaria para ayudarte con tu amnesia, me he elegido como experto. Ray me ha dicho que nunca has consultado a ningún médico.

—No tuve la necesidad de hacerlo. En otros aspectos, me encontraba perfectamente.

—Te refieres a que no querías que nadie negara tu regreso a la infancia.

—¿Cómo puedo haber madurado como artista si he regresado a la infancia? —le espetó ella

—Porque pones toda tu pasión en las pinturas y ninguna en tu vida.

—¡Eso no es cierto!

—Sé sincera —dijo él, agitando el cuchillo—. En este momento, te sientes emocionalmente más despierta gritándome de lo que te has sentido desde que llegaste aquí.

—¡No estoy gritándote!

—Pues a Zorro le parece que sí.

Nina se volvió a mirar al perro, que estaba tumbado delante del frigorífico, con la nariz en el suelo y las orejas dobladas.

—Bueno, ¿qué receta es la que estás preparando? —preguntó ella, con exagerada suavidad en la voz.

—Coquilles Saint-Jacques…

—Es decir, un nombre muy refinado para referirse a las vieiras —se mofó ella.

—… á la Flint. La variación que yo introduzco en la receta le da

un toque exquisito y único en la salsa —finalizó él, guiñándole el ojo—. Ya te acordarás de mis exquisitas variaciones. Tengo gran resistencia y me gusta resultar siempre innovador.

—¿De verdad? Bueno, pues tengo cosas mejores que hacer que estar aquí mirándote hacer de chef.

Entonces, Nina salió de la cocina y se dirigió a su estudio. Necesitaba apartar su mente del revuelo emocional que habían producido en ella las revelaciones que él había hecho sobre su pasado. Por ello, se puso a estirar el papel que iba a utilizar al día siguiente, algo que podía hacer sin pensar. Finalmente, una voz la llamó desde la cocina y de mala gana, salió para encontrarse con un aroma que hacía la boca agua. Al volver a la cocina, vio a Ryan sacando unas quesadillas del horno y poniéndolas en la cocina.

Se había duchado y se había cambiado de ropa. Llevaba puestos unos pantalones negros y una camisa de lino blanco. Nina deseó haber hecho algo más que simplemente lavarse las manos, cepillarse el pelo y cambiarse el jersey por una blusa.

—He puesto la mesa, pero, si no te importa servir el resto del vino, le llevaré esto a Ray.

Rápidamente, Nina tomó un guante para el horno y sacó la tercera quesadilla del horno antes de que él pudiera reaccionar.

—¡Yo se la llevaré!

—Si estás pensando en ir a Ray a contarle lo bruto que soy, esperando que él me eche a patadas y que me diga que no vuelva a aparecer por aquí, olvídalo. Él ya sabe nuestra historia. Le dije quién era la primera vez que nos conocimos.

—¿Qué quieres decir con que le dijiste quién eras?

—Básicamente, le dije que no tenía amnesia y que había venido aquí para recuperar el amor de mi vida. A él se le ocurrió la idea de que yo me pusiera a trabajar en la casa para darme la excusa de quedarme contigo.

—¡Eres un demonio!

Aquel había sido un golpe maestro. Ray, a pesar de que se enorgullecía de seguir soltero, era en el fondo un romántico. El amor de su vida. ¡Qué hermosas palabras! Sin embargo, en toda su charla de pasión y deseo, de química corporal y de ecuaciones biológicas, nunca había implicado que su corazón formara parte de aquello. Nunca había intentado hacerle creer que se hubiera

enamorado de ella. ¿Por qué? Porque, evidentemente, sabía que no resultaría convincente. Tal vez podría convencer con eso a un viejo, pero Nina estaba hecha de otra pasta más dura.

—Siempre me aseguro de llevar las de ganar. Y creo que, esta vez, te darás cuenta de que Ray está de mi parte.

Cuando Nina fue a llevarle el humeante plato al viejo pescador, descubrió que Ryan estaba en lo cierto.

Ray bajó la cabeza y la miró, levantando solo los ojos, cuando ella le expresó lo desilusionada que estaba por el papel que él había representado.

—Es el pasado —dijo el hombre—. Ryan tiene razón. No es bueno ocultarse uno mismo las cosas, pretendiendo que una parte de ti no existe. Y el pasado ha venido a tu encuentro, jovencita. Tienes que enfrentarte a él para que puedas seguir con tu vida. Si ese muchacho es el que va a ayudarte a hacerlo, bien por él.

Nina no pudo enojarse con el viejo, cuando era evidente que él estaba convencido en que había obrado del modo que más le favorecía a ella.

—Menudo lavado de cerebro le has hecho —dijo Nina, cuando, minutos después, regresó a su casa—. ¿Qué vas a hacer con eso?

Ryan estaba poniendo unos trozos de vieiras y unas cucharadas de salsa en un bol de plástico.

—Es para Zorro.

—No puedes darle toda esa comida —protestó ella, mientras Ryan ponía el plato en el suelo—. Tiene vino y queso. ¡Es demasiado pesado para su estómago!

Los dos vieron cómo el perro acababa con la comida en un abrir y cerrar de ojos, lamía la salsa e intentaba devorar el plato entero.

—Espero que seas tú el que se levante por la noche cuando esté gimiendo porque le duele el estómago —dijo ella, con amargura.

Durante un segundo, los dos contuvieron el aliento, quedándose en silencio. Nina decidió que se había imaginado el dolor que había sentido en el corazón al oír aquellas palabras.

Por mucho que le hubiera gustado despreciar la comida de Ryan, resultó deliciosa. Además, la copa de vino que había pensado en no tocar resultó el acompañamiento perfecto, aunque se limitó solo a una. Quería mantener la cabeza fría.

A medida que fue cayendo la noche, la lámpara que había sobre

la mesa y el fuego de la chimenea eran la única luz que reinaba en la habitación, lo que creaba un ambiente íntimo. Nina fue mucho más consciente del hombre que tenía al otro lado de la mesa, charlando con ella y haciéndola reír cuando debería haber mantenido las distancias.

—En realidad, pensé que quería convertirme en chef —dijo él, contemplando cómo Nina devoraba la comida—. De adolescente, trabajé en la cocina de un hotel-casino. Fue entonces cuando descubrí que tenía más ganas de estar en la parte principal de la casa que en la trasera. Aprendí a jugar a las cartas y nunca me arrepentí.

—¿Dinero fácil?

—No, yo no diría que era fácil. Se necesita mucha concentración, habilidad, práctica, persistencia y, por supuesto, una cierta cantidad de suerte para ganar. Yo siempre supe que no era algo que quisiera hacer durante el resto de mi vida. Solo buscaba una apuesta que me llevara a mi segunda fase. Fue una pura suerte que una apuesta se convirtiera en mi segunda fase. Entre los dudosos beneficios de ser el hijo de un estafador, el más importante era que me veía expuesto a muchos hermosos objetos de arte de colecciones públicas y privadas mientras recorríamos toda Europa pretendiendo ser ricos.

—Y ahora ya no tienes que disimular más. Eres un coleccionista de arte rico e influyente.

—Lo daría todo en un suspiro por pasar una noche contigo, cariño —susurró él.

Nina casi derramó el vino y, por un instante, estuvo a punto de caer en el engaño y creer que él hablaba en serio.

—Ese tipo de cumplidos tan extravagantes no me impresionan —le espetó ella.

—¿Hubo alguna vez mujer que se desmayara por esta disposición? ¿Hubo alguna vez mujer que se ganara por esta disposición? —murmuró él, apoyando la barbilla en una mano.

—No cuando ella recuerda perfectamente cómo sigue ese poema —replicó ella—. «La tendré, pero no por mucho tiempo».

—¡Me has pillado! —exclamó él, riendo—. Tendría que haberlo esperado, sabiendo lo mucho que te gusta Shakespeare. Es una de las cosas que tenemos en común.

—En ese caso, es mejor que evites citas de Ricardo III —le aconsejó ella sintiendo un cosquilleo en el vientre que no tenía nada que ver con la comida ni la bebida—. A menos que quieras que piense que eres un villano.

—Pensé que ya tenías esa opinión de mí.

—Una persona que sabe cocinar tan bien no puede ser tan malo.

Nina lamentó aquellas palabras en cuanto las hubo pronunciado. Sin embargo, en vez de aprovechar la oportunidad para hacer que ella se sonrojara, Ryan se limitó a inclinar la cabeza, como si aceptara el cumplido.

El soleado día había dejado paso a una fría noche.

Nina llevó los platos a la cocina y los puso a remojar en el fregadero. Ryan tomó su copa y se acercó a la cálida luminosidad de la chimenea.

Cuando ella regresó al salón, estaba tumbado sobre la alfombra, delante del fuego. Zorro, a sus pies, dormitaba.

—Ven a sentarte al lado del fuego —dijo Ryan, extendiendo una mano.

Nina automáticamente le dio la suya, dejándose caer a su lado como una sonámbula. De repente, se detuvo, con los ojos fijos sobre la alfombra color crema sobre la que él estaba tumbado.

—¿Nina? —murmuró Ryan

El cuerpo desnudo de él parecía un tronco de teca pulido a la luz de la chimenea, suave y lustroso, orgulloso de su erección, mostraba el potente miembro que surgía contra el duro vientre y rozaba los muslos de Nina. La boca de Ryan era tan ardiente como las llamas que eran mudo testigo de su pasión y se abría paso sobre la piel de ella, dejándole los pechos húmedos y erguidos y los pezones henchidos de dulce placer.

La gruesa alfombra generaba una fricción contra la espalda de Nina, estableciendo un erótico contraste con la suavidad de la piel de Ryan, de los sensuales movimientos de sus miembros buscando todos los puntos de placer en el ansioso cueipo de ella.

La boca de él ahogaba los gritos de ella, anulándole los sentidos mientras su cuerpo se deleitaba en el de Nina sin piedad, y dejando que las manos la levantaran hacia él para poder…

—Nina, ¿es que no te vas a sentar?

Ella volvió al presente, rompiendo aquella imagen en pedazos.

Ryan había bajado la mano y se había incorporado, mirándola fijamente.

—¿Nina? —repitió, muy suavemente, como si tuviera miedo de sacarla de aquel trance—. ¿Qué es lo que ves?

Ella no pudo responder. La voz se le paralizó mientras intentaba ocultar las emociones que había experimentado segundos antes.

—¿Es esta alfombra? —preguntó él, pasando una mano por encima—. ¿Es que te recuerda algo? En casa, solíamos hacer el amor durante horas sobre una enorme piel de oveja. Te encantaba estar desnuda conmigo delante del fuego, viéndome amarte, contemplándome con esos ojos verdes tan maravillosos. ¿Sabías que nunca cierras los ojos cuando tienes un orgasmo, Nina? No hasta que yo también he alcanzado el climax. ¿Estás recordando ahora lo increíblemente excitante que es contemplarnos el uno al otro dándonos placer? Cuando hacíamos el amor delante del fuego, tú siempre querías que fuera muy lentamente para que pudiera durar un largo tiempo. Algunas veces, solíamos encender fuegos en verano solo por darnos el placer de experimentar largas y calurosas horas de placer sexual intercaladas con refrescantes chapuzones en la piscina…

—Estoy cansada —dijo ella de repente—. Quiero irme a la cama.

—Es demasiado temprano. Acabas de cenar. Ven a sentarte al lado del fuego durante un rato. Sabes que te apetece hacerlo.

—Tengo que fregar los platos —comentó ella, sabiendo que él tenía razón.

—Ya los fregaré yo más tarde. He sido yo quien los ha ensuciado. Déjame que sea yo quien los recoja. ¿Qué te pasa, Nina? ¿Es que tienes miedo de no poder resistirme? ¿Por qué no te sientas aquí conmigo y me demuestras que sí puedes?

—Yo… Tengo cosas que hacer —dijo ella, sabiendo que no podía dejarse caer en aquel desafío—. Mañana va a venir alguien a recoger mis dibujos. Estoy segura de que te puedes entretener tú solo… Hasta ahora, pareces haberlo hecho bastante bien.

—Bueno, nunca me han gustado los placeres solitarios, pero lo intentaré —replicó él—. Si tengo algún problema, puedes estar segura de que te utilizaré como inspiración.

Después de otra mala noche de sueños interrumpidos, Nina se despertó, apenada, con los rayos del sol y se dio cuenta de que

había dormido más de la cuenta. Se levantó de un salto de la cama y se sorprendió al ver que, por una vez, se había levantado antes que Ryan.

Estaba en la mesa, desayunando, cuando él salió de su cuarto, muy somnoliento y con un aspecto increíblemente sexy con sus ropas de trabajo, el pelo revuelto y la barba sin afeitar.

—Buenos días, cariño —dijo él, a modo de saludo, inclinándose sobre ella para darle un beso en los labios antes de que Nina pudiera reaccionar—. ¿Qué vamos a hacer hoy? —añadió, sentándose en la silla de enfrente tras servirse un bol de cereales.

—¿Nosotros? Sé lo que voy a hacer yo, pero no tengo ni idea de lo que vas a hacer tú.

—Creo que sí lo sabes, por eso me estás mirando como una conejita asustada.

—Tienes que trabajar en casa de Ray…

—Él sabe que mi prioridad es cuidar de ti.

—Yo no necesito que cuides de mí.

—Eso es cuestión de opinión. Hoy va a ser otro día estupendo —comentó él, mirando por la ventana—, aunque parece que el viento es algo frío. Por cierto, ¿tienes más mantas? Anoche tuve un poco de frío.

—Están en la otra habitación. Ponte las que quieras —replicó Nina, sin entender cómo podría hablar de cosas mundanas como el tiempo y las mantas cuando había tantas cosas sin resolver entre ellos.

Después de aquella inocua conversación mientras se tomaba un café y unas tostadas, alguien llamó a la puerta. Nina se sintió a punto de gritar.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó él.

—Probablemente será George —dijo ella, algo molesta por aquel «nosotros»—. Dijo que iba a venir hoy a recoger las pinturas para su libro.

—Ah, sí, el botánico para el que haces esos estudios de plantas. Ray dice que, últimamente, has estado trabajando mucho más íntimamente con él.

—Bueno, a George le gusta controlar mis progresos. Para mí supone una buena fuente de ingresos. Además, siempre me ha gustado pintar plantas y flores.

—Viven en la reserva, ¿no?

—Solo temporalmente. Es profesor de la universidad de Auckland, pero está pasando un año sabático aquí mientras completa su investigación. Ya ha descubierto unas cuantas especies de heléchos autóctonos de la zona.

—Bien por George —musitó él, observando de un modo ausente cómo ella se estiraba la blusa y se alisaba el pelo mientras se dirigía a la puerta. Todos aquellos gestos tan femeninos le hicieron entornar los ojos.

—Me lo llevaré al estudio —comentó ella, algo preocupada al ver el modo en que Ryan la miraba—. Si no te importa mantenerte al margen… Esto son negocios.

—Me alegra oírlo —gruñó él.

George Franklin se había mostrado muy reservado cuando Nina y él se conocieron en el parque natural pero, a medida que iban colaborando más y más, habían terminado por hacerse amigos. Nina no sentía ninguna excitación por su compañía, pero lo apreciaba y últimamente se había preguntado en varias ocasiones si debería reaccionar de algún modo a los gestos que sugerían que ella era mucho más que una amiga para él.

En aquellos momentos, cuando él la saludó con una sonrisa y un afectuoso beso en la mejilla, ella se preguntó cómo podría haberle considerado candidato para tener una relación sentimental con él. Solo era unos pocos años mayor que ella, guapo, de pelo rubio, pecoso y ojos marrones. Sin embargo, no había nada en él que llamara a su corazón.

Al sentir que Ryan se les acercaba, Nina se puso rígida. Entonces, él la tomó por la cintura y la estrechó contra él, extendiendo la otra mano hacia George.

—Hola, George. Ryan Flint —dijo, dándole un fuerte apretón de manos—. No le dejes en la puerta, cariño —añadió, mordisqueándole suavemente el lóbulo de la oreja—. ¿Quieres que te prepare un café mientras Nina te muestra sus dibujos, George? Creo que te sentirás muy a gusto con lo que ha hecho. Nina tiene un verdadero talento para su trabajo. De hecho, es una de las artistas botánicas más dotadas que he visto en mucho tiempo. Ella apoya firmemente con su trabajo el hecho de que las reproducciones artísticas superan a las fotográficas.

—Ryan es tratante de arte, George —explicó Nina, pellizcando el brazo de Ryan hasta que este la soltó—. Es el dueño de las Galerías Pacific Rim.

—¿De verdad? —preguntó George—. He oído hablar de ellas, por supuesto, pero… bueno, me temo que no sé mucho de arte moderno…

—Y yo no sé mucho de botánica —dijo Ryan—, pero sé que algunos de esos dibujos que ha hecho Nina son lo suficientemente buenos como para merecer consideración por sí mismos. ¿Has pensando alguna vez en hacer que una galería muestre los dibujos al tiempo que presentas tu libro? Es un campo muy especializado y sé que las publicaciones académicas no entran en el mercado a bombo y platillo, pero no hay razón alguna para que no fuera un éxito si se organizara adecuadamente. Sé, de hecho, que hay gran cantidad de coleccionistas de obras de arte relacionas con la botánica Australasia. Si lanzaras tu libro en una galería de arte, no solo sería buena publicidad para tu libro sino que también le daría a Nina, y a ti, una mayor proyección. Eso por no mencionar los beneficios.

—¿De verdad crees que yo podría hacer eso? —preguntó George, mucho más intrigado.

Nina se encendió al ver, tras recoger los dibujos en el estudio, que él se saltaba la minuciosa observación que hacía siempre de ellos para pasar la mayor parte de su visita hablando de la posibilidad de hacer la presentación en Pacific Rim.

A pesar de sus esfuerzos por distanciarse de las constantes miradas de Ryan y de intentar que los constantes «cariño» con los que él se refería a ella parecieran una afectación de alguien que se mueve en el mundillo del arte, no lo consiguió. Para cuando George se marchó, estaba completamente segura de que él ya no volvería a insinuársele.

Ya no hubo beso en la mejilla cuando se despidió de ella. Además, Ryan insistió en ayudarle a llevar las pinturas a su coche para que solo tuviera que hacer un viaje.

—¿Cómo te atreves a comportarte de ese modo? —protestó ella, cuando Ryan hubo regresado—. Te dije que no te metieras.

—Solo estaba intentando dar un empujón a las carreras de ambos —dijo él, inocentemente—. ¿Qué hay de malo en eso? Pensé

que te agradaría que fuera tan amable con tu amigo.

—¡Amable! —exclamó Nina. A ella se le ocurría otra palabra para definir su comportamiento—. ¿Qué le dijiste antes de que se marchara?

—Que se buscara otra mujer, porque tú ya pertenecías a otro hombre. A mí.

—¿Le dijiste eso?

—Bueno, lo hice con un poco más de tacto, claro —mintió él—. No pongas esa cara tan horrorizada. En cualquier caso no te habría servido como amante. Tú necesitas a alguien más mundano, que tenga apetitos sensuales similares a los tuyos. Y él no sabe nada de arte, por el amor de Dios. ¡Y tú eres una artista! ¿De qué hablaríais cuando no estuvierais en la cama? Tú necesitas a alguien que entienda tus estados de ánimo, tus pasiones, tus frustraciones… Afróntalo, Nina, me necesitas a mí. Nunca encontrarás otro amante que colme mejor tus deseos y lo mejor es… ¡qué estoy aquí, a tu disposición!

Capítulo 8

NINA se lanzó por el empinado sendero, agarrándose a los troncos de los árboles para intentar bajar más despacio. Finalmente, se soltó y bajó a toda velocidad para ir a caer en brazos de Ryan.

Cuando ella le golpeó en el pecho, él se tambaleó, y los dos estuvieron a punto de caer sobre la alfombra de hojas.

—Maldita sea, Nina, deberías tener más cuidado. Te podrías haber roto el cuello.

—Lo siento, empecé un poco rápido y una vez que tomé velocidad no me pude detener.

—Créeme, sé lo que quieres decir.

—Entonces, ¿por qué resistirse? —preguntó ella, entornando la mirada.

Había estado tres días intentando provocarle y para su frustración, todo lo que él parecía hacer era hablar. Ella empezó a sacudirse un poco de polvo imaginario que tenía en el cuello de la blusa con pequeños toques de los dedos e incluso llegó a desabrocharse otro botón.

. —¿Qué te crees que estás haciendo? —preguntó él, agarrándola de la muñeca.

—Poniéndome más cómoda.

—Puedes quitártelo todo si quieres —le espetó él—. No va a cambiar nada.

—¿Por qué? ¿Porque lo has visto todo antes?

—No, porque puedes estar segura de que no me aprovecharé de tas estúpidos impulsos.

—¿Y si yo quiero que te aproveches de ellos?

—¿Es que quieres que te tire al suelo y te haga el amor aquí mismo, sobre la tierra, en medio de un parque natural? —preguntó él. Nina se sonrojó—. Te aseguro que soy capaz de hacerlo, pero no podré pretender luego que no ha pasado nada entre nosotros. Si

quieres que volvamos a ser amantes otra vez, tendrás que estar preparada para afrontar las consecuencias —añadió él, dándose la vuelta.

—¿Qué consecuencias? —replicó ella, agarrándole por una manga—. He admitido que recuerdo el principio de nuestra relación. ¿Cómo puedes esperar que afronte lo que todavía no recuerdo? Si es tan importante, ¿por qué no me lo dices tú?

—Porque solo hablarte de tu vida pasada no hará que sea más real para ti, si no puedes añadir sentimientos a los recuerdos. Aunque pensabas que te habías olvidado de que yo existía, todavía tenías un recuerdo emocional sobre mí, lo que provocó que empezaras a recordar.

—Estás implicando que tengo algún tipo de control sobre esto.

—Solo estoy implicando que pareces tener más miedo de recordar que de olvidar. Tal vez aquella caída en el transbordador completó un proceso que ya había comenzado, y al golpearte la cabeza le diste a tu mente una oportunidad perfectamente lógica de distanciarte del problema que había en tu vida.

—¡Mi único problema es la relación que tuve contigo! En otras palabras, estás diciendo que no crees que tenga amnesia.

—No tengo ninguna duda de que así sea, pero no de la que provoca daños en el cerebro. Y creo que, inconscientemente, lo sabes y por eso has estado evitando a los médicos.

—Evito a los médicos porque ya tuve que ver bastantes mientras mi abuela estaba enferma. Fue una época horrible. Si estuviera buscando un período de mi vida que quisiera olvidar, estoy segura de que sería ese.

Siguieron andando en un silencio incómodo pero, cuando regresaron a la casa, Ryan fue directamente a su habitación y sacó una carpeta llena de fotografías.

—No las viste cuando registraste mi bolsa. Estaban en un bolsillo lateral —dijo él, colocándolas en la estantería—. Las dejaré ahí para que las mires cuando quieras.

—¡Quiero verlas ahora! —exclamó ella, decidida a demostrarle que no era ninguna cobarde—, ¿Me vas a decir qué son? —añadió, sacándolas de la carpeta

—¿Por qué no las miras y me haces preguntas? —sugirió él, sentándose a horcajadas en una silla.

En total había veinte. Eran fotografías alegres. La mayoría eran de Ryan y de Nina juntos, pero había unas cuantas fotos de una casa enorme, blanca, de estilo mediterráneo, con una gran piscina. Otras eran de personas que no conocía y había una de un niño pequeño, que todavía llevaba pañales, vestido con un peto vaquero. Estaba montado sobre un caballo de madera y tenía el pelo negro y rizado y alegres ojos azules. Nina casi no miró esa, pasándola con desinterés bajo las otras.

Ryan observó aquel gesto con ojos llenos de dolor. Deliberadamente, tomó la foto que ella había desear—, tado y se la mostró de nuevo.

—¿Alguna pregunta?

—Tengo una fuerte sensación de deja vu sobre todos estos lugares… Y esas fotos en las que estamos juntos… recuerdo hacer alguna de esas cosas contigo… —¿Recuerdas algo de estas personas? —No —replicó ella, sin querer hablar de otras personas. Además, no le interesaban los hijos de otros—. La mayoría de ellos son solo caras, a excepción de Katy. Supongo que ahora estará estudiando en Estados Unidos, ¿no?

—Está sacando unas notas estupendas y ya le han hecho allí varias ofertas de trabajo.

Por el rabillo del ojo, Nina vio que él se metía la foto del niño en el bolsillo de la camisa. Ella sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa.

—Quédatelas. Nunca se sabe. Cada vez que las mires, podrías recordar algo.

Entonces, se levantó y se pasó las manos por el pelo, con un gesto de cansancio, mostrando la herida que se había hecho la noche de la tormenta.

—Deberías ver a alguien para que te quite esos puntos —dijo ella—. Dave dijo que no tendrías que llevarlos más de una semana.

—¿Ha pasado solo una semana? En cierto modo, parece más tiempo —exclamó él. Nina no pudo estar más de acuerdo—. En realidad, iba a ir a ver a alguien ahora. Iré a por el agua caliente y una toalla mientras tú esterilizas las tijeras.

—¿No esperarás que te los quite yo? —¿Por qué no?

—Dave dijo que era tan fácil que podría hacerlo yo mismo. Solo hay que cortar y tirar.

Nina tembló, pero sus protestas no le sirvieron de nada. Pronto se encontró inclinada sobre él, con las tijeras en las temblorosas manos. —No quiero hacerte daño…

—¡Menuda ironía! Venga, no creo que puedas hacerme más daño de lo que ya me has hecho.

—Eso no es justo…

—La vida no es justa, cariño. ¿Es que no te has dado cuenta de eso todavía? Ahora, deja de torturarme y ponte manos a la obra.

Y así lo hizo, cortándole los puntos con la mayor delicadeza, a pesar de que no dejaba de hacer gestos.

—Ya está. ¿Ves? —añadió él, quitándole las tijeras de las manos —. Lo has hecho muy bien. Eso demuestra que, algunas veces, pensar en el dolor es peor que el dolor en sí mismo… aunque lo estemos infligiendo con los mejores motivos —añadió.

Con aquellas palabras de misterio, Ryan se levantó y se fue a ver si la nueva barandilla de la terraza de Ray había llegado. Nina no volvió a verlo durante el resto de la tarde.

Ylo echó de menos. Demasiado inquieta como para sentarse a trabajar en los nuevos especímenes que George le había llevado, y decidida a no ir a la casa de al lado como una adolescente enamorada, Nina se confinó en la casa para limpiar. Por lo tanto, cuando Ryan regresó estaba de muy mal humor. Él le dijo que los cinco hijos de los Peterson estaban construyendo una pira en la playa y que les habían invitado a los dos a ir con una manta para ver la fogata cuando oscureciera.

—Mira esas nubes. Y el viento está arreciando. Te apuesto algo a que va a llover —dijo ella, para aguarle la fiesta.

Sin embargo, no lo consiguió. Ryan no había participado en una fogata desde niño y poco a poco, fue contagiándola a ella con su entusiasmo. Incluso sacó unas miniaturas de licores que le había dejado uno de sus inquilinos.

Más tarde, bien abrigada y acurrucada contra Ryan, Nina tuvo que admitir, delante de los cinco niños, que aquella fogata había sido una de las mejores de la historia en cualquier lugar del planeta. Ryan recompensó su generosidad dándole un sorbito del licor de melocotón que Ray había llevado.

Mientras la hoguera ardía entre una lluvia de chispas, el niño más pequeño de los Peterson, un regordete bebé que apenas había

empezado a andar, hizo un repentino movimiento hacia las ascuas.

Ryan se lanzó sobre él y rescató al pequeño llevándoselo a la seguridad de la manta mientras le reñía con voz suave por lo que había hecho. Nina se puso rígida al ver que Rosalie Peterson se acercaba a recoger a su hijo.

—Oh, querida, lo siento —dijo, con una triste sonrisa—. Sé que no te gusta que te molesten los niños, pero ya sabes cómo son cuando empiezan a andar.

—No, en realidad, no lo sé —replicó ella, concentrando su atención en el fuego. De repente, la euforia de la noche se había terminado y Nina solo deseó marcharse—. Se está haciendo tarde. Estoy cansada… Creo que me marcho a casa —musitó, desapareciendo rápidamente tras dar las buenas noches.

Cuanto más se alejaba de la fogata más frío tenía, así se rodeó con los brazos mientras avanzaba por la arena. De repente, una manta le cayó sobre los hombros. Ryan la había alcanzado, con Zorro pisándole los talones.

—Tú no tenías por qué marcharte —dijo ella, en tono culpable.

—Tenía que hacerlo si quería estar contigo, aunque es una pena perderse…

Entonces, a sus espaldas, se produjo una enorme explosión. Rápidamente, Nina se dio la vuelta dando un grito.

—… los fuegos artificiales —terminó Ryan mientras una luz incandescente iluminaba el cielo, seguida de otras. Zorro, muy emocionado, volvió al lado de la fogata—. Chas dijo que habían quedado de las hogueras del año pasado…

De repente, notó que Nina se había acurrucado en la arena, temblando, con la cara escondida entre las rodillas y cubriéndose los oídos con las manos.

—¡Nina! ¿Qué te pasa? —preguntó Ryan, arrodillándose a su lado.

—No… Odio los fuegos artificiales. Lo siento, sé que es una tontería, pero no puedo soportarlos.

—No pasa nada, estamos bien alejados de ellos. No pueden nacerte daño.

—Lo sé, lo sé es que… el ruido, el humo… me pone enferma. No sé por qué… —explicó ella, encogiéndose cuando se produjo otra explosión.

—¿No? —preguntó él, rodeándola con los brazos—. ¿No lo sabes, Nina?

—Yo… no… sí… sí… mi madre… Desde que murió en aquella explosión de gas, he odiado la fiesta de las hogueras… todos los fuegos artificiales, como el que mató a mi madre y a Laurie.

—¿A tu madre? Pero si tú no viste la explosión, Nina. Me dijiste que estabas jugando en la casa de los vecinos…

—No… no… no. Eso no es cierto… ¿No resulta raro? Nunca me había acordado hasta ahora, pero yo no estaba con los vecinos. Era donde se suponía que tenía que estar. Aquel día cumplía seis años y mi madre estaba preparando el pastel que me había prometido. Me dijo que saliera a jugar, pero no creí que fuera justo que Laurie pudiera verlo y yo no, así que volví sin que me vieran. Estaba mirando por una rendija de la puerta de la cocina cuando… ¡oh, Dios! ¡Vi cómo ocurría! ¡Vi como ocurría! Hubo una gran luz… Yo me caí de espaldas. Creo que la puerta salió por los aires… había humo y chispas por todas partes… Todo estaba roto y mi madre y Laurie habían desaparecido, así que salí corriendo a la calle para que mi madre no supiera que había sido mala… porque tal vez ocurrió porque yo fui mala… Estuve en aquel subibaja hasta que el señor Petley me vio y me llevó dentro de su casa. Luego, llegaron los coches de bomberos y mis abuelos… Nadie me preguntó lo que había visto, porque todos daban por sentado que había estado con los Petley. Hasta salió en los periódicos… y aquello fue siempre lo que mi abuela le contó a todo el mundo. Yo crecí pensando que era cierto, pero no fue así. He estado reprimiéndolo todo este tiempo. Dios… Recuerdo haber estado aterrorizada de que todos pensaran que había sido culpa mía.

—No fue culpa tuya, Nina.

—Pero mi madre estaba haciendo mi pastel…

—No fue culpa tuya. La cocina estaba defectuosa. Eso no fue culpa tuya. No siempre se puede controlar lo que les pasa a otras personas ni se les puede proteger de los peligros que les acechan. Los accidentes ocurren y no hay nada que podamos hacer al respecto. Solo podemos aceptarlo.

—Al menos ahora sé por qué reacciono de este modo ante los fuegos artificiales y a los ruidos fuertes y repentinos. Me pregunto por qué me he acordado esta vez…

—Tal vez porque ese recuerdo no es la amenaza que solía ser para ti. Tal vez esta noche cuando ocurrió, estabas con alguien que, instintivamente, sabías que te entendería.

—¡Tengo frío! —exclamó Nina, temblando, mientras se arrodillaba en la arena—, ¡Oh, Dios! ¿Por qué tengo tanto frío?

—Porque hace mucho frío y acabas de tener una conmoción —dijo Ryan, envolviéndola en la manta. Luego, la tomó en brazos y la llevó a la casa.

Una vez dentro, la dejó al lado del fuego y le frotó los brazos y la espalda. Pero, a pesar de todo, ella no podía dejar de temblar. De repente, se abrazó a él, escondiendo la cara en la curva de su cuello.

—Ryan… oh, Ryan… —susurró, sintiendo que el viejo dolor se le mezclaba con sus confusas emociones. Él era el hombre que temía y, sin embargo, lo quería y lo necesitaba. Anhelaba la fuerza y el apoyo que él representaba—. Abrázame —añadió, abriendo la boca y saboreándolo, recordando el éxtasis.

—Nina… sigues estando helada. Deberías darte una ducha caliente…

—No. Quiero que seas tú el que me dé calor —suplicó ella, aferrándose a él mientras los ojos le ardían llenos de una turbulenta pasión.

Ryan gruñó. La manta se cayó al suelo mientras él tenía las manos apartadas de ella, como si no quisiera tocarla.

—¿Y cómo esperas que yo haga eso?

—Ya sabes cómo… —respondió ella humedeciéndose los labios y entornando los ojos llenos de sensualidad.

—No sabes lo que quieres de mí.

—Sí que lo sé. Te estoy pidiendo que me hagas el amor —susurró ella, acariciándole el pecho con sus propios senos. Luego le acarició con las manos, torturándole los pezones con los dedos—. Y creía que eso era también lo que tú querías.

Con una maldición, Ryan le atrapó las manos y se las inmovilizó. Nina levantó una rodilla y se la colocó en la entrepierna, frotándola y notando una sensual dureza.

—Venga, Ryan, no hay razón para contenerse más.

Recuérdame el fantástico amante que eres.

Él inclinó la cabeza y ahogó aquellas palabras con un beso, largo y apasionado. Entonces, de repente, se apartó de ella como si

estuviera intentando recobrar el control.

—Ve a tomar una ducha, Nina. Por el bien de ambos. Tú necesitas calentarte, relajarte para que realmente sepas lo que estás haciendo.

—No necesito relajarme —dijo ella, suavemente—. Tal vez debiera ser así, pero no lo es. Me siento ligera, libre… Me parece que estoy pensando más claramente en mí misma de lo que lo he hecho desde hace mucho tiempo.

Entonces, con un rápido movimiento, se despojó del jersey que llevaba puesto, quedándose tan solo con un ligero sujetador, de un tono verde más oscuro que el de sus ojos. Al verla, Ryan la miró cálidamente y su respiración se agitó, acelerando a la vez el pulso de ella. Tras juguetear un poco con las tiras del sujetador y con el ligero broche, dijo:

—Voy a ir a darme esa ducha, porque me parece que necesitas tiempo para saber lo que realmente quieres —dijo ella, con voz ronca—. Pero estaré pensando en ti mientras esté allí. Pensando, pensando y esperando…

Nina inclinó la cabeza para recibir el agua caliente y dejar que esta le cayera por los ojos y por la boca, aislándola completamente del mundo. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, ni le importaba. Sentía la mente libre mientras el agua caía y se frotaba el cuerpo.

De repente, sintió un chorro de aire frío que le anunció que él había entrado en el cuarto de baño. Luego, se metió con ella bajo el agua, agarrándole la cintura con un brazo y tirando de ella hacia atrás. Ryan le mordió suavemente un hombro al mismo tiempo que con la otra mano le acariciaba los senos. Una poderosa erección se acomodó en el espacio que le quedaba entre ambos glúteos.

—Ya sabía que vendrías —susurró ella.

—Dame el jabón…

—Ya me he…

—Calla y dame el jabón —repitió él, hablando con una agresividad sexual que ella encontraba terriblemente excitante.

Efectivamente, ella ya se había enjabonado, pero no de aquel modo, no con tanta atención a los detalles íntimos. Ryan absorbió el agua que se le acumulaba en las orejas y en el cuello, acariciándole los senos con los dedos enjabonados, volviendo una y otra vez sobre los pezones hasta que ella empezó a gemir y trató de darse la vuelta

para tocarle a él con la misma intimidad.

Sin embargo, él no se lo permitió. Sintiendo una deliciosa frustración, Nina se apoyó contra él, ondulando las caderas, acariciándole los costados. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de él, circunstancia que Ryan aprovechó para mordisquearle la barbilla y luego capturarle de nuevo la boca.

—Abre las piernas —susurró él, acariciándole la zona del ombligo para ir bajando, hasta terminar entre los muslos y abrirse paso entre los pliegues secretos de la piel, explorándola hasta alcanzar el dulce centro de su deseo.

—Ryan…

—Sí, cariño, lo sé…

Cuando él apartó la mano, Nina estuvo a punto de sollozar. Entonces, él le agarró por las muñecas y le puso las manos contra la pared. Tras agarrarle las caderas, le separó los tobillos y la levantó para poder entrar dentro de ella. El movimiento hizo que ella gimiera de placer, mientras él volvía a empujar, una y otra vez… más profundamente y más rápido…

Bajo el agua caliente, Nina se abandonó a la anarquía de la pasión en estado puro. El ritmo fue empujándola cada vez más cerca de la pared hasta que tocó los fríos azulejos con los pezones. Sentía que iba acercándose cada vez más a un cúmulo de sensaciones cuando Ryan se retiró y le dio la vuelta e hizo que ella le rodeara la cintura con los muslos, para volver a penetrarla, temblando al sentir que ella se contraía de placer alrededor de su palpitante masculinidad.

—Me encanta ver que me miras al alcanzar el placer. Yo también quiero mirarte… —susurró él, con una urgencia embriagadora.

Nina apretó las piernas alrededor de él, dejándole las manos libres para que él pudiera acariciarle los senos, apretarle los pezones como si fueran resortes de placer.

En aquel momento, sin dejar de mirarla, él arqueó la espalda ligeramente dejando que la fuerza del agua cayera con toda su fuerza sobre el punto en el que estaban unidos sus cuerpos. Nina alcanzó el climax inmediatamente, convulsionándose entre los brazos de Ryan. Aquella extática rendición terminó con el intento de él de esperar hasta que ella hubiera terminado y le catapultó a

un delicioso paroxismo de placer.

Agotados, se apoyaron contra la pared, pero cuando Nina trató de soltarse, él protestó y se tumbó con ella sobre el suelo de la ducha.

—Ryan…

—¿Acaso creías que habíamos terminado? Ni hablar, cariño mío…

Ella se echó a reír, sin creerle. Sin embargo, él se inclinó y empezó a tocarle con manos y boca todos los lugares que no había tocado ni saboreado antes. En breve, demostró que era más que capaz de empezar todo otra vez.

—El agua está fría —dijo ella, a pesar de que no sentía más que calor.

—Así es.

Ryan extendió la mano para cerrar el grifo. Entonces, ella se dio cuenta de que el agua le llegaba por los hombros y sintió una extraña sensación bajo la cadera izquierda. Sin poder evitarlo, se puso a reír. Él la miró, disfrutando con la maravillosa vista de aquellos ojos llenos de alegría, algo que no había esperado volver a ver.

—O hay alguien más aquí con nosotros o estoy tumbada encima del desagüe. Creo que voy a tener un chupetón enorme en el trasero —dijo ella, riendo.

—Eso tengo que verlo —murmuró él, levantándola y secándola rápidamente antes de llevarla a su habitación—. El médico ha venido a verte, querida mía —añadió, tumbándola en la cama.

—¿Qué le parece, doctor? —preguntó ella, ahogando las risas en la almohada.

—Hmm. Es algo que se puede tratar. Y creo que el doctor Flint tiene el remedio perfecto para esto, pero se tiene que aplicar regularmente… —añadió, acariciándole con la lengua aquel punto.

—Ryan… Ryan…

Volvieron a hacer el amor, aquella vez lánguidamente, deteniéndose en cada caricia, en cada beso. Cuando terminaron, se quedaron tumbados, uno en brazos del otro.

—¿Te ha traído esto recuerdos? —musitó él.

—Algunos…

—¿Buenos recuerdos?

—Oh, sí… Todos buenos —respondió ella, sonriendo contra el hombro de él. Entonces, acarició la cicatriz que se extendía a lo largo de uno de los muslos de Ryan.

—Fue en un accidente —dijo él, de repente.

—¿Antes de que yo te conociera?

—No, después.

—¿Quieres decir después de que yo me marchara?

—No, mientras estábamos juntos.

La neutralidad que había en su voz hizo que Nina sintiera miedo de indagar más. No quería estropear aquel maravilloso idilio. Se sentía feliz y relajada. Sospechaba que solo sería momentáneo, pero quería disfrutarlo mientras pudiera.

—Bueno, sigo creyendo que eres muy sexy, con cicatrices y todo.

—Yo también creo que tú eres muy sexy —dijo él, acariciándole el vientre—. Aún con tus cicatrices.

Ella bajó la mirada para contemplar las finas lineas plateadas que tenía allí.

—No son cicatrices —dijo ella.

—Entonces, ¿qué son? —insistió él.

—¿Es que no puedes dejar que una mujer conserve su vanidad? —replicó ella, apretándose contra él para ocultarlas.

—¡Vanidad es tu nombre, mujer! — citó él, sin persistir más.

—Hamlet dijo «Fragilidad», no «Vanidad». Y yo no soy frágil. ¡Soy una mujer joven y llena de vida!

Las largas horas de la noche fueron pasando. Durmieron y se despertaron, susurraron e hicieron el amor. Por la mañana, desayunaron juntos como dos amantes.

—No tengo nada que ver con ese dinero que desapareció —le aseguró Nina—. Tiene que haber otra explicación, Ryan. Sea lo que sea, te puedo asegurar que no soy una ladrona.

Él se limitó a asentir y cambió de tema. Sin embargo, ella no lo olvidó.

Más tarde aquel mismo día, cuando le llevó el almuerzo, aprovechó la oportunidad para llamar a Karl. Se quedó muy desilusionada al descubrir que él estaba en una reunión de ventas y que no respondía el teléfono móvil. Tuvo que contentarse con dejarle un mensaje.

—Karl, soy Nina. Solo quería que supieras que Ryan Flint ha

venido aquí. Yo… bueno, se aloja conmigo… Tenemos que hablar… por favor, llámame.

Había esperado que, durante los siguientes días, Karl le devolviera la llamada, así que le sorprendió mucho ver que se presentaba en su puerta al día siguiente por la tarde.

Ya no era el desaliñado surfista que había sido antes. Llevaba el pelo limpio y arreglado, recogido en una coleta, con la mirada libre de los efectos de las drogas e iba bien vestido, luciendo un bonito bronceado para hacer honor a su amor por el mar.

—¿Dónde está? —preguntó él, en cuanto la vio.

—Zorro y él han ido a dar un paseo por la playa —respondió Nina—. Karl, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Y a ti qué te parece? Querías hablar conmigo, pues aquí estoy. Supongo que ya has recobrado la memoria. ¿Cuándo se presentó aquí?

—Recuerdo algunas cosas… no todo. Ryan llegó hace una semana. Ha estado ayudándome…

—Claro. ¿Una semana? ¿Te has vuelto a acostar con él? ¡Dios, Nina! Habías vuelto a ser feliz. Ya no lo necesitabas. Lo estabas haciendo muy bien tú sola. ¡Me dijiste que habías recuperado tu talento artístico! Yo lo mantuve alejado de ti, por tu bien, y ahora vas a dejarle que se meta de nuevo en tu vida como si nada hubiera pasado. Habéis estado separados nueve meses, pero ahora… ¡Dios mío, estáis liados otra vez! ¿Sabes lo que eso significa? Pues que ahora tendrás que esperar otros dos años si quieres divorciarte…

—¡Divorciarme! —exclamó ella, anonadada—, ¿Un divorcio? Pensé que… me ha dicho que estuvimos viviendo juntos, pero… ¿Es que nos casamos?

—Tres meses después de conoceros —respondió Karl, igual de sorprendido que ella.

—¿Que Ryan y yo somos marido y mujer?

—¿Quieres decir que no te habías acordado de eso? ¿Y él no te lo ha dicho? ¿Nada? ¡Maldita sea! ¿A qué demonios se cree que está jugando?

Sin embargo, antes de que ella pudiera hacerle más preguntas, Karl se dio la vuelta y se marchó. Nina se quedó helada. Dos años. Aquellos dos años habían desaparecido completamente de su mente, años en los que ellos se habían conocido, se habían amado y se

habían casado… Nina se miró las manos, desnudas. Le faltaba algo. Algo que ella solía llevar… Hacía tiempo, llevaba un anillo de boda en uno de esos dedos…

Lentamente, como una anciana, se levantó y fue al cuarto de la colada y miró en el armario de la ropa de cama. Tras buscar durante un rato, encontró un pequeño estuche de piel. Lo había visto en la mochila al llegar a la isla. Nunca lo había abierto. Lo había guardado en aquel armario y ni siquiera había vuelto a pensar en él. Entonces, se lo llevó a su dormitorio y lo colocó sobre la colcha, extendiendo la mano para abrir el broche.

Eran fotografías. Fotografías de boda, un juego de llaves, papeles personales, que incluían su pasaporte, su certificado de nacimiento y… un acta matrimonial entre Ryan Flint y Nina Joan Dowling. Además, envuelto en un pañuelo, había una alianza de boda de oro, un símbolo de amor y esperanza, de sueños compartidos para el futuro…

Y, finalmente, allí estaba el dinero. Montones de dinero atados con gomas en paquetes de billetes pequeños, aunque, en opinión de Nina, no se acercaba a la cantidad que él había mencionado.

Entonces, se acordó de Karl. Parecía muy enfadado. ¿Dónde habría ido?

Salió corriendo al exterior, a la playa. El alma se le cayó a los pies al ver que Karl se había encontrado con Ryan y Zorro y que estaban discutiendo acaloradamente. Entonces, horrorizada, vio que los dos hombres se enzarzaban en una pelea, con Zorro ladrando a sus pies.

Se dirigió a ellos, llamándoles. Karl se volvió para mirarla, lo que Ryan aprovechó para cargar contra él con saña. Lo tiró al suelo y los dos rodaron por la arena mientras el perro seguía ladrando.

—¡Quietos los dos! ¡Por el amor de Dios, estaos quietos! —exclamó ella, llegando justo cuanto Ryan, sentado a horcajadas encima de Karl, le daba un puñetazo en la cara. Cuando se disponía a repetir el golpe, Nina le atrapó el puño entre sus manos—. ¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Es que estás intentando matarlo?

—No, solo enseñarle una lección que no olvidará jamás —replicó Ryan. Entonces, se soltó de Nina y cayó al suelo, lamentándose al ver que ella se preocupaba por Karl.

Su oponente se había sentado en la arena y se llevaba la mano a

un labio que se estaba hinchando a toda velocidad. Nina se inclinó sobre él para limpiarle la sangre.

—No tenías por qué haberle pegado tan fuerte —dijo, sin poder mirar a Ryan, a su marido.

—Apártate, Nina —la amenazó Ryan, poniéndose de pie—. ¡Esto es entre él y yo! Y vamos a solucionarlo de una vez por todas.

—No puedo —replicó ella, todavía sin poder mirarlo—. Sea lo que sea lo que haya pasado, la violencia no es el modo de resolverlo. Ryan, él me ha dicho que soy tu esposa, pero no te permitiré que le hagas daño.

—Entonces, ¡al diablo contigo! ¡Al diablo con los dos! —bufó él, mientras se alejaba, algo que no era propio de él.

Nina se puso de pie, con la intención de seguirlo, de explicar… pero la mano de Karl la detuvo.

—Espera…

—Tengo que ir con él —respondió ella, viendo que, al menos, él se dirigía a la casa, seguido por el perrito.

—De acuerdo, pero antes, escúchame, por favor. Es muy importante… para mí, para ti… y para él.

Aquellas últimas palabras la detuvieron. Nina miró a su hermano con ojos tristes. Bajo las contusiones, su piel parecía pálida.

—Sé… que soy despreciable —confesó él—. Él tenía razón en no confiar en mí. Katy y yo… bueno, de todos modos hubiera sido un fracaso. Para mí era como una victoria. Me gustaba que ella me tratara como un héroe subversivo. Tan importante como su hermano… Pero yo no era eso y él lo sabía. Todo lo que tenía que hacer era espolearme un poco y yo me estrellaría. Me molestaba eso… e incluso me negué a asistir a vuestra boda. Me alegré cuando desapareciste. Además, verle volverse loco buscándote, especialmente cuando no creía que yo supiera dónde estabas, bueno, era como mi venganza… Más tarde, cuando recibí la postal que me enviaste, supongo que me agradó la idea de guardarle un secreto. Además, tú estabas tan feliz aquí que me convencí de que era mejor no decir nada… solo que también me beneficiaba a mí, por lo del dinero…

—¡Dios, Karl! ¿Te lo ha contado? ¿Cómo lo robé?

—No, tú no lo robaste…

—Acabo de encontrar el estuche con el dinero.

—Fui yo. Yo lo robé. Me llamaste para que fuera a verte ese día. Flint estaba en Wellington para una subasta que duraba dos días. Tú estabas enojada, hablabas de lo infeliz que eras y lo mucho que deseabas escapar y pensar durante unos pocos días. Te dije que yo me iba a Sidney para hacer unas ventas aquella noche y me dijiste que vendrías conmigo, así que reservé un billete extra desde el teléfono de tu habitación mientras tú metías unas cuantas cosas en una bolsa. Estabas tan distraída, que, cuando sacaste un montón de papeles de la caja fuerte, la dejaste abierta. ¡Vi el dinero y pensé que él se lo merecía! Así que lo metí todo en una de tus bolsas de viaje antes de marcharme. Se suponía que tenías que reunirte conmigo más tarde en el aeropuerto, pero no te presentaste. Yo pensé que te habías calmado y que habías cambiado de opinión… hasta que Ryan me llamó al motel de Sydney y me preguntó si sabía algo de ti.

Ryan tenía razón. Nina se sintió como si estuviera escuchando el argumento de un serial, un serial especialmente malo. Recordó haberse bajado de un taxi cuando se paró en un semáforo en rojo en el paseo marítimo de Auckland y que el taxista la persiguió para cobrar su carrera. Ella vio un panel que anunciaba los transbordadores que iban a Waiheke y a las islas Shearwater.

En cuanto vio aquel panel, supo que era una señal. De repente, Sydney le había parecido estar muy lejos. Deseó volver a Shearwater, ver la bahía de Puriri… Todo lo que iba mal en su vida terminaría por arreglarse.

—Pero el dinero… ¿Por qué no te aseguraste de devolvérselo en vez de hacerle creer que…?

—¿Cómo iba a poder hacerlo sin implicarme? De todos modos, no podía hacerlo porque no estaba todo. ¿Te has preguntado alguna vez dónde conseguí el dinero para montar esta firma de ropa de surf? —dijo él. Entonces, leyó la expresión que apareció en el rostro de Nina y se encogió de hombros—. Si, supongo que era la explicación lógica, pero ahora estoy fuera del mundo de la droga para siempre. Encontré el dinero la primera vez que vine aquí. Lo sacaba en pequeñas cantidades, como si fuera un banco, cada vez que venía a verte. ¡Lo siento, Nina! Sé que parece que estuve utilizando esta situación para mis propios beneficios, pero era

mucho más que eso. De verdad decidí que te debía no permitir que te encontraran hasta que tú no mostraras signos de que querías que eso ocurriera. Ahora soy un hombre nuevo. Ya no bebo ni he tocado ese dinero durante meses. Al menos, ahora Flint sabe que fui yo. Estoy trabajando muy duro y las ventas van estupendamente. No me mires así. Te prometo que se lo pagaré. Todo.

Nina había oído las promesas de Karl antes y esperaba que aquella vez fuera sincero.

—No haces más que decir que querías verme feliz, pero no lo entiendo. Sé que lo amaba, Karl. Todavía lo amo. Entonces, ¿por qué era tan infeliz? ¿Por qué no podía vivir con él? ¿Qué fue lo que me hizo escapar?

—Eso no te lo puedo decir —susurró Karl.

—¿No puedes o no quieres?

—Estoy intentando hacer lo más correcto, ¿vale? —respondió él, dándole un abrazo—. Él me dijo que no quería que te lo dijera… y no voy a hacerlo. Cúlpame a mí todo lo que quieras, pero no la tomes con él. Ryan nunca te ha defraudado. Me dijo que yo te había hecho mucho daño y tiene razón. Así que, por eso, me marcho de aquí en el siguiente transbordador. Querías ir detrás de él, ¿no? Pues ve. Es un hombre orgulloso. No te esperará para siempre…

Capítulo 9

¡NO puedes marcharte ahora! —exclamó ella, al ver que, al día siguiente de devolverle el dinero, Ryan estaba guardando sus cosas cuidosamente en su bolsa de viaje.

—Tengo un negocio que dirigir. He estado fuera demasiado tiempo.

Nina estaba asombrada por la excusa. A pesar de que le había oído hablar de negocios por teléfono durante los días anteriores, nunca había dado señales de que quisiera regresar. Además, él siempre había sabido delegar en otras personas, lo que había sido una de las claves de su éxito.

—Pero se supone que sigues de vacaciones…

—Menudas vacaciones —dijo él, tocándose la contusión que tenía encima del ojo y que Nina se había pasado diez minutos aplicándole hielo cuando hubo regresado a la casa.

Después de curarle, había aprovechado la oportunidad de explicarle por qué había defendido a Karl. Y Ryan había parecido creerla. Sin embargo, aunque le había explicado lo que Karl le había hecho recordar sobre el día que se marchó, él se había negado a explicarle más sobre el estado de su matrimonio dos años atrás y ella, al darse cuenta de la fragilidad de su relación, no había querido insistir en el tema. Se había consolado diciéndose que ya tendrían tiempo de sobra para discutir el futuro y el pasado… especialmente cuando él la había llevado a la cama y le había hecho el amor.

—Esta isla está demostrando ser peligrosa para mi salud —añadió él—. Tal vez sea la magia de este lugar que intenta protegerte de los intrusos.

—Lo siento…

—Yo no. Esta vez ha sido culpa mía. Yo le pegué primero. Y me gustó hacerlo…

—Has sido muy amable en permitir que te devuelva el dinero poco a poco.

—La amabilidad no tiene que ver nada con ello. Le estoy dando un préstamo, cuanto más tarde en pagarlo, más intereses tendrá que pagarme. Así que no puedo perder —dijo él, cerrando la cremallera de la bolsa—. Tengo un par de cosas que hacerle a Ray. Luego tomaré el transbordador de por la tarde.

—Ray sentirá mucho que te marches —comentó ella, desesperadamente—. Ya sabes lo mucho que disfruta con tu compañía.

—Ray lo entiende perfectamente —afirmó él, mientras llevaba la bolsa al salón.

«¡Pero yo no!», pensó ella. ¿Cómo había podido hacerle el amor la noche anterior y luego marcharse tranquilamente, como si no hubiera sido más que una aventura?

—Pero si casi no hemos tenido oportunidad de hablar —insistió ella, al ver que dejaba el abrigo en el respaldo de la silla—, ¿Cuándo vas a regresar?

—No voy a hacerlo. Ya te he dicho todo lo que tenía que decir. Ahora eres tú la que tiene que decidir. Como dijo Karl antes de que le pegara ese puñetazo, no puedo obligarte a ser alguien que no quieres ser. No puedo tomar decisiones por los dos. Tú eres la que tienes que decidir qué paso quieres dar. Y voy a darte espació para que lo hagas. Mientras tanto, tengo una casa, una vida, esperándome.

—Pero… yo soy tu vida —le recordó ella, extendiendo las manos para hacerle comprender.

—Esto no es mágico, Nina —replicó él, tomándole la mano y estudiando el anillo que ella se había colocado—. Una alianza no te convierte en una esposa, Nina.

—Lo sé, pero me acuerdo… Siento que soy tu esposa. Eso es lo que querías, ¿no? Para eso viniste.

—¿Estás diciendo que estás dispuesta a marcharte de aquí conmigo… a regresar a casa?

—Yo… —musitó ella, sintiendo pánico—… todavía tengo que hacer unos encargos para George, pero si tú te quedaras, podríamos hablar… No te puedes marchar de este modo, sin que hayamos resuelto nada…

—¿Por qué no? Tú lo hiciste. Al menos tú te estás encontrando con la cortesía del adiós —le espetó él. Ella se sintió como si un puñal le hubiera atravesado el corazón—. Lo siento… Lo siento. Eso ha sido un golpe bajo —añadió, inmediatamente, para luego besarle el anillo—. Perdóname. Es la frustración la que habla. Sé que fue tu amnesia lo que te impidió que te pusieras en contacto conmigo. Admito que todas las dudas y las sospechas que tuve sobre ti eran infundadas, que, conscientemente, nunca me habrías querido hacer el daño que me hiciste.

—Y te hice daño, ¿verdad? —susurró ella, tomándole la cara entre las manos.

—No me casé contigo porque tuviera que hacerlo, Nina, sino porque quería hacerlo. Fuimos amantes en el sentido más amplio de la palabra, antes y después de la boda. Tú eres la única mujer que he deseado tener como esposa.

—Entonces, ¿por qué me estás haciendo esto? —susurró ella—. Vuelves a mi vida y justo cuando vuelvo a recordar todo, te marchas otra vez. ¿Es porque quieres hacerme pagar por lo que hice?

—No… Dios mío, no. —dijo Ryan, llevándosela al sofá—. Pero, cuando me casé contigo, eras muy vulnerable. No había pasado mucho tiempo de la muerte de tu abuela. Pensabas que estabas preparada para afrontar la muerte porque llevabas mucho tiempo esperándola pero, después, te golpeó mucho más duramente de lo que habías supuesto. Soy siete años mayor que tú y tengo mucha más experiencia. Decidí que te quería y, deliberadamente, decidí conquistarte.

Nina asintió, recordando haber sido transportada a un mundo maravilloso, colmada de atenciones, un mundo en el que se le daba todo lo que ella deseaba. Su inseguridad inicial, las dudas de que ella solo hubiera sido un desafío sexual para él o que estuviera permitiendo que la riqueza de él la deslumbrara, desapareció rápidamente por la fuerza de sus sentimientos.

—Asumí arrogantemente que yo solo tenía la capacidad de hacerte completamente feliz. Y, entonces, cuando vine aquí, seguí asumiendo que te conocía mejor que incluso tú misma. Habiendo visto tu trabajo… el modo en el que pintas… veo que te has realizado aquí de un modo que nunca lo habrías hecho conmigo,

aún con todas las ventajas materiales que yo podía darte. Tengo que admirar y respetar lo que has hecho. Tal vez, después de todo, tenías razón, sobre que este sea el lugar al que perteneces. Tal vez este sea el precio que tengo que pagar por mi estúpida arrogancia, tener que dejar que seas tú la que decida mi felicidad.

—No tienes que hacerlo de esta manera.

—Pues así lo hago y espero que un día comprendas por qué. Toma, quiero que tengas esto —dijo él, sacandose algo del bolsillo y poniéndoselo en la mano. Era el encendedor de plata.

—¿Es un recuerdo de tu visita relámpago?

—No, espero que sea algo que te recuerde lo que te estás perdiendo.

De repente, ella empezó a recordar, como lo había hecho, cada momento que había pasado con él.

—Yo te lo regalé —dijo ella, leyendo la inscripción—. Lo viste en una exposición de joyería y te gustó mucho, pero dijiste que era ridículo que tuvieras un encendedor cuando habías dejado de fumar en tu adolescencia. Pero, como había visto que te gustaba tanto, te lo compré para tu cumpleaños.

—Junto con un maravilloso candelabro, para que yo tuviera oportunidad de utilizarlo —terminó él, riendo.

—No puedo aceptarlo.

—La persona que me lo había dado fue siempre mucho más importante para mí que el regalo. En lo que a mí se refiere, son un juego inseparable que espero que se me devuelva intacto. Nunca me explicaste lo que significaban las palabras de la inscripción. Supongo que será una cita, pero no pude encontrar el autor. No es de Shakespeare…

—Es de Ralph Waldo Emerson. «El amor es un deslumbrador desconocido, el desconocido en sí mismo». Significa que tú eres mi amor, la parte desconocida de mí misma. Una parte indivisible.

Entonces, el rostro de Ryan reflejó una expresión triunfante, pero antes de que la tomara entre sus brazos, cerró las manos en puños y los dejó caer a ambos lados.

—El mismo hombre que dijo «El arte es una amante celosa». No me extraña que pensaras que era una fuente apropiada de inspiración.

Nina lo miró asombrada. ¿Ella acababa de hacerle una

declaración de amor y él se la devolvía con otra cita?

—Ryan…

—No, Nina. Esto no es solo un asunto de si nos amamos el uno al otro. Algunas veces el amor por sí solo no es suficiente… Hablando de arte… quiero que me des algo a cambio de quedarte con mi mechero.

—¿Cómo?

—Algunas de tus pinturas. Cuando te dije que las admiraba, lo decía en serio. Me gustaría llevarme unas cuantas a la galería y ver cómo van. Por supuesto, las venderemos a comisión. Haré que mi secretaria te envíe el contrato acostumbrado. Si tienes algo que quieras negociar, puedes llamarme. Ah, y dile a George que se ponga en contacto conmigo si va en serio sobre lo de ese lanzamiento.

Eligieron cuatro pinturas, que Nina envolvió cuidadosamente con papel y cuerda mientras Ryan iba a ver a Ray.

—Dice que Chas Peterson me llevará al transbordador en su coche. No tiene ningún sentido que tengamos que soportar un largo adiós en público.

—Pensé que querrías que fuera al embarcadero contigo.

—Preferiría que no lo hicieras. No quiero ver cómo te vas empequeñeciendo más y más sobre el muelle hasta que desaparezcas en el horizonte. Es algo que no quiero que forme parte de mis recuerdos.

Cuando estaba a punto de marcharse, Ryan no pudo evitar que ella se lanzara entre sus brazos para conseguir un beso desesperado, mientras Ray y Chas se daban la vuelta discretamente.

—¿Ryan…? Si decido regresar… es algo verdaderamente horrible, ¿verdad? —susurró—. Algo que es tan espantoso que ni siquiera quieres hablar sobre ello.

—En los buenos o en los malos tiempos, Nina… Algunas veces, se mezclan de un modo imposible, hasta el punto de que uno no sabe cuál es cuál. Cuando estés lista para saber lo peor, ya sabes dónde encontrarme —musitó él. Entonces, se inclinó a despedirse de Zorro—. Y cuida a este pequeñín de mi parte.

Le dio el perro a Nina, como si supiera que ella necesitaba algo cálido y vivo para que llenara sus vacíos brazos. Ella abrió los ojos y aceptó al animal, sintiendo cómo el pequeño corazón latía contra el

suyo.

Cuando Ryan se volvió para despedirse de Ray, Zorro sintió que algo malo pasaba y empezó a ladrar y a rebullirse en brazos de Nina. En el momento que el coche desapareció de su vista, se quedó inconsolable. Ni siquiera le interesaba que le tiraran un palito.

—Me lo llevaré a casa para ver si le consuela un hueso —dijo Nina.

—Si quieres saber mi opinión, va a necesitar mucho más que un hueso. ¿Crees que una buena comida va a servir para alegrarte a ti? —respondió Ray—. ¿Por qué no te vas con él. Nina? El transbordador no va a marcharse hasta dentro de veinte minutos. Todavía podrías conseguir marcharte en él si tomas el atajo del sendero.

—Necesito tiempo para pensar.

—¿Y qué tienes que pensar? El lugar de una esposa está al lado de su marido.

—Los tiempos han cambiado, Ray. ¡Algunas veces es el marido el que tiene que quedarse con la esposa! —replicó ella.

—Bueno, pues espero que ese pensamiento te abrigue lo suficiente en estas noches tan frías. Venga, dame a Zorro. ¡ No va a conseguir alegrarse contigo si tú también estás triste!

Nina no tuvo fuerzas para discutir. De vuelta a casa, en vez de ponerse a trabajar, se sentó a tomarse un café, ojeando las fotos de boda que había encontrado en el estuche.

Eran informales, no posadas. Eran obra de uno de los amigos de Ryan, que exponía regularmente en la galería. Aparte de imágenes, había conseguido capturar también las emociones de aquel día.

Había sido un día maravillosamente soleado, pero algo ventoso, como demostraba una foto en la que, al salir de la iglesia, Nina había tenido que sujetarse el tocado para evitar que se le volara. En otra, Ryan tenía un aspecto muy travieso mientras no podía evitar que se le levantara la falda delante del pastor.

Habían pasado menos de tres años, pero había sido Ryan el que había cambiado más. Su rostro tenía un aspecto más relajado, más feliz, mucho más juvenil que los treinta años que tenía entonces. Era el rostro de un hombre esperanzado en el futuro y en lo que este pudiera darle. No es que Ryan no tuviera miedo, pero siempre había tenido el valor de admitir lo que le preocupaba porque, según

él, era difícil luchar con un enemigo que no se podía ver.

Aquello era lo que Nina estaba intentando hacer. Estaba luchando a ciegas con un enemigo del que ella se negaba incluso a reconocer su existencia. Aquella era una batalla que no podía ganar porque, a fin de cuentas, estaba luchando consigo misma.

Entonces, miró el anillo que tenía en la mano, símbolo de amor y fidelidad. Y de confianza. Ryan le había dicho que, algunas veces, el amor no era suficiente. Sin embargo, otras veces lo era. Algunas veces, todo lo que hacía falta era tener fe en el amor.

Tres días más tarde, Nina estaba agarrada a la barandilla del transbordador, rumbo a Auckland. El mar estaba muy revuelto. No sabía por qué, si era por el bocadillo que se había tomado o por la aprensión que sentía, pero estaba empezando a marearse. No le importaba. Todo lo que quería hacer era bajarse del barco.

Tendría que haber viajado tres días antes, cuando el mar estaba en calma. Sin embargo, Ray le había sugerido que, ya que no se había marchado con Ryan, era mejor que lo hiciera cuando tuviera todo bien atado.

Y así lo había hecho. Había recogido todo, había cerrado su casa y allí estaba, dirigiéndose a su marido para darle una sorpresa. No le había avisado de que iba. No había estado del todo segura que pudiera hacerlo.

Mientras el transbordador navegaba por aguas más tranquilas y se acercaba a Auckland, Nina se sentó en un banco de madera y se puso a mirar de nuevo las fotos que se habían convertido en su talismán. Entonces, una de ellas le llamó la atención. Estaba de perfil y el viento le apretaba el vestido contra el cuerpo mientras Ryan tenía las manos colocadas bajo sus senos. Solo el aguzado ojo de una artista era capaz de notar que había un ligerísimo abombamiento en el vientre de la novia.

Un escalofrío le corrió por la espalda.

«No me casé contigo porque tuviera que hacerlo, sino porque quería hacerlo». Los senos eran más rotundos… el vientre…

Nina cerró los ojos, llevándose las manos a su liso abdomen. A pesar de que tenía las caderas anchas, nunca había tenido tripita. Excepto…

Dios…

Las imágenes empezaron a tomar cuerpo, mezclándose con el

presente, hasta que no supo distinguirlas. Recordó los dedos de Ryan, trazando las lineas plateadas que le recorrían el vientre…

Ryan dando un masaje a su henchido vientre…

Ryan dándole a Zorro… una pequeña y cálida criatura… Pero no era Zorro…

De repente, la luz se abrió en su cerebro, creando una terrible sensación de agonía. Cuando volvió a mirar la foto, no pudo negar la evidencia… ¡La novia se había casado embarazada!

Como todavía estaba en el primer trimestre, casi no había nada que demostrara su embarazo, pero un brillo especial en los ojos y en la piel delataba que su alegría tenía que ver con algo más que con la excitación del día.

Ryan solo le había pedido que se casara con ella después de que ella le hubiera dicho que estaba embarazada… Si no hubiera sido por el niño, tal vez no se hubiera casado con ella. El niño…

Sin embargo, Nina se dio cuenta de que ya no podía dar marcha atrás. La caja de Pandora se había abierto y nada en el mundo iba a impedirle recordar. Y así lo hizo. En aquellos momentos, lo único que podía hacer era seguir adelante y completar su viaje. Tenía que volver a su casa.

Llegaron a puerto diez minutos antes de lo previsto por el fuerte viento de cola. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que ella había estado en aquella ciudad. Había empezado a llover y, como era la hora punta, los taxis escaseaban. Nina decidió ir a un hotel cercano y tomar uno que acababa de dejar a un viajero, bajo las mismas narices del portero.

Poco a poco, iba acercándose a casa. Cuando el taxi entró en la larga entrada, alineada de árboles, Nina se llenó de aprensión. Cuando pararon, el conductor le sacó el equipaje del maletero, y al ver lo pálida que estaba, se lo llevó hasta el mismo umbral de la puerta.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó el hombre, mientras contaba el dinero—. Tiene mal aspecto. ¿Es que está embarazada?

—No.

De repente, Nina se sintió mucho más débil de lo que había estado hasta entonces. ¿Cómo estaba tan segura de que no estaba embarazada? No habían utilizado preservativos cuando hicieron el

amor.

Nina se había comportado como si las relaciones sexuales no tuvieran relación alguna con la procreación, porque no quería relacionar los niños con Ryan. La última vez que se había quedado embarazada había sido producto de la primera noche de pasión. ¿Cómo no iba a ser posible que estuviera embarazada si habían hecho el amor docenas de veces en Shearwater sin utilizar un anticonceptivo? No podría volver a soportarlo…

Mientras el taxi se marchaba, Nina sacó la llave. Ryan le había dicho que no había cambiado las cerraduras. Nunca había dejado de esperar que ella regresara y que la encontrara allí, esperándolo. Y ella sabía por qué. Los sentimientos de compasión que sentía por ella eran más poderosos que la ira.

El enorme vestíbulo de baldosas blancas y negras estaba vacío, por lo que Nina recorrió las habitaciones. Nada había cambiado, incluso las flores que había en los jarrones eran de plantas del jardín que ella reconocía.

Entonces, puso un pie en la escalera, que había subido cientos de veces en brazos de Ryan y que, en aquellos momentos, la llevaba a un infierno. La balaustrada de mármol estaba fría. Se oían voces y ruidos de puertas, pero ella no se detuvo. Ya estaba en lo alto de la escalera cuando oyó unos rápidos pasos en el vestíbulo.

—Teresa, ¿la has visto entrar? Su equipaje está afuera. ¿Nina? ¿Nina? ¡Nina! —exclamó, en cuanto la vio—. ¿Dónde vas?

Ella no se detuvo y siguió avanzando. A sus espaldas, oyó que alguien subía rápidamente las escaleras. Era Ryan que subía los escalones de tres en tres.

—¡Nina, espera!

Las puertas de todos los dormitorios estaban abiertas menos una. Nina se dirigió hacia ella y extendió la mano para agarrar el pomo.

—Nina, ¿qué estás haciendo? Ray me llamó y me dijo que te habías montado en el transbordador. Fui a recogerte al muelle, pero había mucho tráfico y debí de llegar después de que tú bajaras.

—Abre la puerta —le ordenó ella.

—Quería estar aquí cuando llegaras —dijo él, aferrándose al pomo. Nina notó que se había vuelto a poner el anillo de boda—. He pedido a Teresa que nos prepare un poco de café. Si vienes abajo conmigo, podemos…

—Abre la puerta.

— —Nina, acabas de llegar. Date tiempo. No tienes por qué hacer esto ahora…

—He tenido más tiempo del que puedo soportar… Recuerdo… Lo recordé todo mientras venía en el transbordador. Ya no tienes que protegerme más, Ryan. Estoy cansada de tener miedo. Abre la puerta —añadió, poniendo la mano sobre la de él.

—De acuerdo, pero juntos… Afrontaremos todo juntos. Y yo nunca dejaré de protegerte.

Lentamente, abrieron la puerta y entraron en la habitación. Estaba pintada de azul, con ositos dibujados en las paredes. Había peluches y juguetes en una estantería blanca.

Nina paseó por la habitación, tomando y soltando objetos, que se llevaba a la cara, para olerlos. Ryan estaba a su lado, muy pálido.

Una cuna vacía, de color azul, estaba a lo largo de una de las paredes, con un pequeño móvil de aviones, que se agitó ligeramente cuando ellos se acercaron. Al lado de la cuna, sobre una cómoda, había una serie de fotografías: de Nina y de Ryan y de un niño con el pelo negro y rizado y ojos azules, montado en un caballito de madera. Aquella era la fotografía que no había querido ver.

—Liam… —susurró ella, tomándola entre sus manos, con el corazón lleno de pena—. Liam…

Era su hijo. Lleno de luz y de promesas, el centro de su felicidad que tan violentamente le había sido arrebatado.

—íbamos a cambiarle la habitación y a ponerle una cama porque había aprendido a bajarse de la cuna —dijo ella, suavemente—. Dio sus primeros pasos la semana antes de morir. Mi hijo crecía tan rápido…

—Nina… —musitó él, poniéndole las manos en los hombros.

—Solo tenía un año… no se merecía morir…

—No, tienes razón. Si yo no hubiera sugerido que bajáramos al puerto aquel día…

—¡No! —exclamó ella, tomándole entre sus brazos—. No… no fue culpa tuya. Fue un accidente. Yo nunca te eché la culpa…

Las botellas de oxígeno que habían explotado, matando a Liam e hiriendo al empleado del puerto que las estaba llenando y a otras personas, estaba defectuosa. Sin embargo, nada había podido compensar a Nina por la muerte de su hijo.

—Yo nunca te eché la culpa —repitió ella—. Tú también resultaste herido… Pensé que te había perdido a ti también—. No podía soportarlo… no podía soportar la idea de perderos a los dos… —añadió ella, refugiándose en el pecho de Ryan mientras empezaba a sollozar.

—¡Nina, gracias a Dios! —murmuró él, aliviado—. Gracias a Dios que has vuelto, sana y salva y que eres capaz de llorar por nuestro hijo y albergarle de nuevo en tu memoria. Después del entierro, no lloraste por él. Te lo guardaste todo dentro, intentaste ser valiente, disimular por mí que te encontrabas bien para que yo no me preocupara por ti. Intenté creerlo, pero tú no te encontrabas bien. Los meses fueron pasando y seguías sin comer ni dormir bien. No pintabas ni querías hablar de Liam, a no ser que fuera de un modo superficial, nunca venías a esta habitación… Creo que el accidente te trajo los recuerdos de la muerte de tu madre, así que por eso intentaste reprimir ambos… La presión creció dentro de ti hasta que te fue imposible soportarlo.

—Y me escapé. Mentalmente, huí… y te dejé que afrontaras esto solo. Lo siento, lo siento mucho… Por favor, no me odies.

—¿Cómo puedo odiar a lo que es parte de mí? Nina, has sigo testigo dos veces en tu vida de la muerte por explosión de personas que querías. ¿Cómo te iba a ser eso fácil de soportar? Estabas conmocionada, y, sin embargo, tuviste en brazos el cuerpo de Liam hasta que llegó la ambulancia. Además, demostraste tener una cabeza fría cuando me hiciste un torniquete con el cinturón. Me salvaste la pierna, por no decir la vida. Tal vez estaba furioso, frustrado, herido, pero nunca dejé de quererte.

—Era tan perfecto… no podía creer que se hubiera ido —susurró ella—. Ni siquiera había sangre.

—Tuvo un traumatismo interno en el cerebro producido por el golpe. Ni siquiera le golpeó una esquirla de metal, como a mí. En cierto modo, fue una bendición que ocurriera al instante. No tuvo tiempo de sufrir.

—Al contrario que nosotros… Pensé… tenía miedo…de que como Liain no estaba… Él fue la razón de que me pidieras que me casara contigo.

—Tonta —dijo él, estrechándola entre sus brazos—. El que te quedaras embarazada solo aceleró el momento de que te pidiera

que te casaras conmigo. Ya llevaba pensándolo durante semanas, intentando encontrar un modo de decírtelo para que no me pudieras rechazar. Sabía que tú no estabas del todo preparada, y algunas veces, era consciente de que te preocupabas porque todo estaba ocurriendo demasiado deprisa.

—Entonces, ¿nunca te arrepentiste?

—¿Arrepentirme? Estaba feliz. Me encantaba la idea de que tuvieras un hijo mío. Me encantaba ver cómo iba avanzando el embarazo… Y adoraba a Liam. A pesar de que lo tuvimos muy poco tiempo y de todas las penas y sufrimientos, nunca he lamentado ni un solo momento que él viniera para completar nuestro amor.

—No sé si… No sé lo mucho que deseas tener una familia, pero no estoy segura de querer correr el riesgo de volver a tener otro hijo… de perderlo otra vez…

—Nos tenemos el uno al otro —susurró él, besándola—. Eso es lo que más me importa. No importa el regalo, sino el que lo da.

Se quedaron allí unos minutos más y luego, se dirigieron a su dormitorio y se tumbaron en la cama, en una dulce intimidad, hablando en voz baja, recordando, riendo, llorando… Cuando Ryan volvió a mirar al reloj, se quedó asombrado de cómo había pasado el tiempo.

—Teresa habrá hecho y tirado un montón de tazas de café —dijo él, levantándola de la cama—. Y tengo algo que enseñarte. Eso es… si piensas quedarte más que un fin de semana.

—He cerrado la casa —respondió ella—. George está muy disgustado conmigo, pero Ray me apoyó en todo. Me dijo que se las podría arreglar bien solo.

—Eso es porque con lo que me está sacando de la venta, puede permitirse tener un ama de llaves en la casa a la que dar órdenes durante el resto de su vida.

—¿Vas a comprar la casa de la bahía?

—En realidad, la estás comprando tú. Estaba pensando poner las escrituras a tu nombre. Quiero que sepas que tu isla mágica está allí siempre que la necesites.

—¿Crees que esto podría volver a ocurrirme?

—No. Por lo que he leído y por lo que me ha dicho Dave Freeman, este tipo de amnesia se repite en muy pocas ocasiones. Se trata de un episodio aislado, como un accidente.

—Voy a ir a consultar a un médico. Solo para asegurarme —prometió ella, mientras bajaban la escalera.

—Si eso es lo que quieres…

Ryan se detuvo al escuchar un agudo ladrido. De repente, un diminuto cachorro de Jack Russell, negro y blanco, salió de la puerta de la cocina, con un calcetín colgándole de la boca.

—¡Regresa aquí, pequeño bandido! —exclamó Teresa, corriendo detrás de él—. Oh… la ha encontrado, señor Flint —añadió, deteniéndose para llevarse las manos a la cara—. ¡Me alegro mucho de que haya vuelto a casa, señora Flint! ¡Está guapísima!

—Yo también me alegro de verte, Teresa —dijo ella, con una leve sonrisa. Luego, tomó el cachorrillo que, impaciente, empezó a lamerle la barbilla—. Y, ¿quién es este?

—Lo compré ayer… Todavía no tiene nombre. Pensé que te gustaría ponérselo a ti.

—¿Qué te parece Bandido? —sugirió Nina, dándole el calcetín a Teresa—. ¿Podríamos tomar el café que Ryan le pidió en el salón? Bueno, eso si no se ha quedado frío.

—Lo llevaré en un abrir y cerrar de ojos… junto con unos bollitos que acabo de preparar. Déjeme que me encargue del perrito. Creo que tiene que ir urgentemente al jardín.

—¿Es eso lo que querías enseñarme? —preguntó Nina, refiriéndose al perrito, cuando Teresa y él volvieron a meterse en la cocina.

—Bueno, una de las cosas —dijo él, tomándola de la mano para llevarla a su estudio.

—¿Qué diablos…?

Nina entró en la habitación, que en el pasado había sido corriente. Asombrada, contempló las telas y los dibujos de las paredes. Había nubes esperando ser pintadas, un cielo azul extendiéndose por las paredes y el techo. Y en la parte inferior, había el esbozo de un mar, picado por el viento.

—Pensé que… dado que te había inspirado tanto pintar en una isla… te gustaría que tu estudio fuera tu isla privada. Tal vez no sea tan mágica, pero no deja de ser un lugar para que tu imaginación tome alas. Por supuesto, si no te gusta, podemos hacer que lo pinten de otra manera.

Nina giró sobre sí misma y luego se detuvo, mirándolo, con los

ojos llenos de lágrimas.

—No me gusta… me encanta —susurró ella—. Pero eso es por quien me lo ha dado, no por el regalo.

Entonces, sacó el mechero de plata del bolsillo y se le devolvió a su dueño, junto a su corazón.

Capítulo 10

NINA colocó el ramo de flores sobre la lápida de granito, con brillantes letras doradas, que estaba a sus pies.

Liam Robert Flint Doce meses de edad Nuestro amado hijo

Nina sonrió tristemente. Aquel día hubiera cumplido diez años. Tras recorrer el silencioso cementerio, se dirigió a la iglesia donde Ryan y ella se habían casado.

Al abrir la pequeña puerta de la verja, vio que un enorme Jack Russell se dirigía corriendo hacia ella desde la parte trasera de la iglesia, seguido por un niño, una niña y un hombre.

—¡Papá dice que podemos navegar a la isla mañana y quedarnos todo el fin de semana! ¡Y el abuelo Ray va a enseñarme cómo cazar un enorme tiburón devora hombres! —exclamó la más pequeña, una niña que casi había caído al suelo al tropezarse con el perro, que se había detenido de repente para dejar un palo a los pies de Nina.

—¿De verdad, cariño? —preguntó Nina, agachándose para estirarle a la niña el vestido—. ¿Y tú qué vas a hacer, Tony?

—Voy a pintar una ballena para el despacho de papá —respondió el niño, de seis años, delgado y de pelo oscuro—. Una ballena es mayor que un tiburón, ¿lo sabías, Sara? —añadió refiriéndose a su hermana, de cinco años.

La niña le sacó la lengua como respuesta.

—Me ha costado un poco encontrarlos —dijo Ryan, con los ojos llenos de amor hacia sus hijos. El pelo se le había teñido de gris—. El pastor los tenía arrancándole las malas hierbas del jardín… ¡Y en el caso de Bandido, cavando un agujero que llegaba a China!

—¿Qué os gusta hacer más a papá y a ti en la isla, mamá? —preguntó Sara, llena de curiosidad.

Nina vio el brillo que había en los ojos de Ryan y los dos se echaron a reír. Y, a pesar de la insistencia de sus hijos, se negaron a

explicar lo que les había resultado tan divertido.



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.